

DOCTOR JUVENAL ANZOLA

Ciudades

y Paisajes.

CARACAS
"EMPRESA EL COJO"
1907



OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS

Civilizadores Venezolanos.
Abogados Venezolanos.
Estudios y Observaciones.

PARA PRENSAS

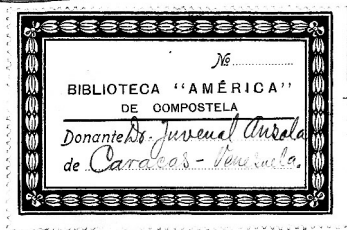
Pasatiempos con la pluma.
Discursos.
Apuntaciones Religiosas.

EN PREPARACION

Venezuela Intima.
Perlas y Corales.

A progresista Sr. Don
Gumerindo Busto,
para la Biblioteca Mé-
rica de la Universidad
de Santiago de Compostela.
Caracas: 1911-

Juvenal Anzola





PRÓLOGO

CIUDADES Y PAISAJES

POR EL DOCTOR JUVENAL ANZOLA

DISTRÁIDO por entero á los recios obligados estudios de mi oficio siempre, y casi extraño al manejo de las bellas letras, es con ánimo titubeante que he accedido á la cariñosa invitación de iniciar estas útiles páginas literarias ; atrevimiento que ya que no disculpen, explican viejas ataduras de amistad, de que no puedo desvincularme, sin ingratitud hacia el bondadoso doctor Anzola ; antiguo discípulo mío y amigos inalterables, desde entonces. « Sin juramento me podrá, él, pues, creer, » que

habría preferido que este libro suyo hablara de cosas de leyes, sobre las cuales, si no con máxima competencia, acaso tratara yo, por ser como huéspedes familiares de mi entendimiento, con aquella holgura y confianza de quien dentro de la suya, y no en ajena casa, habla; con lo que, si bien poco habríamos de ganar el público, el autor y yo, menos perderíamos. De emitir, pues, dictamen acerca del mérito literario de la obra, mi declarada incompetencia y el nexo de la antigua amistad, haciéndome recusable, naturalmente me relevan.

Por otro lado, varios de los trabajos que ahora se ofrecen recopilados—son una escasa porción de los inéditos—los ha venido leyendo en hojas periódicas el público, quien sobre ellos dictó ya veredicto favorable, y puso estímulo en el autor para estamparlos de nuevo, juntándolos con otros de su guardado acervo.

Pasando ahora de la forma al fondo, el lector advertirá que la colección abunda en coloridas descripciones de sitios, ciudades y edificios criollos.

No se ha tentado, parece, hacer obra

descriptiva geográfica ni técnica. Procede el autor de otro modo: no toma de esto sino el material preciso para que del esbozo brote el ánimo latente del lugar ó del monumento, tal al menos, como el contemplador creyó sorprenderla en un momento de su mentalidad escudriñadora.

Poco importa, para el propósito horaciano de educar por la amenidad, que es, sin duda, el de estas labores literarias, que el artista haya reproducido fielmente la realidad, ó que sugestionado por preconceptos tradicionales, la pseudo conciencia consiguiente lo haya convencido de que trasladaba al desnudo la naturaleza real y humana, cuando, en puridad, sucesivos estados anímicos de sí propio sólo diseñaba. Poco importa, repito, para el alto propósito educativo dicho, que se haya ó no puntualizado aquí—lo que no me atrevo á decidir—alguno de esos dos supuestos, siempre resultará logrado un fin plausible, al que planos, mapas, reproducciones gráficas, aun á perfección ejecutados, nunca llegaron: á qué países, sitios, monumentos, en la novela, en el drama, en el libro ameno convenientemente destacados, fijos

en la mente con imborrable recuerdo quedan, por obra maravillosa del arte. Casi me atrevería á afirmar que tal manera de hacer geografía con mucho ventaja á la del viejo Letronne ó del modernísimo Reclus.

A pesar de la sabida regla de correlación entre el medio social y las ideas, sentimientos y opiniones circulantes, el autor de estos cuadros se nos presenta optimista convencido; lo que no envuelve necesariamente desconocimiento de tiempo, lugar y dato; sigue, quizás un método, que su espíritu halla bueno, para luchar por el ideal de todos, que mira oscurecido. La *tristitia temporis* no ha quebrantado la mole de su fe en el reinado eterno del bién. Así sea.

Se me figura que este libro albo, ingenuo, pleno de reflexiones morales, que como decían los antiguos retóricos, se desprenden naturalmente del asunto, cual la bellota de la encina, donde la mujer aparece siempre en trono, y el amor ríe castamente y la misma naturaleza oculta sus desnudeces para no provocar rubores, donde el mal no se muestra en ningún

horizonte, debiera estar en la alcoba de las damas, junto con la palma y la pesgua que de nuestro monte Avila acarrea la sencilla piedad para embellecer y perfumar todos los años buena parte de los hogares caraqueños.

Muy en sumario, debo decir algo sobre la persona del autor. Para los de casa, no haría falta: todos aquí nos conocemos. Pero este libro puede correr la fortuna de *Abogados Venezolanos*, *Civilizadores Venezolanos* y *Estudios y Observaciones*, que le han precedido, de peregrinar por otras partes en donde también se piensa en nuestra habla.

Talla elevada, como ve ya pocas la generación actual, antes grueso que delgado, porte solemne; anda grave, mira con escrutinio y modestia á la vez, trata con ceremonia, no exclusiva de afabilidad, habla con reposo, vive con decoro. Y asombra esto — otro desacuerdo patentiza entre él y el medio — que habiendo servido encaramados puéstos públicos, entre ellos, los de Diputado al Congreso, Juez de la Alta Corte Federal, Procurador General Nacional, Gobernador del Dis-

PRÓLOGO

trito Federal, no se haya hecho á cuartos ni muchos ni pocos, y se contente con llevar á la mesa del hogar, diariamente, el pan sudado del trabajo. *Labor et virtus*, hermosa divisa de vida!

Manuel Clemente Urbaneja.

QUIÉN ERA?

EN la naturaleza había inusitada alegría. A las indecisas claridades del amanecer sucedía luz esplendorosa: el sol asomaba su encendido disco por entre cortinaje movable de apacibles colores: era un día magnífico y Caracas no amanecía soñolienta, sino entusiasta, bulliciosa, gentil: la vida se desbordaba y en giros caprichosos se revelaba en plazas y calles: la brisa se sentía cargada de delicados aromas, y El Avila dejando entrever sus hilos de blanca plata, sus colinas cubiertas, ora de musgo, ora de corpulentos árboles, á través de un mar de variables nubes, ofrecía espectáculo sublime. ¡Qué grata es la vida para el espíritu cuando los sueños parecen realidades, y el hombre en medio de sus reflexiones se siente feliz, halagado por risueñas esperanzas! Había motivo para que la gratitud nacional es-

tuviera exaltada, para que el patriotismo fulgurara en los corazones, y en los altares de la República luciera el amor con galas de elocuencia indecible, sus inspiraciones admirables.

En este día de grata recordación, paseaba solo en la mañana: fuí al mercado y casi no sentí el hormiguear de la muchedumbre agitada, porque mi pensamiento volaba á otra parte y las ideas fijas nos absorben y nos comunican aun en medio de las conmociones sociales. Estaba enfermo y creía que un corto viaje, con las impresiones del mar y el dulce encanto de las cosas desconocidas, volverían á la existencia, nuevos entusiasmos, nuevos placeres, y sobre todo, esa energía física y moral que se debilita y á veces casi se consume en la amarga lucha con las alevosías humanas, encubiertas con tentadoras flores, para hacer más crueles los desengaños y más insufribles las heridas de los inesperados dardos. ¿Quién por feliz que haya sido no ha atravesado estas difíciles situaciones, en que la incertidumbre de las ideas es angustia moral, agonía que crece hasta que el pensamiento recobra la perdida calma? Agitado estaba mi ánimo, pues trataba de resolver problemas de esos que torturan el pensamiento, porque á medida que se avanza en ellos más se van complicando. Ya el sol hacía sentir sus flagelantes rayos, ya el afán del hombre era ruda batalla, y cada cual combatía en su esfera: esperaba la hora de partir y llegó: el reloj de la Catedral dió las

ocho y cuarto, y precipitadamente tomo un coche y me dirijo á la estación del Ferrocarril Inglés que conduce á La Guaira ; llego momentos antes de la salida, y me pareció aquel ir y venir de prisa, aquellos saludos expresivos, aquellas tritezas imposibles de disimular, aquellas alegrías desbordantes, aquel oleaje múltiple de la vida que ofrecen las multitudes agitadas por diversas impresiones, un cuadro expresivo con matices para todos los estados del alma.

Observé en aquel torbellino un punto de atracción, un grupo que iba creciendo en el cual se imponía algo maravilloso que hablaba á los corazones y á las almas el lenguaje expresivo de las divinas emociones. Anuncia la campana la próxima salida del tren, los diversos grupos se desgajan, y surge de aquel que iba creciendo, hermosa como la aurora, rápida como una exhalación y al propio tiempo majestuosa y como melancólica, una deidad humana de esas en quienes la expresión ideal del arte, encuentra algo superior al arte mismo, más que la belleza y la hermosura, más que la gracia y el encanto, una elocuencia visible del espíritu, que da como cierta trasparencia luminosa, que imprime como un sello divino, comunicando indecibles encantos á los encantos mismos. Me pareció que una Diosa se acercaba cuando penetró al wagón próximo al mío, la peregrina deidad que tantos cautivos tenía con su sola presencia. Oh !

corazón, como pierdes tus fuerzas y caes rendido ante las gracias peregrinas! Eres hoja de rosa sin punto de apoyo al dulce soplo de encantadoras emociones: caes y debes caer, porque la fuerza domina y la luz alumbra.

Silbido agudo parece rasgar la atmósfera, se oye ruido de cadenas que se chocan, el monstruo inicia su carrera, y el adiós colectivo que tantas cosas encierra, se dijo por miradas, movimientos de manos, lágrimas, abrazos y besos, y luego por la tristeza del silencio, signo precursor de la ausencia.

Instalado en mi asiento, me recojo en mi mismo y con la imaginación reveo las impresiones del viaje ya muy conocido, abro un tomo de las *Vidas Paralelas*, y me olvido de todo, para admirar al insigne moralista que supo hablar á los hombres de todas las condiciones y de todas las edades, y hacer admirable apología del espíritu, estudiando el alma humana hasta en sus más mínimos detalles, para destacar al hombre bajo faz especial, siempre nueva y siempre interesante. Abstraído estaba en mi lectura, cuando noté que el conductor abría la puerta del wagón y penetraba al siguiente, dejando la de éste ligeramente abierta: levanto más y más la vista, y por interesante espíritu de curiosidad, movido por recuerdos frescos que renacían preciosos, trato por la rendija abierta, de mirar donde debía estar la Diosa, que como meteoro pasó ante mi vista deslumbrada. Inquiero, miro y vuel-

vo á mirar, y al fin observo surgir, poco á poco, un zapatito amarillo, artístico y verdaderamente pequeñito; mi imaginación me decía: esta preciosidad, este encanto de la naturaleza, es de la Diosa, y ella está allí, como estrella invisible: al fin, el zapatito apareció del todo, y una media calada, de fina seda y elegante color, hacía pensar que se iniciaba una obra perfecta, de líneas envidiables, de formas desconocidas para el arte. Mis fundadas sospechas crecían y al llegar los wagones á una curva, inclinándome, vi blanquísimo traje y alcancé á contemplar un talle casi delgado, que revelaba que un busto gallardo, esplendente, con todos los encantos y alegrías de la juventud, debía coronarle. Sale del wagón el conductor, deja la puerta entreabierta y surge entonces la misma Diosa, la cual me pareció más divina mostrando en su rasgados ojos, grandes y expresivos, como luz apacible, y en su rostro una elocuencia de ternura y calma que cautivaba, que rendía, que hacía elevar el espíritu á lo excelso.

¿Cómo fijarse ahora en detalle alguno, ante aquel cuadro deslumbrador, donde la belleza parecía tener en todas partes un trono y resultar del conjunto transformada, glorificada? Olvidé las *Vidas Paralelas*, y sentí que el alma se me recogía y ponía pequeñita, ante aquella encarnación maravillosa que ofrecía á la juventud y á la vida como dicha de nuevos encantos. Un riso de sus cabellos desprendido

de su numerosa cabellera se agita sobre uno de sus hombros, y mano preciosa, diminuta, blanquísima, lo recoge, dejando ver mejor el cuello esbelto, donde la vida parecía enamorarse de sí misma y cantar el poema del amor con la arrogancia de la expresión y la santidad armoniosa de la suprema inocencia. Aquella mano, acariciando aquella hermosa cabellera, aquellos dedos ágiles tocando un punto y otro para componer el peinado, sintetizaban todo el arte en su expresión más sublime, para dar á lo sencillo la gracia de lo peregrino. Me parecía soñar estando despierto, y cuán deliciosas eran mis ilusiones al mágico encanto de la mujer.

La intensidad de la emoción unida al hastío del viaje producido por el mareo me hicieron anhelar la necesidad del reposo, y cerrando los ojos me recosté sobre la pared del wagón. Lo que sentí entonces será para mí inolvidable: luchaban en mi sér el malestar indefinible, múltiple, que me hacía estremecer de molestia, y la beldad que en mi pensamiento iba y venía tomando las formas caprichosas de esas visiones que la fantasía exaltada hace surgir entre esplendores maravillosos en los palacios de la imaginación. Ni dormido ni despierto: el alma sufría y gozaba al propio tiempo, casi sin darse cuenta del sufrimiento ni del goce. Así seguí hasta que el movimiento inusitado de mis compañeros y los repetidos silbidos de la locomotora me volvieron en sí,

y abriendo los ojos como quien levantara un fuerte peso, ví el mar risueño, los cocales de la costa, y La Guaira á la cual llegábamos. Me traslado al tren que conduce á Macuto, el cual repitiendo sus silbidos, anuncia á los reciénllegados su inmediata partida. Muy cerca, favoreciéndonos con su sombra se agitaban los verdes y corpulentos árboles de la Alameda : por ella lucidos grupos de familias desfilan, y entre bellas jóvenes, como delicada, fragante y gentil rosa, circundada de jazmines y de nardos, pasaba honrando la poesía y la hermosura, frente á las risueñas olas del mar, la nueva Venus, tentadora, divina, con más encantos que la mitológica.

Regresé á Caracas, trascurrieron algunos días, y olvidado de mis impresiones llegaba á Las Mercedes en momentos que había terminado una gran festividad : el atrio del templo estaba lleno : la seda crujía : la brisa era invisible incensario de múltiples perfumes, é innúmeras sombrillas de caprichosas formas y colores, coronaban gracias seductoras : entre éstas surgió la Diosa, y á su lado un mortal esbelto, gallardo, pregonaba con elocuencia la felicidad. ¿Podrá haber algo comparable á dos almas fuertes y hermosas, que se remiran coronadas por el amor ?

EL PARAISO

ESTE paseo situado en la parte Sur de la ciudad, más allá del Guaire, es hoy verdadero sitio de solaz : habla elocuentemente á favor de nuestra naturaleza tropical, del arte y de la belleza, con sus risueños paisajes, edificios, panoramas espléndidos, y por las singulares decoraciones que en las plácidas mañanas y en las apacibles tardes, se efectúan en los horizontes y en las enhiestas montañas, con lujo de colores, de transparentes y blanquísimas neblinas.

Hace pocos años existía una hacienda de caña en el lugar donde surge la nueva población, que tomó inusitado incremento después del terremoto de mil novecientos. El progreso lleva en sí maravillas inconcebibles y se muestra pródigo en esparcir y fecundar sus dones, cuando el hombre agujoneado por la necesidad, pone con decisión la voluntad, la perseveran-

cia y la inteligencia al servicio de nobles ideales, para mejorar y triunfar de los diarios contratiempos en la formidable lucha del peregrinaje. Detrás de la culebra de fuego del relámpago, el aparato estrepitoso del trueno, el huracán, la tempestad, pero, al fin la calma, más bellezas en la vida, más aromas en la naturaleza, más sonrisas en la tierra, con nuevos mantos de verdor y de flores. El combate es eterno, igual en todas partes, pero sin él no habría triunfos ni encantos para los luchadores.

Al Norte del Capitolio está una de las estaciones de los Tranvías, de donde salen trenes en distintas direcciones con alguna frecuencia : el que conduce al Paraíso, parte cada hora, y en doce minutos, después de haber recorrido varias calles, llega á la orilla del Guaire, extremo Sur de toda la ciudad. Sobre el río existe sólido y elegante puente de hierro, con veintinueve metros y medio de largo de estribo á estribo, y ocho metros setenta centímetros de anchura. El tranvía lo atraviesa y se prolonga hasta la Plaza de la República. Desde el puente el panorama es espléndido, á derecha é izquierda campos de verdura, alegres como la esperanza, cargados de aromas, formando ondulaciones de matices y colores, á los suaves besos de murmurantes brisas ; abajo, á diez metros de profundidad, al Oeste y al Este, el río rumoroso, moviendo en su lecho de límpidas arenas, su cara de plata multiforme, y al frente, la gran Avenida, con sus catorce metros de

anchura, sus aceras de tres, sus hileras de variados árboles, y sus palacios encarnados en el arte y en los colores, rodeados algunos de corpulenta vegetación, y todos de caprichosas flores, de plantas trepadoras, de guirnaldas, de mantos de musgo, de primorosos trabajos donde la naturaleza revela maravillosos encantos, y la poesía, notas muy dulces de inefables ternuras. Aquellas casas con sus formas caprichosas, elocuentes á la vista, dejando entrever por entre el ramaje de los árboles, cuajados tapices de verdor y de flores, que en las columnas de arco de algunas, domina el orden compuesto, en otras el dórico, en otras el jónico, forman todas un conjunto admirable, que atrae, deleita, y lleva al espíritu serie de impresiones siempre nuevas, recibidas como ecos de música lejana traídos entre blandos aromas, en horas de felicidad. Admiro la belleza creada por la inteligencia humana, el poder del hombre para encender en la lámpara de la vida el fuego sublime de los cielos, y hacer resonar por todas partes al mágico ensueño de increíbles revelaciones, instrumentos divinos; pero más admiro los moldes exquisitos de la vida, cuando la naturaleza con arte incómprensible, nunca aprendido, nos muestra la flor de la belleza en su juventud más resplandeciente. Agregad á este cuadro sembrado de prodigios por la mano de Dios y la del hombre, luces más bellas que las de los cielos, tesoros infinitos para el alma, la poesía más excelsa del Eterno en su inago-

table amor, y tendréis á la mujer, que es el Universo, y el camino de la gloria que conduce á todas las inmortalidades. En este sitio encantador, lleno de poesía, á pesar de las sublimes inspiraciones que lleva al espíritu, habría una sensible soledad, un presentimiento de melancólicas tristezas, si el Angel Humano no lo llenara de nueva vida, de nuevas hermosuras. El recuerdo nostálgico del Paraíso no es el pedazo de tierra con arroyos cristalinos, aves canoras, plantas primorosas, sino Eva, más hermosa que todo lo que la rodeaba, con sus encantos modelados por dedos divinos, sus gracias tentadoras, bellezas irresistibles, y por sobre todo, el fuego tibio de la vida, que en la mujer, en la plenitud de la juventud, es un coronamiento excelso, un desbordamiento de misterios ante los cuales de hinojos el alma, canta el himno inmortal de las adoraciones supremas.

Del puente de El Paraíso la Avenida se prolonga en línea recta seiscientos metros, hasta llegar á la Plaza de la República, frente á la estatua de La Fama, al pie de una hermosa cascada, que descende de una colina artísticamente ornamentada, esmaltada de flores, coronada por la elegante y espaciosa casa del General Alejandro Ybarra. Aquí la Avenida se bifurca, y al Oeste se prolonga por espacio de una legua el amplio ramal que conduce al pueblo de La Vega, y luego al camino carretero que de Antímano va á Caracas; el otro ramal se prolonga al Este, y con ondulaciones reve-

ladoras de paisajes pintorescos, sigue al pie de las colinas, por más de ochocientos metros hasta llegar al Puente de Hierro. La Avenida es amplia siempre, tiene calles trasversales, con aceras, con las mismas perspectivas, con las mismas bellezas: en todas partes es una revelación del progreso, un esfuerzo del arte, una obra real, de poesía, flores y colores, surgida con inspiración del pasado, amada del presente, prometida gloriosa del porvenir.

La Avenida en la Plaza de la República se hace por extremo imponente: la cascada con sus torrentes espumosos; las colinas verdes, con sus artísticas viviendas; la estatua de La Fama en la gallarda actitud de hablar al universo; el monumento de granito coronado por indómito corcel, dominado por el invencible Páez, al realizar una de las hazañas más estupendas que registran los fastos militares; las vegas revelando los prodigios del trabajo en opimos frutos y abundantes flores; el Guaire rumoroso con sus márgenes llenas de alegre vegetación; más allá la ciudad como odalisca de ojos grandes y expresivos reclinada sobre cojines de púrpura; más allá el Avila gigante, con sus mesetas y colinas esmaltadas con todos los tonos del verde; con sus arroyos murmurantes, parecidos á brillantes cadenas de pulida plata; con sus blanquísimas nubes, que siempre lo coronan, y á veces multiplicándose y creciendo, de la tierra al cielo forman inmensa muralla de cristal. Era una tarde, de esas que parecen

más bellas porque ofrecen al espíritu cosas nuevas é indecibles : no era de día ni de noche : había luz y se notaba su ausencia : era la hora de los hermosos crepúsculos, de las vacilaciones en las postrimerías de la luz : había aromas en la atmósfera, entusiasmos en la naturaleza, alegrías en la vida universal : un idilio entre la luz, las sombras, las brisas y los aromas : el sol había escondido su brillante cabellera, y dejaba sobre inmensos horizontes resplandores de múltiples incendios : el Avila gigante estaba sepultado en un mar de blancura, y las neblinas muy suavemente agitadas, semejaban cariñosa conjunción de la tierra con el cielo : era una tarde así, cuando con varios amigos, desde la colina de la cascada, contemplamos el valle de Caracas : verdaderamente teníamos el Paraíso á los pies, y en frente un mar de bellezas, apaciblemente irguiéndose hasta el cielo : desde allí miramos la ciudad reclinada sobre sus colinas ; la montaña del Calvario convertida en edén ; la naturaleza más seductora en su timidez, como ocultando sus gracias entre las indecisas sombras precursoras de la noche ; la luz brotando de todas partes : en la tierra de múltiples focos eléctricos, y en el cielo de millares de estrellas : el panorama cambió, el genio de las sombras imperaba, y sin embargo la luz hacía un nuevo día, y lo que antes nos arrobó en las plácidas horas de la tarde, ahora nos parecía sublime, inenarrable, por desconocidos encantos.

Cuatro magníficos puentes tendidos sobre el Guaire, conducen directamente al Paraíso: todos son de hierro, tres de arco y el Restaurador, de viga de tramos, con más de ochenta metros. El paseo ocupa hoy gran extensión, sus avenidas están macadamizadas, tienen aceras de cemento á orilla de las cuales, en algunas partes lucen tejidos de hierro labrado, paredes de lilas blancas artísticamente recortadas. No hay una nota discordante, un capricho abrupto de la naturaleza, una obra en manifiesto desacuerdo con el arte: todo se hermana y contribuye de consuno á dar al pintoresco valle, al río rumoroso, á las verdes colinas, á las lindas casas, al dichoso enjambre humano, una eterna novedad, atractivos siempre nuevos y alegrías de días primaverales.

El Puente de Hierro, donde termina la Avenida por el Este, fué en no lejanos días uno de nuestros paseos más concurridos, y llamó la atención de propios y de extraños porque parecía un cesto de flores colocado al pie de la montaña, y sin embargo hoy, á pesar de estar mejorado y notablemente más embellecido, es solamente un pálido y ligero apéndice del Paraíso.

Es necesario poner la vida en comunicación con lo bello, si queremos elevar el pensamiento y sentir gratas emociones en el espíritu.

LOS TEQUES

EL progreso es el dedo de Dios para mejorar la naturaleza aun en los lugares más poéticos; ha convertido á Los Teques de suyo deliciosos, en inconcebible edén: las obras del arte han adquirido inusitados primores, porque la naturaleza eternamente de gala, alegre, parece sonreír con sus vivos matices y colores; las brisas tienen delicadísima dulzura á los oídos, el ambiente es sutil manto de aromas, y los horizontes despejados, poblados de gallarda vegetación y de cumbres redondeadas, verdísimas, hablan hermosísimo lenguaje en alabanza de los bellos caprichos de la tierra y del cielo.

Los Teques constituyen hoy tres poblaciones: El Llano, El Guarataro y Los Teques: la primera es una gran avenida, dividida en cuadras, con ochocientos metros de largo por diez de

ancho, con amplias aceras de cemento, á simétricas distancias embellecidas con variados árboles y una sucesión de preciosas moradas: tiene al Este la Estación del Ferrocarril Alemán, notablemente hermosa; es grande, cómoda, alegre, ostenta vegetación soberbia y flores caprichosas. ¡Qué lugar tan encantador! ¡qué panorama tan espléndido! La llegada de los trenes rápidos lo transforma en un paraíso en miniatura; las muchachas como bandadas de juguetones ángeles acuden á él, y no se oye sino la alegría, la bella alegría de la juventud, de los placeres encantadores; no se ven sino ojos expresivos, rostros frescos y rosados, talles esbeltos de contornos vigorosos y al propio tiempo delicados. Aquello es tentador! ¡qué de poesía en aquel cuadro peregrino! ¡qué de gracias en aquel florecimiento de la vida!

El Guarataro es la segunda población, la menor de las tres, pero no por ello deja de ser importante; tiene buenas casas y quintas entre las que se distinguen la de los señores Ernesto Guinan y doctor Carlos León; la primera es un palacio y sería notable en Europa por su confort y poéticos refinamientos artísticos; y la segunda, bella donde quiera que la naturaleza y las flores hablen á los ojos el lenguaje de los encantos inefables. Los Teques propiamente son hoy una población grande, industriosa y de vida propia. Tiene hermoso templo de tres naves, donde la piedad cristiana ha levantado una grandiosa gruta á la Virgen de Lourdes.

Haciendas de café y de caña abundan á sus alrededores, y sus montañas pobladas de vegetación, el trabajo las ha convertido en huertos amenos de honrados labriegos, que viven entre flores y cosechan gran cantidad de duraznos, manzanas y otras frutas no menos sabrosas y delicadas que con provecho exportan para la misma población y Caracas. San Pedro queda al Este, á una legua de distancia; El Carrizal al Oeste, también á una legua, y más distante un poco, en la misma dirección, San Diego. En toda la dilatada comarca el clima y el agua son verdaderamente deliciosos: sus moradores revelan salud, y las rosadas manzanas son pálidas ante las mejillas de las mujeres, que ostentan en el semblante la alegría más elocuente de la vida: la que da á la belleza y á los contornos armoniosos un pulimento celestial.

Hoy las tres poblaciones están unidas por una avenida recientemente construida, que se enlaza con El Llano por el Puente Castro. Este puente salva la profunda Quebrada de los locos; es ancho, sólido, elegante, y tiene más de veinte metros de altura. De él se sale á una alameda con diversos compartimentos llenos de flores, con varias avenidas y aceras. Aquí es el punto de donde mejor se dominan los valles cercanos y las ondulantes cordilleras de montañas que ora abriéndose ó empinándose, brindan siempre á los ojos risueños y espléndidos panoramas. Hay parajes de la naturaleza que

no pueden describirse, que es necesario verlos para admirarlos debidamente: éste es uno de ellos, y la comarca toda, lujo de la naturaleza que encanta y cautiva: los colores se multiplican y los aromas son constante regalo de las brisas.

Permítaseme un recuerdo: hace pocos días apoyado en el puente Castro, veía desfilar por él á los temporadistas y á los que en una bella tarde de un día de fiesta, solicitaban alguna distracción: avanzaba la tarde y la luz vacilante del sol parecía extinguirse sobre las colinas: era una tarde seductora, sin neblinas, con claridades y muchos encantos. La alameda se llenó de caballeros y de damas, y atraído por la concurrencia abandoné mi punto estratégico y me incorporé á la multitud. A orilla de una de las avenidas en una colina ligeramente inclinada, sobre relucientes mantos de verdura había grupos de jóvenes y de damas: aquello era encantador, fulguraba allí un sol más bello que el que moría entre suspiros y cariños de la naturaleza: fulguraba el sol del amor: reinaba la dicha, la vida ofrecía encantos, la esperanza sus más halagadoras promesas. ¡Qué de tipos elegantes, con esa elegancia primaveral, que en la mujer es indecible, cuando el desbordamiento de sus bellezas es el florecimiento de la vida para sonreír á la juventud! Había entre tantas hermosas, una de porte especialmente distinguido, de ojos grandes, vivos, tez rosada, cabellera abundosa, talle delgado, flexi-

ble, cuello esbelto : era superior á la Venus de Milo : había en su rostro la elocuencia de la vida : en sus labios sonrisas : en sus blancos contornos las rosadas palpitaciones de la sangre : gracias en el ritmo de sus movimientos : armonías en su palabra, y algo indecible, muy superior á todo : era ella misma : era la belleza sonriente sobre el verde musgo : como Cimodocea con sus pies de rosa no habría quebrado la más débil yerba de los prados, ni los helechos en flor. Todas las líneas vaporosas inspiradas por el genio sobre el mármol, no valen lo que vale una tibia sonrisa del ángel humano. Cerca de aquel cuadro en la prominencia de una colinita vi sentado un hombre del pueblo, joven, bien vestido, absorto, contemplativo, pero siempre con la mirada fija en el grupo donde en fiestas de juventud y de alegría, se rendía galante culto á la más hermosa. Mi estudio siguió, y al fin me dije : el Dios de la belleza habla á esta alma turbada, que en silencio aplaude, admira, adora. Estas adoraciones íntimas, espontáneas, inspiradas por la belleza misma, á los que de lejos, ocultos, de hinojos, están ante ella, ofreciéndole hasta los últimos alientos de la vida, son los poemas ignorados del amor, que resuenan en el fondo de algunas almas, y mueren en ellas por siempre ignorados. Aquel tipo del pueblo, que me hizo recordar los dolores y ojos fulgurantes de Cuasimodo, es el tipo inmortal : es el hombre : es la mujer : es el corazón herido : es el alma triste y fugitiva por ignorados y

solitarios caminos. ¡Quién no ha tenido su colina, su Diosa, sus meditaciones tristes, sus ilusiones y el alma desfallecida, en momentos indecibles, de fe y de esperanza, de dolor y de alegría.

VILLA ZOILA

FUERA una tarde apacible, de esas que hablan al espíritu en múltiples y armoniosos concetos el lenguaje de la belleza. En la comba azul de los cielos lucían encantos nuevos en la pureza del color; en las colinas fulguraba la alegría de la naturaleza, en el verdor de campos salpicados de movibles, transparentes neblinas; en la atmósfera vagaban delicados aromas, y en los horizontes indecibles hermosuras: el romántico paladín del día se ocultaba haciendo gala de sus vestiduras de luz, de la seductora melancolía de su postrimer adiós. La tarde era propicia para el entusiasmo: la naturaleza siempre inspira, y más, cuando sus misterios con indecible amor palpitan de modo sensible en región desconocida de la belleza, de la cual brota himno que abarca é idealiza engrandeciendo los encantos de la vida, la poesía en

sus aspectos sublimes, y la verdad en sus manifestaciones más elocuentes al corazón.

Era día de fiesta y la ciudad alegre y dispuesta se exhibía llena de movimiento y esplendor. ¿En qué lugar debía efectuarse la maravillosa transformación que infundiera hasta en los seres tristes, el despertar de las auroras, vida nueva, haciéndolos partícipes de dichas desconocidas? En el Paraíso, en las márgenes del Guaire, que el progreso ha convertido en increíble edén, en morada de encantos, y la naturaleza ha esmaltado de matices y de flores: en la Plaza de la República, á la sombra de árboles nuevos y hermosos, entre rosas y jazmines: en este sitio deleitable donde alentada por sabrosa música hormiguea selecta concurrencia, llegan y salen elegantes carruajes, pitan veloces automóviles, cabalgatas pueblan á trechos la amplia Avenida y ciclistas veloces como saetas se cruzan por distintos puntos. A un lado, en pulida planicie, grupos de niños juegan *basse-ball*, ofreciendo cuadros admirables: la juventud se exhibe en ellos con la gallardía de la primavera de exuberancias preciosas, con refinamientos de fuerza y de poesía, soberanamente indecibles; al otro lado, en la plaza, en sus tersas y anchas vías, circunvaladas de musgo y de variadas flores, la beldad humana, la más divina sonrisa del Artífice Supremo, ora forma constelaciones de estrellas, ora recorre con donaire y poesía triunfales aquel campo de luz, aquel reverberar de

la vida, saturado de fragancias, donde la felicidad está en todas partes.

El día termina : la tarde pierde su actitud pensativa de virgen enamorada : ya no hay luz en las colinas ni vagas claridades en las cumbres : se oye rumor de suspiros lejanos, pasan brisas mensajeras de púdicos amores, se ven surgir las sombras, y manto salpicado de innumerables diamantes es el cielo... Del hormigueo humano queda el recuerdo, de la naturaleza sus primores, de las flores sus aromas, de la beldad humana el placer, el alma y la vida, porque ella es por excelencia, presente y lejos, el cielo abierto al telescopio del pensamiento para los grandes descubrimientos del amor.

Trascurridos algunos instantes en aquella soledad inesperada, poblada para mí de frescos recuerdos, medité brevemente en la inconstancia de las cosas humanas, en la velocidad con que corren las fugitivas horas del placer. Luego regreso, y al llegar á la región de las acacias, donde se abre en el corazón de la colina una ensenada en forma de casquillo, contemplé una vez más, gallardamente erguida entre un mar de estrellas fijas de distintos tamaños, la magnífica quinta que vamos á describir.

Villa Zoila dista ochenta metros de la acera de la Avenida, está á diez y seis de altura sobre la misma, en una planicie labrada á pico, casi al pie de la montaña, donde principia á ensancharse la ensenada que forma un

ángulo de 130 metros por lado, cerrado en sus extremos abiertos por una verja de hierro labrado, de 90 metros de largo, colocada sobre sólido pedestal de concreto pulimentado. En esta verja hay tres puertas coronadas con elegantes arcos de caprichosas formas : la del centro conduce al parque que un *macadam* de tres varas de ancho divide en dos partes iguales, prolongándose rectamente hasta los jardines que terminan al pie de dos grandes escalinatas, á cuyos lados resuenan rumorosas fuentes. Las otras dos puertas están en los extremos del *macadam* que pasa frente á la suntuosa morada y constituye la forma del casquillo, el cual en este lugar adquiere gran amplitud, es completamente plano, de sólido y liso pavimento, con dos kioscos simétricos á la orilla, y finaliza al pie de la escalinata que conduce al corredor del Norte, en cuya portada, en cuadro de flores que se iluminan, se lee : « Villa Zoila.» El cuerpo del edificio principal está circunvalado de cuatro grandes corredores unidos, empavimentados á todo lujo : el corredor situado al Sur, se comunica con otros departamentos y con el gran mirador, y más al Sur, sobre una leve altiplanicie á la cual se puede ir en coche, ó por amplia escalinata rodeada de diminutos jardines, hay otra morada más pequeña, pero no menos importante por su artística forma, elegancia, adornos y bellezas. De día y de noche las perspectivas que se contemplan son admirables :

primero el río con sus florecidas riberas; luego la ciudad erguida sobre sus múltiples colinas, y después el Avila, eterno y variable encanto de la naturaleza, por los primores siempre nuevos con que revela su belleza imponente. Volvamos al edificio principal: el salón de billar, el comedor, la sala de recibo, las piezas de descanso, el oratorio, todo es trasparente y claro, todo está construido con elocuencia visible en la obra material, es decir, con aquel *quid divinum*, que da voz á las formas, expresión á las líneas, viveza al detalle, alegría al arte y grandiosidad al conjunto: después de esta grata impresión, se experimenta otra más interesante: la obra del buen gusto es prodigiosa, cada cosa ocupa el lugar que le corresponde, se nota la inspiración del cariño, el tino de la inteligencia, la mano del amor, el culto del hogar; es incomparable la belleza de esta morada engrandecida é idealizada por el bién y la virtud: qué magnífica resulta la modestia en medio de tales esplendores: alegran los conciertos de las aves canoras en doradas jaulas, el rumor de las caprichosas fuentes, la limpidez de los estanques adornados de botes primorosos, las formas raras de diminutos y grandes cuadros recamados de verdor y de flores, las calles de naranjos, pomarrosos, marías, jazmines, y de árboles corpulentos: por sobre este desbordamiento magnífico de la naturaleza, del arte y de la poesía, hay una altura excelsa, infinitamente más valiosa: la

cultura del espíritu, la bondad del corazón, la firmeza del carácter, la elevación del alma : está la esposa admirable, que aumenta sin querer el prestigio de los múltiples encantos que rodean su encumbrada posición. De ella, por su admirable delicadeza y exquisita cultura, puede decirse que pasa por entre las flores de sus jardines sin tocarlas con la orla de sus vestidos ; que la naturaleza la dotó de superioridad ingenua, de ternuras para la desgracia, de miramientos para la virtud, de excelencias para el mérito, y de alcance singular y elevado para comprender y explicarse las tendencias sociales, el espíritu que prevalece en el tiempo, las corrientes de las ideas que sólo representan la fuerza de pasajeros soplos, y las que infiltradas en las inteligencias, vibran en la conciencia pública, floreciendo con resonante y exuberante vida en los estrados de la familia y en los consejos públicos.

Así se explica el gran aprecio social de que goza la señora de Castro : la superioridad con que brilla sin querer distinguirse : la amabilidad que su presencia da á su hogar rodeado de respeto y de grandeza : la exquisita cultura que distingue sus actos y la bondad ingénita con que recibe la palabra y el aplauso del pobre : brilla ella en el hogar, como famoso luminar de gloria.

DE CARACAS A MACUTO

LA estación del Ferrocarril Inglés está situada al Oeste de la ciudad, á la orilla de alta montaña, en otro tiempo árida, sin vegetación alguna, con múltiples barrancos abiertos y agrietados, triste por pobreza de vida, hoy convertida en vergel amenísimo, con árboles gigantes, preciosas flores, colinas de formas atrayentes, cubiertas de verde musgo, vías planas y macadamizadas, estatuas, estanques, kioscos, pájaros, caprichosas pilas, arroyuelos cristalinos y murmurantes, y rozándose con tantos primores, aparece majestuosamente Caracas, reclinada gentilmente, con sus encantos siempre nuevos, sus días claros y bellos, sus noches espléndidas, sus brisas juguetonas cargadas de aromas, y por sobre todo, con sus hijas adorables, elegantes, hermanas de las gracias, más preciosas que las flores de sus jar-

dines, más delicadas á la contemplación del alma, que las sutiles brisas matinales, alegres como mensajeras de la luz, gratas como portadoras de deliciosos aromas. Desde la cumbre de tan risueño verjel se mira uno de los panoramas más espléndidos del mundo, la vista se pierde en horizontes donde fulgura y sonríe la naturaleza con lujo de matices y colores, y el arte y el progreso y la civilización ostentan múltiples maravillas.

El Ferrocarril Inglés es una obra del patriotismo venezolano, ofrendada felizmente al Padre de la Patria en su primer centenario. Largos años cuenta de existencia, y no obstante representar un atrevimiento de la ingeniería, no ha habido desgracia que lamentar, siendo hoy sus condiciones de firmeza y seguridad, las que humanamente el hombre puede alcanzar. A este Ferrocarril llegué á las ocho de la mañana, y esperé media hora, durante la cual visité la estación contigua del Ferrocarril Alemán, observé los jardines de ambas, los salones de espera, los alrededores, las capillas, el viaducto, el túnel, y todas aquellas obras que rodean siempre los lugares señalados por los triunfos de la inteligencia, cuando la luz de la ciencia y la fuerza directora del trabajo, en sus siempre gloriosas y redentoras campañas, vencen y dominan la naturaleza. Llega el momento de partir, pita fuertemente el monstruo encadenado, arroja de sus encendidas entrañas blancos y hermosos penachos de humo,

se estira, crujen sus cadenas, se chocan sus diversas partes y moviéndose, como quien redoblara los esfuerzos de la voluntad, corre, acelera la marcha, y luego, con alas ya, vuela prisionero, rozándose unas veces con la brizna del borde de los abismos, otras, devorando el espacio, casi perpendicular sobre el vacío, á la orilla de sólidas rocas, ora atraviesa el corazón de las montañas, ora recorre planicies, suaves colinas, como serpiente bramadora trazando interminables curvas.

Los panoramas que se contemplan son variados, pues la naturaleza en la comarca se exhibe bajo todas sus faces, y ora se la contempla pobre, triste, abatida, cuando surge espléndida, gallarda y soberbia. La vía férrea casi paralela en su mayor parte á la antigua carretera, hace á lo vivo comparar los tiempos, pues desde el tren se contempla el tardío moverse de las carretas, el pesado paso de los jumentos. Son los representantes de otra época, que perdura y perdurará, porque los progresos radicales que colocan á los pueblos en vías desconocidas para ellos mismos, son casi imposibles, porque la humanidad marcha lentamente, y el espíritu y los elementos humanos no se transforman sino en largos períodos, y además, todo lo que existe ofrece alguna utilidad y lucha por conservarse. El viajero contempla la cabra montaraz, erguida sobre los precipicios ó al pie de los cardones, ora ramoneando con viveza, ora destruyendo

el tejido de punzantes espinas para devorar la corteza del erizado arbusto; admira los hilos agitados de purísima plata, que murmuran y serpentean entre los peñascos, llenos de alegre vegetación, de donde se despiden grato aroma, como de alturas cubiertas de helechos; el alma se expande ante los cuadros del honrado campesino, viendo lucir alrededor de la pajiza choza, tranquilo santuario del amor y de la felicidad, las mesas verdes de los prados, cubiertas de abundantes y sabrosos frutos. Las impresiones que se van recibiendo son magníficas, variadas, poéticas, y con el espíritu predispuesto á lo sublime, se divisa la inmensa llanura del mar con sus orillas rizadas de blanquísima espuma, rodeadas de múltiples sementeras y cicales. A medida que el monstruo vuela por el prodigioso camino, la llanura verde se acerca, se nota su movimiento; las olas presurosas se ven venir á representar en la solitaria playa la vida de las generaciones con su perdurable renovación. Luego se divisa Maiquetía, su Iglesia, sus calles, hasta que se atraviesa parte del pueblo por sobre un alto viaducto de hierro, y se llega á la estación, desde la cual se ve el Tajamar y La Guaira, en la cual, instantes después, está el tren con sus silbatos anunciando su entrada; la amplia estación casi siempre está concurrida, y por entre los viajeros y concurrentes se agita y desliza una turba de chicuelos en solicitud de equipajes, para llevarlos á los hote-

les, ó al tren de Maiquetía, que al Norte de la citada estación, permanece minutos esperando á los visitantes de Macuto. Dos horas han bastado para esta pintoresca excursión.

Instalado en el tren de Maiquetía, frente á la Aduana, sólida y majestuosa obra de la Compañía Guipuzcoana, esperé dos minutos, y luego proseguí la marcha por entre la ciudad de La Guaira hasta llegar á la Estación situada junto al Tajamar. En ella, la corta estada es grata, pues la vida humana se manifiesta con desbordamientos, la música del trabajo alegra los oídos; deleitan las alamedas con suntuosa vegetación, y las calles agitadas y alegres por el hormigueo humano; sorprende la turbulenta Rada convertida en extenso y apacible puerto, poblado de embarcaciones, desde las pequeñas balandras que desde las montañas nos parecieron blancas gaviotas, hasta los gigantes vapores que dejan en el indomable mar la trasparente estela de su paso, y en la atmósfera, argentadas nubes, símbolo de su poder. Silba la locomotora y el tren sigue su marcha, teniendo á la derecha la población de La Guaira y á la izquierda el mar, que á veces golpea con sus irisadas olas el terraplén sobre que van tendidos los rieles. A los siete minutos de marcha, desaparecida la población, se llega á la Estancia

Alamo, la cual queda á la derecha y el mar siempre á la izquierda. En este lugar ya se nota algo nuevo, las colinas están cultivadas, sobresalen mantos de verdura, y luego la montaña sembrada de blancas nubes, agitadas como alas de inmensos cisnes en actitud de alzar el vuelo; los uveros de playa tan altos que sombrean la vía férrea, y presentan por entre sus verdes hojas, múltiples racimos, ora verdosos, ora rojos; el mismo mar parece más bello y sus olas deshaciéndose en espumas, tienen en la ribera singular poesía. Todo anuncia que nos acercamos á un sitio poético, en donde la naturaleza derramó sus primores, y el hombre ha puesto su inteligencia para embellecer más por el trabajo y por el arte, lo que de suyo habla al corazón el lenguaje peregrino de las gracias seductoras.

Han transcurrido doce minutos y Macuto está á la vista. Surgen entre la frondosa arboleda, casas de caprichosas formas, de múltiples colores, rodeadas de jardines, y luego la Estación, alegre y bonita, pero que nadie se fija en ella, cuando la encuentra llena de ángeles humanos, de esas deidades que en la primavera de la vida, lucen como flores del cielo, llenando de fragancias y encantos el lugar que recorren. Aquello es divino; qué de expresiones tiernas!; qué de saludos expresivos!; qué de culturas y elegancias en el trato! y todo dicho y hecho con natural gracia, por seres preciosos, que matan, dando vida á

los corazones. De la Estación se sigue hacia la Calle Principal, á los diversos hoteles ó las respectivas casas, y da gusto las frases cariñosas con que se reciben los que se esperaban, y el donaire y gentileza de las damas, y la armonía cautivadora con que mueven sus diminutos pies, que remedan á las abejas caminando sobre blandas flores. Macuto es admirable, tiene aquellas bellezas de que nos habla Lamartine en su inmortal Graziela, y los encantos con que nos transporta Renan, al describir los inefables lugares de Galilea. ¡Qué abundancia de luz! ¡qué de maravillas! ¡qué de poesía! La naturaleza parece que nos habla, que nos levanta el velo de sus misterios, descubriéndonos sus ternuras. Macuto es un ramillete de fragantes flores, en el cual se siente la felicidad al calor de sublimes hermosuras. Es un pedazo del paraíso surcado por cristalinas fuentes, en las cuales la belleza de Evas encantadoras, á diario se admira á sí misma. Bajo estas impresiones se llega al hotel: el reposo pensativo se impone: cálmate corazón, espíritu vuelve en sí, que pronto notarás como descornado el velo de la gloria, y visible una región del cielo.

Macuto está situado entre dos estancias, distantes entre sí ochocientas varas, la de la familia Alamo al Oeste, y la de la familia Eraso al Este; y por el Sur tiene la montaña del Avila, y por el Norte el mar, distantes entre sí, de trescientas á quinientas varas. Tiene

tres calles de Este á Oeste, y diez de Norte á Sur, incluyendo los dos boulevares del Parque. Los baños de mar son una obra notable, en un edificio dividido en dos grandes compartimientos, para hombres y mujeres, que respectivamente ofrecen bastante comodidad. Están muy aseados, elegantemente pintados, cuidados con esmero por el célebre Tocoa. Se llega á ellos por un puente de madera, y se disfruta allí del placer de bañarse en pleno mar, con toda seguridad, oyendo el rumor de las cautivadas olas. En los mismos baños los hay de agua dulce. Después del terremoto, el edificio lejos de haber sufrido, quedó más sólido, pues la estacada de hierro y de vera, por la cual penetran las olas, bajó un poco, y á su orilla exterior, se ha levantado en el fondo del mar una poderosa escollera. Al principio del puente que conduce á los baños, existe un elegante botiquín, alumbrado espléndidamente con gas acetileno, y allí mismo sigue con ocho varas de anchura, que se van ensanchando hasta llegar á treinta, la gran acera de la calle Real, á la orilla contenida del rumoroso mar, acera que se prolonga por trescientas varas, hasta encontrar el puente del río, distante cincuenta más de la estación del ferrocarril. El río con sus linfas tumultuosas, viene encausado por entre dos gruesas paredes de concreto, de tres á seis varas de altura, distantes entre sí doce varas, y unidas por tres puentes que comunican el pueblo. El Parque es

grande, su vegetación soberbia, tiene cinco avenidas pavimentadas, en el centro un círculo con asientos, y sus respectivas salidas á las avenidas, aceras exteriores, bancos y sofás de cemento, y gradas al pie de algunos árboles, de modo que en ellas se pueden formar cómodamente ramilletes humanos. En el Parque se siente singular frescura, pues además de la generosa sombra de la arboleda rica en follaje, la brisa del mar y la de la montaña no escasean, y la frescura del río hoy caudaloso, pues lleva como trescientos litros por segundo, dan á aquel sitio envidiable amenidad. En él la naturaleza se nota exuberante de vida y de atractivos: hay como encantos nuevos en lo que vemos, y con ser todo diáfano, el bosque, los murmurios del río, la montaña que se yergue, el mar con su blancura para el alma, el silencio en la alegría, el espíritu que se interroga á sí mismo, todo contribuye á elevarnos dulcemente, á la región azul de los ensueños. El Boulevard San Mateo, situado al oeste del Parque, es bastante amplio, sus árboles corpulentos; uno tiene once varas de circunferencia en su base, y alrededor de ésta, como en las de los otros, lucen sólidos y cómodos asientos, pintados al óleo. El Boulevard se prolonga al sur hasta la plaza «La Victoria», notablemente embellecida, la cual linda con los Baños de Río, en los que hay dos generales, uno para hombres y el otro para mujeres, como de se-

tenta y dos varas cuadradas cada uno y doce de largo, y más de un metro de profundidad; y cuatro especiales, dos para mujeres y dos para hombres, de vara y media de anchura cada uno y doce de largo, y un metro de profundidad. Se manejan por medio de doce compuertas, seis al exterior y las otras al interior. Los generales se llenan en media hora y los especiales en cinco minutos. El edificio es bueno, los baños bien dispuestos, la renovación del agua constante, y en algunos se goza á toda hora del día de protectora sombra, pues árboles gigantescos extienden hasta ellos su corpulento ramaje. Doscientas varas al sur de estos baños, está la Caja de Agua, techada y sólidamente cercada en sus diversos compartimientos. En Macuto todo está cerca, y cada cosa se ve separada de las otras, y es que la disposición del arte tiene elocuencia especial para los ojos, y llega hasta dar á lo sencillo la gracia de la novedad.

Cuando el sol ha declinado, y los crepúsculos vespertinos surgen en el horizonte, poblándolo de caprichosos cortinajes de apacible luz; cuando llega la hora de la suprema poesía, de los queridos recuerdos para el corazón, de las pálidas estrellas que entre la sombra y la luz, se anuncian y se esconden; cuando las brisas cargadas de aromas alegran los espíritus; cuando la tarde misteriosa con sus rumores, rendida, besa al genio de la noche, y

parece despedirse de las almas con el lenguaje divino del amor, la gran avenida con sus anchísimas aceras, con sus múltiples asientos, con sus esbeltos cocos, agitadas sus redondas cabelleras por la brisa, se llena de angelicales mujeres, y entonces, la belleza y las gracias y la hermosura que allí imperan, lo absorben todo, y nada vale el mar con sus tesoros infinitos; el romántico sol con sus postrimerías inefables; el bosque con sus pájaros y rumores; los jardines con el aroma de sus flores y los múltiples focos de luz eléctrica que como estrellas entre el follaje, vuelven la pálida noche en radiante día. ¡Qué puede haber comparable á la belleza humana, para el corazón del hombre! Las tardes en Macuto son inolvidables, y si las horas no pasaran, nadie abandonaría aquella felicidad indecible. Las noches son límpidas, gratas, y con frecuencia en el Casino se reúnen las familias, y la espléndida morada iluminada surge entre el bosque, como un reguero de titilantes estrellas, revelado por la alegría humana y los melodiososacentos de la música: allí las almas se remiran en la dicha, y en alas del placer se remontan y gozan: el baile es una transformación sublime, en la cual se vive por la melodía: un regocijo profundo del espíritu provocado por un lenguaje excelso, que se hace divino, y nos trasporta á la gloria, cuando lo compartimos con la deidad humana, que despierta y eleva el sentimiento.

Toda verdad es una revelación consoladora. La palabra de la ciencia es poesía. Por observaciones practicadas en 1903, la latitud de Caracas en la Estatua del Libertador en la Plaza Bolívar, es de $10^{\circ}, 30', 29''$, y la de Macuto, en el centro del patio de la casa del señor J. E. Linares, frente á los Baños de Mar, es de $10^{\circ}, 37', 5'', 25$, y el radio de la tierra para Caracas en la latitud indicada, de 6.376,693 metros, siendo la distancia para Caracas y Macuto, entre los dos puntos de las sendas latitudes indicadas, de 12.173 metros. De un plano antiguo resulta que prolongando al norte una de las calles de Caracas, se sale á la boca del río de Macuto.

Podrán olvidarse los sitios consagrados por recuerdos venturosos? Podrán morir en el alma sus más hermosas ilusiones, de días felices que se creyeron eternos? Hay sitios que no se olvidan y dichas que no mueren. Macuto, sonrisa de la naturaleza, nido de flores, quién te puede decir adiós!

CURITA

LA calle de Orinoco de Villa de Cura la atraviesa el riachuelo Curita, en pintoresco lugar, por los hermosos y variados árboles que alegran el paisaje, la amenidad del sitio, la frescura de la fuente, y la alegría humana que casi nunca falta en él. En este lugar se provee de agua parte de la población, y sobre todo el pueblo.

Especialmente los días de fiesta, en las horas de la mañana y de la tarde, Curita en la Calle de Orinoco es digno de ser visitado para admirar cosas grandes y bellas que no escapan al espíritu menos observador, llenan de esperanza el corazón y ponen en el alma sonrisas de felicidad.

En una de esas hermosas tardes en que el horizonte convertido en mar de cambiantes y bellos arreboles, recibía sobre espléndido cor-

tinaje de nacarado y apacible fuego al moribundo sol, salí de paseo con la mente embargada de múltiples recuerdos, triste, pensativo, reflexionando acerca de los eternos dolores de los humanos, y me decía ¿será una ilusión la felicidad? ¿será imposible llevar la vida sin zozobras, amando, con el alma llena de contento y de indecible dicha? Poseído de tales pensamientos encaminaba mis pasos, sin fijarme en rumbo alguno, cuando acercándome á la Calle de Orinoco, oí á la orilla de Curita rumores de entusiasmo, gentes que reían, y luego ví niños alegres que corrían sobre el puente que lo atraviesa, mujeres que conversaban entre sí, hombres que volvían, otros que regresaban, quién sentado sobre una piedra con la mano en la mejilla, queriendo ofrecer toda el alma en furtiva mirada, zagalas de robusto y gentil cuerpo, sonrientes como una mañana de pascua, llevando y trayendo sobre sus erguidas cabezas, con admirable equilibrio, las tinajas que respectivamente portaban, ora llenas, ora vacías, briosos y elegantes caballos, díscolos y soberbios mulos, tranquilos y humildes asnos. Atraído por aquel movimiento, por aquel centellear de la vida, llego á la orilla de la fuente, y dirigiendo mis miradas á aquel variado cuadro, entro en una serie de consideraciones al penetrarme de lo que en torno de mí pasaba. En aquel ramillete de seres vivientes que tenía ante mis ojos, donde había alegría de niños, miradas de ancia-

nos, sonrisas de apuestas zagalas, contento de varoniles corazones henchidos de esperanzas, coloquios mudos, tiernos y expresivos, promesas elocuentes y consoladoras, placer, bullicio, entusiasmo, no pude percibir un solo acento de tristeza, una sola nota de melancolía. Todo respiraba vida, anunciaba amores, ponía en el corazón hermosas esperanzas, y llevaba al espíritu como reminiscencias de angélica felicidad.

¡Qué grato es dejar deslizar la vida sin turbadoras ambiciones, con la conciencia tranquila, creyendo, amando y esperando recibir más allá de la tumba, galardón de inmortal gloria! Estudiaba aquel cuadro de ventura que tan elocuentemente ponía de manifiesto que el espíritu humano se revela extraordinariamente hermoso, cuando el placer lo inspira, el amor lo enardece y la virtud y la inocencia le forman nimbo de celeste gloria.

Las perfumadas brisas de la tarde, las colinas llenas de verdura, inundadas de apacible luz, el sol despidiéndose del día con ósculos de amor, envuelto en nacarados arreboles, dejándose mirar en toda la gloria de su más esplendente poesía, los pájaros trinando y volando en el bosque, y la fuente rumorosa, alegre, retratando en sus cristalinas linfas aquellos plácidos rostros, espejos de virtud y de felicidad, me hablaban tan dulcemente al corazón, que me hice partícipe de aquella dicha que contemplaba, en la cual todo era excepcional-

mente bello y cierto, porque el amor fulguraba, la naturaleza servía de templo al placer de los corazones, á las expansiones del espíritu, y la felicidad que reinaba allí partía de conciencias puras y tranquilas. Me dije, con el pecho lleno de alborozo, los pájaros que aquí revolotean en los árboles que nos hacen sombra, que oyen el rumor de esta fuente y columpiándose al leve soplo de la brisa, en el nido de sus encantos, celebran con armoniosos trinos sus amores, deben amarse con la misma ternura infinita, con que se aman estos seres venturosos, privilegiados hijos del Padre Celestial, por la bondad de sus corazones y la inocencia de sus almás.

No busquemos la felicidad fuera del corazón porque jamás la encontraremos. No son más venturosos los que nadando en riquezas se aman en dorados alcázares, que el honrado labriego rodeado de sus pequeñuelos y amante esposa, en pajizo hogar, dignificado por la virtud y embellecido por el trabajo. El corazón es el trono del amor, y la felicidad sólo puede descansar sobre la paz de la conciencia.

La noche principia á extender su negro manto sobre el cual se anuncia el vago titilar de lejanas estrellas. El silencio se va imponiendo, la fuente va quedando sola y lejos están, acaso en sus venturosos hogares, muchos de los que sintiendo las fruiciones de la felicidad, alegres y sonreídos platicaban junto á ella, gozando de su frescura y blandos murmurios.

Me alejo de aquel pintoresco sitio, regresando á mi querido hogar, satisfecho y alegre, porque yá me podía decir, he visto seres venturosos, vivir unas horas revelando en ellas, que ignoran y pueden desconocer por siempre nuestras necias quimeras y locas ambiciones. El cuadro admirado era hermosísimo, no tenía una sombra, y lo iluminaba en todo su esplendor el sol de la felicidad. Bellas ideas pasaban por mi mente, embargando deliciosamente mi espíritu, cuando para colmo de mi dicha, fulguraron en mi pensamiento, las imágenes adoradas de mis dos inocentes hijos..... Próximo estaba á la puerta de mi hogar cuando miré corriendo hacia mí el mayor, con sus bracitos abiertos..... Al estrecharlo contra mi corazón, sentí que se me engrandecía el alma.

EN LA PLAZA BOLIVAR

LA luna, hermosa reina vestida de blanco, bogaba en el espacio entre innumerables titilantes estrellas. El cielo estaba seductor, y el genio de la noche, alegre abría el cáliz de las flores, y todo era apacible luz, armonías y aromas. La naturaleza estaba radiante de hermosura, sublimemente bella. Había en el cielo encantos nuevos, y en la tierra claridades apacibles, dulces rumores, brisas fragantes.

¡Qué noche tan espléndida para las almas enamoradas! Parecían traslucirse en la naturaleza sonrisas de espíritus angélicos, los más delicados secretos del amor: se palpaba que lo grande y lo bello atraen cautivando. ¿Quién no siente brotar en el corazón llama poderosa de afecto y de admiración, mirando el palacio de los cielos, en una noche bella, im-

pregnada de aromas? No se puede permanecer insensible ante los encantos divinos, al mágico resplandor de las gracias supremas.

La inquietud del espíritu, la profunda agitación del pensamiento que sentimos cuando los anhelos nos mueven y arrebatan el alma en alas de deseos, que sin tomar formas determinadas producen indecible placer, son las fuerzas indecibles del amor, bajo cuya acción crece, vive y se extingue la existencia. Borrado del corazón la llama de los afectos, y habréis suprimido de un golpe todos los encantos de la vida: no habrá ilusiones, felicidad, porvenir, ni gloria. ¿Qué cosa bella y grande puede ambicionar el que no sabe elevarse hasta comprender lo sublime, porque carece de las inspiraciones del amor?

En tan hermosa noche gozaba y meditaba á la sombra de un árbol, oyendo las armonías de la música. Abstraído en mis propias ideas, no me daba cuenta de lo que en torno de mí pasaba. Oigo cerca animada conversación, y fijándome en el grupo que la sostenía, observé que había en él cuatro hermosas niñas y dos jóvenes, y supuse que el fuego del amor estaba con fuerza encendido en varios de aquellos corazones. No me equivoqué, pues cada joven sentado al lado de la niña de su predilección, sostenía con ella ameno diálogo. Las miradas, la expresión de las palabras, las sonrisas, los movimientos, el

timbre de la voz, todo revelaba que allí se sentía la felicidad del amor y se palpaba la singular hermosura y belleza que llena de prodigios y encantos á la mujer, cuando sus gracias de pudorosa virgen, brillan á la lumbre de los castos afectos. Para la azucena que abre su blanco cáliz, son los tesoros de la luz, fuente de hermosura, de vida y de colores : para el virgen corazón, es el amor, inspiración divina, belleza de inmaculada gloria, sol de radiante felicidad. «Ah! para la arrebolada, la sombra de la noche, para el lirio, la luz del día, para la flor humana, el amor!.....» ; Qué cuadros tan admirables son los de la vida, cuando la felicidad los inspira y el amor los alumbrá! Los que figuran en ellos no sienten deslizarse el tiempo, porque la dicha tranquiliza y el entusiasmo del placer transporta.

Da las once el reloj de Catedral, y una leve agitación demuestra que los que alegres platicaban, se despiden para volver á sus respectivos hogares. Noté que entre los últimos que regresaban, venía vestida de blanco, elegante, indecible por su delicada hermosura, una de las cuatro niñas, y á su lado, alegre, sonriente, gallardo, enamorado joven. Al acercarse, pude observarlos á la lumbre de esplendente luz, y me dije : ; qué divina es la primavera de la vida, y cuán grande vivir para el amor ! Había en el rostro de aquellos jóvenes, celajes de santa alegría, emociones de infinita dicha, sonrisas del alma en sus más grandes

trasportes de felicidad..... Contemplé con admiración á los felices amantes, y sentí al pasar la bella joven, que la «rodeaba un grato ambiente de frescura, semejante al que traen en las mañanas las brisas de los lagos, ó al que se respira junto á los helechos, á orillas de las fuentes».

LAS TRINCHERAS

REJOS de la Patria es natural vivir en amores con sus recuerdos. Su cielo, sus ríos, sus montañas, sus bellezas, se hacen indeciblemente adorables; su ausencia es dolor que aflige y tristeza que llega hondamente al espíritu. Con razón se ha dicho que “los recuerdos tristes tienen color de crepúsculo vespertino en los horizontes del alma.”

Volví al País, y pasé una temporada en la Estación Balnearia de Las Trincheras, mientras calmaba la excitación política de entonces, y con más acierto escogía sitio para levantar de nuevo la tienda de mi hogar, y seguir la labor de la vida. Mis impresiones en aquel valle pintoresco, mis delicias por estar en la Patria, siempre adorable, fueron para mi pluma, “lengua del alma,” en el apartamento en que viví, como flores raras y fragantes, al alcance de la mano.

Las Trincheras constituyen una riqueza nacional digna de ser universalmente conocida, sobre todo, de los mendigos de la vida, porque como dijo el célebre Montalvo, "la salud cabal, fresca, pura, es inteligencia y valor: el que carece de ella ha perdido media vida, y en esa porción preciosa se han ido sus mejores facultados intelectuales y morales." Referirse á tan benéficas fuentes de salud, describir los atractivos que las rodean, y elogiar las virtudes de los moradores del lugar, es recordar cosas bellas y útiles.

Instalado en tan ameno y pintoresco sitio, donde la alegría y hermosura de la naturaleza, la paz y dicha de sus moradores ponen en el espíritu inefables encantos, admiré la belleza é importancia de la agricultura, medité acerca de los resultados del trabajo, de los prodigios del progreso, de los triunfos de la civilización: el contento eleva y engrandece el alma cuando la vida se desliza tranquila, sin turbadoras ambiciones, al calor de la felicidad, entre esperanzas inmortales.

En tan apacible retiro, nido de flores en el seno de naturaleza virgen y hermosa, donde el progreso afluye majestuosamente en corrientes de vida, en alas del vapor, después de haber vencido grandes obstáculos, bien se puede meditar en las maravillas de la civilización, en los triunfos del trabajo y las delicias que proporciona.

El trabajo es fuente de vida y de regeneración moral porque dotando de singulares energías el espíritu, allana los caminos de la vida, y hace

brotar en el seno de la humanidad, virtudes y esperanzas. Por él es que el hombre en su largo peregrinaje, ha venido de ascenso en ascenso, acercándose, coronado de inmortales triunfos, á las alturas olímpicas de la gloria.

¿Qué es el renombre entre nosotros? Un sueño que pasa, un rayo de luz que más ó menos tarde se apaga, un nombre que cuando más, flota en la corriente de algunos siglos, una cifra que la trompeta de la fama sólo hace perdurable entre varias generaciones.

He sentido lucha de encontradas ideas en mi cerebro, al pensar en la gloria y en la felicidad, al comparar la existencia de los que anhelan vivir en el recuerdo de las generaciones, incensados por la gratitud humana, y de los que sólo aspiran á ser felices, disfrutando de la paz de la conciencia, de los afectos del corazón y del amor de la familia. Ví á los moradores del rico valle en sus pajizas chozas, disfrutar de la vida como si la llevaran en brazos de la felicidad. Es encantadora la existencia del pobre, que con el corazón alegre y sano, obteniendo el pan de cada día con el sudor de la frente, siente en su generoso espíritu, celeste paz, la dicha del hogar, la vida del amor.

SALIDA DEL TREN



Los últimos moribundos rayos del sol se confunden con las primeras sombras de la noche. Es día sábado é inmensa muchedumbre llena la Estación de Las Trincheras. Los héroes del trabajo, los apóstoles del progreso, los nobles hijos de la simpática Valencia después de haber pasado seis días en rudos trabajos, venciendo los inconvenientes que impiden el tráfico del Ferrocarril que va á Puerto Cabello, regresan á sus hogares.

La planicie de la Estación es grande y el edificio de la misma de no pequeñas dimensiones y sin embargo en todas partes se condensa el hormigueo humano, crecidos y apiñados enjambres de hombres como olas que van creciendo se desgajan sobre el tren : caen como bandadas de aves que se posaran indistintamente.

Los vagones se llenan, y la superficie alta de

los mismos se va coronando de grandes ramilletes humanos. Es un incesante subir: torbellino de seres vivientes que tomando proporciones gigantescas se eleva y crece, haciendo atronador el entusiasmo. A cada pitazo de la máquina corresponde un cordón de hombres que violentando la marcha, se lanzan á tomar el lugar que pueden en el Tren que pitando los espera.

El ruido es inmenso, el entusiasmo atronador, el movimiento, torrente desbordado, el espectáculo grandioso. La alegría manifestada en tantos plácidos rostros, es la luz de la conciencia que brotando á la vida real, nos revela cuán importante y regeneradora es la virtud fecunda del trabajo. En la dicha de semejante multitud caben consideraciones que mueven fuerte y poderosamente el corazón á sentir inefables placeres. Los esposos, los hermanos y los hijos regresan á sus respectivos hogares, cada cual á llevar á los seres queridos, á las prendas del alma, el fruto de sus esfuerzos, la propia sangre convertida en pan de vida. Qué hermoso este regreso! El corazón se siente henchido de gozo, después que el hombre como sacerdote del trabajo, lleva á los altares del hogar el bienestar y la felicidad. Admirable es el amor que así se conforta en la virtud. Modestas esposas, inocentes vírgenes, salid á estrechar contra vuestras bellas almas, á los que regresan, á los que os aman con toda la fuerza de los nobles afectos, y derraman la sangre y exponen sus vidas, por el interés y amor que les inspira vuestra felicidad.

Los huéspedes del lugar concurren á la Estación el sábado á presenciar la majestuosa salida del tren, convertido en ramillete donde mil cabezas se agitan, fulgura el contento, ondea tumultuosamente la vida, brota la risa á borbotones, brilla el entusiasmo, y el movimiento se manifiesta como en inmensa y atronadora catarata.

Pita fuertemente la locomotora, se chocan los vagones, y principia la marcha. En el camino recorrido va quedando hermosa columna de humo, que lentamente va desapareciendo. Los que desesperan por el ansiado retorno al hogar, ven realizado su anhelo. La felicidad en las multitudes se manifiesta como la luz del sol, que no puede dejar de alumbrar, desde que se anuncia á torrentes sobre el horizonte. Al partir el tren un grito atronador llena el espacio, el cual repetido una y más veces, revela el placer de mil corazones, la alegría de almas inspiradas por la virtud y el amor.

Los viajeros prosiguen su marcha, y entrada la noche llegan á la imperial Valencia..... Lo que sigue no se puede narrar, son los coloquios de la felicidad, los trasportes del alma transformada por el sentimiento, endiosada por el amor.

EL HOTEL

DE ESPUÉS de un día claro, plácido y espléndido, vino la tarde magnífica, con sus blondas brisas, sus apacibles hermosuras, y esas postrimerías inefables del sol cuando ocultándose tras el horizonte, por entre nacarados celajes, nubes de plata y de carmín, reviste á la naturaleza de extraordinarios encantos. Esa conjunción del día y de la noche, en la cual todo se presenta á la vista material y á la consideración del espíritu, como envuelto en el ropaje del misterio y de la más grande y conmovedora poesía, presenta aquí panoramas excepcionalmente admirables y hermosos. Los bosques, dilatados y espesos, las montañas, sus altísimas cumbres, las fuentes rumorosas, los pájaros, las campiñas, alegres y sonrientes, cuajadas de esperanzas, por la virtud fecunda del trabajo, la vida altiva y

lujuriosa de la vegetación tropical, las locomotoras, veloces vehículos del progreso, arrojando de las entrañas grandes penachos de blanquísimo humo, los jóvenes, las honorables matronas, las bellas y gallardas damas, y todo lo que aquí pone en el espíritu amor excepcional á lo grande y á lo bello, hace de este sitio de solaz, de esta mansión saludable, nido de flores, alcázar de la felicidad, fuente de vida, donde se encuentran alegrías para el corazón, maravillas para la inteligencia, sueños de felicidad y de gloria.

La tarde es la hora de la suprema poesía, de los encantos inefables, de los misteriosos rumores: la hora de los queridos recuerdos para el corazón, de los inolvidables amores para el alma. La naturaleza reviste formas cautivadoras, y llena de poesía aparece como bellamente triste, para avivar más en tan solemne hora, el fuego de los afectos en el genio de la noche, que se anuncia por rumores y suspiros.

Los fulgentes rayos del sol no esparcen sus apacibles claridades sobre las verdes cumbres de las empinadas montañas: el horizonte lleno de fuego ha desaparecido. Las sombras de la noche principian á extenderse, y vaga claridad anuncia el titilar de las estrellas, que van tachonando el hermoso y límpido cielo. Ya impera el genio de la noche: la brisa viene llena de fragancias, y la naturaleza con su espléndido ropaje, parece adornarse y mostrarse ataviada con sus más bellas galas. ¡Qué hermosa es la noche cuando la naturaleza sonrío, las fuentes murmu-

ran, las aves aletean en sus nidos, y las brisas cargadas de aromas nos traen blandos rumores, dulces murmurios, y el cielo límpido como espejo recamado de diamantes, nos envía abundante y plácida luz!

Poseído de tales ideas me encontraba cuando llegaron á mis oídos los dulces acentos de una canción tan inspirada y sentida, que me pareció celeste. La naturaleza hermosa y tranquila, la brisa apaciblemente jugueteando en los árboles, y el cielo bello y engalanado como para una fiesta del Eterno: todo de consuno respirando dicha, parecía reclamar para complemento de tanta belleza, las armonías de la música acompañadas de una voz virginal, argentada, llena de primores, de uno de esos ángeles humanos que encendiendo con sus gracias en nuestros corazones el fuego inextinguible del amor, elevan nuestras almas á la suprema felicidad. El amor noblemente inspirado, lleva á la virtud y á la gloria, y regenera moralmente el alma. El hogar es el templo donde se purifica el corazón para desprenderse de sí mismo, engrandeciéndose en la religión de los más abnegados afectos. Las estrellas del amor son los hijos, lazos que unen más las almas que se remiran en ellos.

Aquel canto sublime que de tanta delicia llenó mi espíritu, partía del acreditado Hotel de los baños sulfurosos. El edificio bello y artísticamente construido entre hermosa arboleda, de noche no se ve desde lejos, razón por la que apenas podía contemplar las magníficas claridades y los

torrentes de luz en la espesura del bosque, del cual brotaba la alegría, el bullicio, la voz humana. En ciertas ocasiones, y más que en éstas, en determinados parajes de la naturaleza, el hormigueo de la vida humana, la gracia de la mujer, se manifiestan como la luz fecundadora del sol, como reverberación de la belleza, como poderoso centro de atracción. De aquel bosque sembrado de fulgurantes luces, donde brillaban la alegría y las gracias, entre sonrisas de juventud, no podía brotar nada más divino que las armonías de la música, acompañadas de aquella voz tan dulce, melodiosa y argentina, que ponía en el alma con sus trinos inefables transportes de suprema dicha.

La noche sigue su tranquila carrera, hasta que el sol por el Oriente con ósculos de luz saluda la aurora, mientras las estrellas á la vista esconden su claridad y se alejan del cielo como para que impere solo el esplendente sol. Es la mañana, los pajarillos trinan en los árboles, las vacas braman por sus hijos, el gallo aletea y canta, y el hombre, batallador incansable, se apresta á las faenas del trabajo: se nota el movimiento, y se expande la vida con la luz.

Deseoso de respirar el aire puro de la mañana, salgo á gozar de él. La neblina cubre todo el valle, y sólo alcanzo á ver lo que de cerca me rodea. El sol asciende en su carro de fuego, y disipa con sus luminosos rayos las espesas brumas. La claridad se impone, y la naturaleza como sonreída nos muestra sus bosques y cam-

pos de verdura, esmaltados de perlas. El Hotel aparece ante mis ojos, y lo encuentro triste y solo, sus moradores duermen, y no hay en él aquella poesía de la noche, aquellas luces, aquella alegría, aquella dulce voz que todavía no he podido olvidar. Algunas impresiones se nos hacen perdurables por las circunstancias que las rodean.

De las fuentes sulfurosas se elevan en apiñados y blanquísimos copos, nubes que van á extinguirse á la falda de la montaña del calvario, cerca de las rústicas cruces que la coronan. En algunas mañanas el vapor se aumenta, las nubes se multiplican y da especial gusto entonces verlas elevarse y desaparecer sobre el manto de verdura de la montaña, que junto y casi perpendicularmente á tan bellas nubes se levanta majestuosamente. Bellas nubes, copos apiñados de singular blancura, agitados como alas de inmensos cisnes en actitud de alzar el vuelo ¿por qué nos recordáis con vuestra inestabilidad, que la vida es un rayo de luz que apenas brilla, cuando desaparece en las sombras de lo desconocido?

DESPEDIDA

HAY detalles en la vida, días alegres, horas felices, que no pueden olvidarse y viven en la memoria, como recuerdos de dicha que á través del tiempo consuela el espíritu.

Temeroso por mi libertad en peligro, toqué á las puertas de venturoso hogar, pidiendo hospedaje. Se me acogió con deseo de complacerme, y tuve consideraciones y cariño. Las almas buenas, la gente bondadosa, se hacen admirar y querer por exquisita y noble franqueza, oportunas atenciones y finos cuidados.

Hallado tan bien como en mi propia casa, encantado con las delicias de la naturaleza, contemplando sus majestuosos bosques y verdes campiñas, soñé con la felicidad, amé más la libertad, admiré el trabajo y bendije la inocencia de los honrados campesinos que viven, sin grandes inquietudes, gozan y se aman,

sin torturarse el corazón con mezquinas tristezas.

¡Qué de pensamientos han cruzado por mi mente! Aquí todo reviste grandeza y poesía. Al Sur, elegante montaña llena de alegres arbustos, con el signo de la redención humana en la cumbre, y á su pie, brotando como fuentes de vida, las célebres aguas sulfurosas, que han calmado tantos dolores y llevado satisfacciones y nuevas esperanzas á hogares llenos de amarguras y desolación; al Norte, una cordillera, quebrada en mil direcciones, poblada de corpulentos árboles, murmurantes fuentes y canoras aves, anima la belleza del sitio, da solaz al espíritu y entretenimiento á la vista; al Este, un ferrocarril dentado, que majestuosamente la locomotora, ora envuelta en blancas ó pardas nubes del humo que á bocanadas arroja de sus ardientes entrañas, trepa por una fuerte pendiente hasta el pintoresco sitio de «La Entrada», donde se abre un rico y espléndido valle, que entre ciudades y paisajes admirables, se dilata hasta las lejanas cercanías de «Queipa», y al Oeste, el mismo ferrocarril, que siguiendo el variado curso de un bello río, pasa por «El Palito», memorable lugar, donde en risadas y grandes olas, deshace en parte su furor, el soberbio Mar Caribe. No sigamos con el pensamiento lo que de lejos nos rodea, volvamos nuestros ojos sobre nosotros mismos, miremos al fondo de nuestras almas, y digámonos, examinando

nuestras conciencias, si aquí no se vive la vida de la dicha y del espíritu, al amparo de la tranquilidad y el cariño.

Para mí, los cortos días que han trascurrido tienen lugar preferente en mi memoria. ¿Cómo olvidar la vida alegre, de respetuosa confianza y cariño con que nos hemos tratado? Por otra parte, nos hemos congregado, viniendo heridos por los dolores, como viajeros cansados de la existencia tumultuosa y llena de peligros del mundo, en busca de la salud, esa condición, sin la cual la materia se gasta y el espíritu se anonada. ¿Qué le falta á este lugar favorecido por la Providencia, con tan saludables aguas? Para mí y para cada uno de mis colegas, afirmo que nada, pues á los favores del cielo concedidos al lugar, hemos disfrutado los que nos han dispensado en este hogar, donde una matrona venerable, es reina por sus merecimientos y por el amor que le profesan sus buenos hijos. Han corrido para nosotros, días hermosos, horas tranquilas y alegres: hemos tenido en medio de nuestras amarguras las gratas atenciones del mutuo cariño, y hemos podido contemplar en medio de nuestras desventuras, hermosas auroras de felicidad. Hemos dejado á un lado del camino el bordón del peregrino, arrojado el fardo de nuestros sufrimientos, y hecho estada. Llegará la hora de partir, y entonces el corazón sobrecogido de dolor, nos dirá con el elocuente lenguaje del sentimiento, que nos alejamos del

sitio donde fuimos felices, y volvemos á la batalla del vivir, á recibir los diarios golpes que á menudo martirizan y llenan de desconsuelo á las más vigorosas inteligencias.

Los recuerdos, delicias ó amarguras de la vida, ora sean favorables ó adversos, son como los puntos con que señalamos en nuestro espíritu la marcha de la existencia. Hay recuerdos que como nubes sombrías aparecen en la conciencia en las horas de mayor felicidad; y recuerdos que, en los momentos de tribulación y amargura, reviven en la memoria llenando el alma de consuelos y esperanzas. Hagamos nuestra esta felicidad que hemos disfrutado, y llevemos al pensamiento, á vivir en él, con todos sus encantos y poesía, este sitio, este hogar, estas bellezas admirables de la naturaleza.

Este trabajo debía tener algo de bello, que realizara el escaso mérito que le hubiese podido comunicar. Lo tiene con sólo recordar á la mujer, cuyo nombre es como talismán que mueve los corazones, porque simboliza junto con las más preclaras virtudes, los más bellos encantos del mundo. ¿Diré los nombres de la amorosa madre y de la buena hija? Sé que ya ellos son conocidos y anunciados por esa complacencia que se nota en los semblantes, cuando el pensamiento brota de la conciencia iluminada y alegre. Vivan largos años tan buena madre y excelente hija, bajo la protección del cielo, rodeadas del cariño de los amigos, del cuidado y amor de los suyos.

En este hogar ha habido días de inmenso duelo, dolor y lágrimas, porque el corazón humano no se desprende de lo que quiere sino manando sangre. Cuando se sufre y se confía en Dios, vuelta la mirada al cielo, la esperanza renace, y la vida se torna tranquila, sin dejar de recordar y amar lo que arrancó á raudales nuestras lágrimas. En este hogar hubo días de inmenso duelo, pero debe haber días de entusiasmo y alegría para bendecir las virtudes, admirar la honradez y seguir los pasos del mortal afortunado cuyo nombre recuerdan con indecible amor, la amante esposa y los cariñosos hijos. Los buenos que nos preceden, son escogidos del ángel de la felicidad que los eleva á las inmortales regiones. Y ¿podrán merecer constantemente nuestras lágrimas los eternamente dichosos, los que en el seno de Dios se extasían en la contemplación de interminables felicidades? Llénase de entusiasmo el alma, de alegría el corazón y de inefable paz la conciencia, al recuerdo de los buenos que se han dormido en brazos de la paz eterna.

Busquemos la felicidad y procuremos que nuestras aspiraciones sean siempre el reflejo de una conciencia honrada, que ansíe la verdad y busque lo infinito; que sean límpidas y transparentes, como las tenues nubecillas que en apartados y blanquísimos copos se van elevando de las fuentes sulfurosas, hasta extinguirse como homenaje respetuoso de la naturaleza, junto á las rústicas

cruces que sobre la cumbre de la montaña, recuerdan el milagro del amor divino.

Para algunos ha llegado la hora de partir. Encantador sitio, naturaleza espléndida, alegres auroras matinales, crepúsculos melancólicos de la tarde, poesía sublime, adiós, adiós. ¡Qué importa la distancia cuando los recuerdos son fotografías vivientes de todo lo que nos ha encantado, de todo lo que ha merecido el cariño del corazón! La vida es amor, y el amor la ley universal del mundo. Todos los tesoros del espíritu, todas las prendas queridas del alma, todos los ensueños de la mente, cuando tienen su origen en sanos y generosos afectos, son como dulcísimas notas de arpa divina que repercuten en el fondo de nuestro sér.

Vivan palpitantes y frescos en nuestras almas los días de placer y de solaz que han transcurrido. Allá, acullá, adonde quiera que el destino nos llevare, recordaremos que aquí hemos sido felices, porque lejos del ruido atronador del mundo, entregados á nosotros mismos, en honestas diversiones, hemos visto sucederse los días, sin que nuevos pesares vinieran á herirnos.

Las avecillas del campo son felices: cuelgan el nido de sus amores en la rama de cualquier árbol, y se arrullan y se aman y se cantan, con infinito amor, con indescriptible ternura. La hermosura de la naturaleza, la belleza del campo, el vivir tranquilo, entusiasman la existencia, alientan y confortan al más débil corazón. Dichosos los que no sienten una sombra en la conciencia y

tienen en la virtud del trabajo el tesoro de la propia independencia. Ellos como buenos hijos del Padre Celestial, gozan de la paz del alma, son felices, é inocentes y sencillos como las aves de los campos, embellecen y alegran la propia existencia, con natural poesía, con el sentimiento más sublime del amor.

LA VICTORIA

EN el fértil y rico valle de Aragua, donde la naturaleza es superabundantemente pródiga, en donde se impone el recuerdo del insigne é inimitable cantor de la Zona Tórrida, al ver la tierra brotando flores, cuajada de lujuriosa vegetación; al florecido café, brindando en alas de la brisa delicado aroma, y erguido, altanero, al jefe de la espigada tribu, se levanta majestuosa y bella, la histórica Victoria, por múltiples motivos importante. Dista de Caracas menos de cuatro horas por el Ferrocarril Alemán: sus florecidos contornos tienen toda la elocuencia de la naturaleza exuberante, el encanto de la luz entre juegos de colores y matices: su entrada es una sucesión de alegres paisajes: sus casas grandes y buenas: su templo magnífico, con lujosa ornamentación, bella y encumbrada torre; su alameda,

grande, embellecida, bien pavimentada, luce en su centro un monumento admirable sobre el cual se destaca gallardamente soberbio el invencible Ribas, aquel hombre formidable que se hacía superior á los propios dolores, y moribundo iba y vencía en los campos de batalla. ¿Quién puede flaquear en patriótica empresa recordando la figura gallarda de Ribas y su incomparable bravura? Bien queda el citado monumento en la ciudad que él inmortalizó con su heroísmo. La Victoria es una ciudad sana, alegre, pintoresca, con edificios buenos, calles planas, anchas y rectas, tranvía, acueducto, teatro, mercado, cuartel como para alojar cómodamente mil hombres, club, casa de beneficencia, amplias avenidas, y últimamente se ha construido la Plaza Castro con arte y elegancia, la cual tiene en su centro notable pila. La ciudad ofrece singulares atractivos: sus hijas son bellas y espirituales: tienen la gracia de las caraqueñas, y las igualan en cultura y en el prodigioso arte de vestir con peculiar donaire: en el sentimiento, reina la generosidad: en el trato social la franqueza y los buenos modales: habla el progreso, la civilización enseña: á la vista de la población principian las haciendas y jardines; y el Aragua que murmura dulcemente entre sus flores, aumenta su riqueza, multiplica sus guirnaldas y la convierte en paraíso de eterna primavera.

CALABOZO

LA Sultana de los Llanos fue en la época de las Provincias un gran centro social y mercantil, su nombre se hizo célebre por varios respectos y fulguró por el esclarecido talento de sus hijos, que dejaron honda y luminosa huella en el fecundo campo de los conocimientos. De aquellos ilustres pensadores que tanta gloria dieron á la Patria, quedaba hasta hace poco, como timbre de honra, esparciendo las luces de su vasto saber, el honorable doctor Tomás A. Domínguez, quien dedicó por completo la vida al estudio de las ciencias y á la práctica de la beneficencia. Al lado de este notable ciudadano creció numerosa juventud, inspirada en el amor al trabajo y al estudio. Calabozo posee sendos Colegios de varones y de niñas, que han sido verdadero semillero de saber, y contribuido poderosa-

mente al mejoramiento social, pues las letras se difunden aclarando los horizontes del pensamiento y creando al propio tiempo bellos y hermosos ideales á los anhelos del espíritu. Posee además tres hermosos templos bien decorados, una capilla, palacio episcopal, casas magníficas, alamedas públicas, notables establecimientos mercantiles, y una sociedad escogida, donde la cultura y la caballeridad se hacen admirar. A pueblo tan espiritual y culto, no le ha faltado la voz de la prensa, donde siempre ha brillado el ingenio peregrino de sus pensadores y el de su estudiosa juventud.

Es de justicia decir que Calabozo tiene un tesoro en el virtuoso Pastor que rige tan importante Diócesis. El doctor Sendrea es un varón apostólico, digno de los primeros siglos del cristianismo. Posee la ardiente fe de aquellos sublimes demolidores del paganismo, que supieron vencer con la inteligencia y la palabra: almas abiertas para acoger con infinita ternura á los infelices: corazones convertidos por el fuego de la caridad, en verdaderos manantiales de amor. El doctor Sendrea goza entre sus fieles de verdadero cariño, de afecto entrañable: él, lo que tiene y lo que puede, lo pone al servicio de su Diócesis, mejorando las iglesias, ayudando á los jóvenes pobres que siguen la carrera eclesiástica, sin olvidar que la caridad es una virtud en extremo grata á Dios. Podríamos decir que el doctor Sendrea,

siempre carece de recursos, porque lo que llega á sus manos es poco para satisfacer los generosos deseos de su corazón, anhelante de derramar bienes : es un Obispo que honra el episcopado por su inteligencia, sus virtudes, su patriotismo, y el abnegado proceder con que señala los pasos de su vida.

Los recuerdos felices se graban en el alma y perduran palpitantes en ella : son estrellas en el cielo del pensamiento que brillan siempre y con más espléndidas claridades, cuando la suerte propicia, por camino de flores, nos lleva al pasado, á la juventud querida, á mostrarnos más bellos y rejuvenecidos encantos que han vivido con nosotros. En Calabozo trascurrió en nuestra juventud la más hermosa alborada de la vida : allí fuimos con nuestra compañera á levantar la tienda del amor, y dichosos vimos fulgurar sobre ella el sol de la felicidad. No podemos volver el pensamiento á tan hermoso pasado, sin sentir fruición deleitable, y más cuando observamos que nuestros compañeros de aquellos días, sobresalen con honra y gloria en los diversos campos de la actividad. Bien brilla el talento, se exhibe el progreso y habla la civilización en aquel maravilloso lugar, lleno de majestades olímpicas, de bellezas soberanas, de panoramas indecibles, cobijado por un cielo limpio, abierto, subidamente azul, recamado de brillantes pedrerías, como adornado por ángeles para celebrar una fiesta del Eterno. Erguida

está Calabozo á orillas del Guárico, envuelta en mantos de verdura, sobre meseta poéticamente inclinada en la soledad inmensa de los Llanos: es una cumbre excelsa para el espíritu, desde la cual se puede hablar á la humanidad el acrisolado lenguaje del patriotismo, y al Eterno el idioma de las grandezas divinas: allí el espíritu se transforma, se engrandece, se hace parte del infinito que lo rodea y va adonde no alcanzan los condores cuando se remontan á beber la luz del sol.

Los calaboceños son cordiales en sus relaciones, colman de agasajos al que les visita, muestran cultura y delicadeza en el trato, y revelan por múltiples modos la viveza del ingenio, siempre en armonía con la espléndida luz del espectáculo sublime que ofrece la naturaleza, á todas horas, al menos observador.

Atrayente se hace la vida en aquel centro social, é inolvidables los recuerdos.

DESPUÉS DEL BAILE DEL CLUB CONCORDIA

No todos los entusiasmos llegan al alma en alas del placer: el espíritu puede sentirse prisionero y medroso entre las mayores alegrías: el corazón recibir heridas de punzantes espinas en medio de las rosas: las esperanzas desvanecerse tocando las realidades, y surgir, con pleno sol las negras melancolías de la noche. Con razón dijo Pascal, «las cosas tienen diversas cualidades, y el alma diversas inclinaciones, porque nada es simple de lo que se ofrece á el alma y el alma no se ofrece jamás simple á ningún sujeto. De aquí viene que se lllore y se ría algunas veces de una misma cosa».

Mi espíritu estaba alucinado: había huido de su estrecha cárcel, y por caminos etéreos, salpicados de estrellas, soñando dulcemente via-

jaba á las miríficas regiones. El poder de su clarividencia se hacía cada vez mayor, y los horizontes crecían, y los mundos se multiplicaban, y las bellezas renovándose en sus propias formas, producían armonías inefables. Aquello era muy superior á las visiones de la más exaltada fantasía : á cada impresión deleitosa, sucedían otras y otras, en las cuales crecía la intensidad del placer : era necesaria una transformación sublime de la débil naturaleza para resistir al imperio de estas supremas dichas : el espíritu se había purificado, había viajado por entre las estrellas, recibido las fragantes brisas de los cielos, escudriñado sus interminables tesoros, pero como no había dejado de ser humano, los indecibles encantos, las sublimes bellezas, le hicieron pensar en el más delicado sentimiento de Dios, y sobre la tierra, como ángel superior á los otros, surgió la mujer y fulguró el amor.

El espíritu huyó del alcázar eterno, llevó ansioso sus miradas á la tierra y se dijo : en el valle de Caracas observo un cuadro primoroso, que podría colocarse en el lugar más pintoresco de los cielos. Regreso de donde todo es armonía, la vida amor y la luz creada, y sin embargo ¡qué abundancia de luz ! ¡qué de poesía ! ¡qué de bellezas ! ¡qué de encantos ! Brilla en aquel cuadro el ángel humano formando conjunto de divinidades emuladoras de Venus : corre por los contornos de aquellas gracias tentadoras, con el vigor de

celestial juventud, el jugo rosado de la vida: las sonrisas valen más que la luz de las estrellas: palpita la hermosura revelada con la más sublime inspiración: se pierde la noción del tiempo: impera la alegría y los corazones como pétalos de rosas desgajadas, los lleva agitados en fuerte remolino la brisa fragante del amor: la música modula lenguaje divino, y por entre un mar de luz y alfombras de flores, como si se hubiera descornado el velo de la gloria, revolotea la beldad humana en sublime apoteosis. Allí está la gran poesía: resplandece el astro de la felicidad, el verdadero cielo del amor.

Despierto de mi sueño, ya en plena vigilia, conozco que me amanecía de regreso del baile del Club Concordia; y frescos los recuerdos, como flores recién cogidas, y vivas y fuertes las emociones, como los latidos de mi corazón, volví el pensamiento al cuadro deslumbrador, para decir contra la opinión de Pascal, donde preside la mujer con el soberano cetro de la hermosura y de la belleza, se agiganta la vida, el día se convierte en auroras, se rejuvenece el alma, el lenguaje humano se hace más que elocuente, y el sentimiento es siempre fulgurante dicha al calor de misteriosos amores.

¿Enumeraré las bellezas que ví? ¿Podría tener valor para confiar á mi pluma el trabajo de retratar los primores de aquel cuadro, que mi admiración no ha llegado á compren-

der todavía? Hay cosas superiores á la inteligencia, que pueden verse, admirarse, pero no describirse. La mujer es el eterno poema, escrito idealmente en los contornos de las formas y en la suavidad de las gracias: el arquetipo de la belleza: analizarla es imposible: resistir su poder, como negar á Dios.

El cuadro era divino porque la mujer venezolana es flor digna de exhibirse en los jardines más primorosos: es arrogante, y sus formas, delicadas armonías de eflorescencias preciosas. Cupido agitando sus alitas perfumadas, gozaría hablándole el lenguaje del amor: la naturaleza derramó sobre ella los tesoros de sus gracias: es inteligente, persuasiva, cautivadora: es irresistible la lumbre de sus ojos, cuando agitado el corazón, de sus rosados labios brotan los anhelos en palabras llenas de indecibles encantos. Y es estrella de apacible fulguración, cuando á la sombra del hogar, convertida en sacerdotisa de la felicidad, cultiva los mutuos afectos, y prepara á la sociedad y á la Patria, en almas virginales, el porvenir de la dicha y de la gloria.

RECUERDOS UNIVERSITARIOS

I

ERRÍA el año de 1879 cuando varios jóvenes de diversos puntos de la República llegamos á Caracas á seguir estudios científicos en la Universidad Central. Caracas no se parecía á lo que es hoy; las costumbres eran distintas; su progreso material no ostentaba grandes adelantos; las vías férreas principiaban á generalizarse; el telégrafo no llegaba á las poblaciones del interior; el lujo existía, pero distaba de ser una aspiración nacional y desmedida; el bienestar de una riqueza precaria no había desorientado nuestros cálculos para el porvenir; y á pesar de todo, en aquel estado de nuestra civilización, se multiplicaban las esperanzas, el pensamiento

concebía múltiples triunfos y había encantos inefables para el espíritu y dulces y fuertes vínculos para los afectos más nobles. Ví entonces á compañeros míos, cuando recibían cartas de sus respectivas familias, abrirlas experimentando profunda emoción, y luego al leer las frases tiernas de la amorosa madre, dibujárseles en el rostro hondo pesar, hasta humedecer los ojos con lágrimas brotadas del alma, con aquel dolor grande é indecible que sentimos cuando el sufrimiento comprime el corazón, y no hay paz ni sosiego para el espíritu. Nuestros pueblos no habían perdido sus patriarcales costumbres, reinaba en ellos la austeridad, el respetuoso culto de los principios morales, y los jóvenes de 18 años, en su generalidad, niños por su candor é inocencia, no abandonaban el hogar nativo, sino como arrancándose del propio sér, una felicidad inefable, que al lado de sus padres solamente podían sentir. El joven no comprendía la batalla de la vida, había recorrido camino alfombrado de rosas, la mano del amor materno había llevado siempre á los labios delicioso néctar: se alejaba de un oasis de ventura, de un cielo siempre hermoso, adorable, lleno de mansos arreboles, en el cual no había para él sino amores, ternuras y caricias. ¿Qué de extraño, pues, que los que así impresionados llegaban á Caracas, recordaran con dolor el paraíso perdido, y vieran á través de la ausencia, surgir, entre múltiples, gratos re-

cuerdos, el cielo adorable del hogar amado, con sus alegrías no lejanas, con hermanos, padres y amigos: con esas escenas idílicas que son á los comienzos de la vida, la vida misma? Oh! bellos días, llenos de felicidad, cuán distantes estáis!

Las generaciones se suceden como las olas, con la diferencia de que se encuentran varias en el escenario de la vida, y entremezcladas tocan la orilla ignota, donde no hay sino silencio y tinieblas. Cuando llegamos á la Universidad, otros nos habían antecedido en solicitud de la madre intelectual, que tanta luz y tanta gloria ha tenido para sus numerosos hijos. Entre aquellos jóvenes que dos ó tres años antes, con idénticos propósitos á los nuestros habían abandonado la tierra nativa, había varios que ya gozaban de singular prestigio universitario, por la inteligencia despierta y viva, la palabra fácil y elocuente, el carácter comunicativo y alegre, el trato delicado y la cultura atrayente, por la generosidad insinuante y cordial, las decisiones enérgicas, la tranquilidad en los momentos de conflicto, los chistes oportunos, y la natural simpatía que inspiran las almas rodeadas de múltiples y excelentes prendas. Con lo dicho para los que conocen la época á que nos referimos quedan pálidamente bosquejadas varias figuras de aquellos zapadores del progreso intelectual, que reclaman una pluma de poeta, y un estilo puro y radiante como el de nues-

tro insigne Fermín Toro: no se puede sin facultades extraordinarias describir la mañana de la vida, la hermosura de la juventud, la gloria del talento, la presencia luminosa de ánimo, aspiraciones magníficas. Los hombres cuando aman con generosidad sublime el bien, se elevan como astros radiantes, y entre los resplandores de su propia luz, revisten inusitada grandeza. Ya que en este instante me vienen á la memoria como ecos de triunfos lejanos muy queridos, los nombres de jóvenes paladines, caídos como en fiesta de singulares regocijos, en lo más recio del combate, cuando la fama les nombraba y la fortuna les sonreía, permítase un desahogo á mi tristeza, ante las esperanzas desvanecidas. ¡Oh! muerte! ¿cómo apagas la luz que crece, y cortas el árbol nuevo, que florecido promete cuantiosos frutos? Y todavía más, ligando aquel dolor á los presentes. ¡Oh destino cruel! ¡Hasta cuándo los odios que nos envenenan y matan, seguirán reduciendo á cenizas nuestras esperanzas y á escombros nuestras grandezas!

Figuraban en aquella época, sobresaliendo ya, ora como médicos, abogados, ingenieros, filósofos, escritores, pensadores, poetas y oradores, Carlos F. Grisanti, Luis Vélez, Claudio Bruzual Serra, Luis Felipe Blanco, Severiano Hernández, José M.^a Gil, Juan Lavié, Jesús M.^a Garmendia, Maximiliano Iturbe, Martín Feo, Pedro M.^a Brito González, Horacio Velutini, Félix Montes, Germán Jiménez, Luis

Razetti, Dionisio Centeno, Lisandro Alvarado, Demetrio Aguerrevere, Francisco Mier y Terán, y tantos otros más, que con sus hechos, contracción al estudio y luminosos escritos, fueron para los recién llegados, amigos carifiosos, afables conductores por los campos de las ciencias y los verjeles de las letras. ¿Cómo olvidar nombres de suyo memorables, estrechamente ligados á una edad de rosas, de ensueños y esperanzas: á una edad en que el corazón se expande, y el alma, como remontada á nuevo y más alto cielo, tiene más luz, más encantos, más energías para luchar por los triunfos del arte, de la ciencia y de la gloria? ¿Cómo olvidar ese sacudimiento del espíritu, en que verdaderamente hay para la juventud la aurora de un nuevo día, magnífico é indeciblemente bello? Cuando el criterio se ha ilustrado, y el pensamiento es telescopio que acerca doctrinas, hechos y personajes, puede la juventud decir que en el pórtico de la vida, entre resplandores de gloria, dueña del porvenir saluda al infinito. No es posible prescindir de los recuerdos: omitirlos en determinadas circunstancias, es desgastar la vida. El que atravesara un campo de nardos y azucenas, deseoso de respirar el aire cargado de aromas, no se alejaría de él sin notar y sentir la ausencia: el que anhelara espectáculos terribles ó sorprendentes, no oiría con indiferencia el estrépito prolongado del trueno, en noche ó día de fuerte tormen-

ta, cruzada la atmósfera por repetidas culebras de fuego, de instantáneos y caprichosos movimientos. La naturaleza es como un espejo con alma, que al unísono se pone en relación con la del que la mira y estudia: la cascada que convierte en perlas el líquido elemento, ofreciéndonos entre sus nubecillas los bellos colores del iris ¿no tiene una voz secreta que llega al oído, toca el corazón, conmueve y encanta?

¡Oh! recuerdos venturosos, de días que aun distantes alegráis mi fantasía y dais á mi espíritu, como mirajes de gloria y brisas del cielo. De esta época universitaria pasaremos á la que por derecho nos pertenece, y con no menos encanto, tendremos para nuestros inolvidables compañeros de aulas, hermanos en el culto de las ciencias, la oblación de nuestro cariño.

RECUERDOS UNIVERSITARIOS

II

Corrían días alegres para la vida nacional : el espíritu público se agitaba, las corrientes intelectuales crecían, el entusiasmo del obrero y del pensador eran inusitados, la palabra oficial enaltecía los héroes de nuestra Independencia, la juventud creaba periódicos, formaba sociedades, hacía relampaguear el verbo de sus ideas, glorificaba al sabio don Andrés Bello en su centenario, y enardecida por los entusiasmos sublimes de la libertad y del genio, miraba al Olimpo de nuestras grandezas, pensando que Bolívar, admirable y visible para el mundo, iba á cumplir el primer día de su gloria centenaria. ¡Qué bellos son los triunfos de la juventud cuando fascinada por her-

mosos ideales, trabaja con fe de apóstol y espera convencida cercanos triunfos, de vida para la civilización, de paz y de felicidad para el hombre!

Se produce deleite indecible en el alma, que la lleva á lo grande y lo bello, cuando examina la corona de gloria que á perpetuidad ilumina el nombre de los héroes y de los genios.

Con nuestros héroes, según la feliz expresión de un orador extranjero, se podría poblar el Olimpo griego sin que Júpiter hiciera falta, porque allí estaría Bolívar. Aquella vuelta al pasado de nuestros días imarcesibles, para admirar grandezas, virtudes y abnegaciones sublimes, tenía que despertar en las almas, bellas y patrióticas aspiraciones, y en la juventud, ese delirante entusiasmo que comunica energía y alteza á las ideas, fuego al pensamiento y bríos á la voluntad, para considerar pequeños los grandes obstáculos, y gratos los sinsabores del combate y ningunos los múltiples peligros, ante la esperanza de llegar triunfante á la alta y dorada cima del ensueño adorable. Así como después de las batallas se trasparente en el rostro de los héroes placer inefable, así para las gloriosas legiones de la juventud cuando combaten por el dominio de sus acariciados ideales, no existen dolores ni tristezas, porque el ardor del combate excluye el sufrimiento, y detrás de mirajes de gloria, el pensamiento columbra el

porvenir, magnífico y divino. Tienen las obras de la juventud primor que les es peculiar: sello de virtud ingénita, la bondad del bien, la generosidad del ideal, y cierta como florecencia que de diversos modos se revela, ostentando siempre, ora como la apacible luz de espléndidas auroras, ora como la fuerza avasalladora de intrépidas, benéficas legiones, lanzadas á destruir los ídolos del pasado, creando la obra del porvenir. A través de los ensueños y aspiraciones de los 20 primeros años, aparece el planeta como el templo de la libertad y de la gloria, el porvenir lleno de fulgores, la humanidad grande, el pensamiento excelso. Es necesario abrir paso á la juventud, aplaudirla, avivar más, si posible fuere, en su noble pecho, los ardores del patriotismo y los encantos del ideal, para que cuando en el escenario de la República por ley ineludible del tiempo, represente las conquistas del progreso y las fuerzas directivas de la dinámica social, imprima á nuestra civilización admirable grandeza; á nuestras costumbres, firmeza y valor moral, y á nuestra política, la excelsitud con que la practicaron los mejores y más abnegados héroes de la Independencia.

Es indudable que los preparativos para el centenario del Libertador produjeron una como revolución psicológica en los espíritus, que se encarnó principalmente en la juventud, y surgieron nuevos zapadores del pensamiento, paladines ungidos con el óleo del entusiasmo, á

decir en la plaza pública, ante numerosos oyentes, que cuando las ideas no corren libremente como puntos luminosos en el mundo de la inteligencia, la humanidad se ha empequeñecido y el hombre suprimido moralmente. La tribuna de la prensa estuvo honrada, relampagueó con el verbo elocuente de gallardos apóstoles, que derramaron á torrentes como torbellinos de lava encendida, pensamientos flagelatorios contra los opresores humanos, y tuvieron cantos, para enarrar glorias de redentores de pueblos. Había en aquellos días tesoros de felicidad para las almas grandes y soñadoras: había vida nueva, representada por noble y valiente juventud dignamente inspirada: había como una cruzada del patriotismo, había comunión de ideas para ofrecer en los adorables altares de la República la más grande oblación de la gratitud nacional, á Bolívar, figura inmensamente descollante en la vasta extensión de la América Meridional, por lo maravilloso de su obra y por el poder excepcional de su genio, que penetró los arcanos del porvenir.

Jóvenes estudiantes de la Ilustre Universidad, de diversas asignaturas, se reunieron con el fin de formar una sociedad literaria, y por algunos años los «Amigos del Saber», congregados, ora en el alto del antiguo Hotel Ferdinand, ora, en el de «La Zaragoza», frente al Capitolio, ora en otras partes, libraron como en apartado retiro los combates del

pensamiento que ilustran y engrandecen el espíritu. Se discutían cuestiones políticas, económicas y sociales, y podemos decir que en aquellos torneos la tribuna fue honrada por la palabra culta, por el espíritu de confraternidad, por el amor á la ciencia. Había maestros en el arte de la palabra y escritores que sin desgastar el pensamiento, cincelaban la frase al producirla, dándole los moldes de la belleza.

Es de justicia recordar aquí, que sin hacer estudios universitarios, fueron nuestros compañeros de propaganda intelectual, los señores S. Ruiz Jaime, J. J. Breca, h., Enrique Domínguez L., Julio Lobo, arrebatado á nuestras esperanzas en los primeros años de la juventud: manos amigas regaron de flores su tumba y la tristeza en más de un rostro varonil tuvo elocuencia sublime; y por último, Luis López Méndez, pensador, cíclope con la pluma en la mano: sus ideas tenían la luz y la resistencia del brillante: su pensamiento ahondaba hasta el origen de las cuestiones, por arduas y complejas que fueran: él era para sus compañeros como un Mecenas. Se le oía con gusto, sus razonamientos ilustraban, sus juicios eran magistrales, y su palabra armoniosa daba á su opinión el placer con que era solicitada y recibida. De Méndez puede decirse que no tuvo juventud intelectual: nació coloso y fue siempre grande. Tan ilustre hijo de la Patria falleció lejos de su adorable

cielo, cuando sus amigos más esperábamos de él. Recordaré en honor á su genio, que el libro que la Sociedad «Amigos del Saber» ofrendó al Padre de la Patria en su centenario, está precedido de un prólogo suyo que revela un espíritu superior, una inteligencia creadora, un filósofo notable, para sentir y pensar.

Para la inolvidable memoria de tan ilustre compatriota, el tributo de mi admiración y las flores siempre vivas de mi cariño.

RECUERDOS UNIVERSITARIOS

—
CECILIO ACOSTA
—

III

Es indudable que los hechos sublimes de los grandes hombres no pueden enarrarse sin que llenen el corazón de generoso entusiasmo y produzcan en el espíritu fruición deleitable. Tal es el poder del heroísmo y del genio cuando elevándose por sobre los pequeños, pasajeros intereses humanos, señala infinitos derroteros, inmarcesibles triunfos, la humanidad transfigurada oficiando en los radiantes altares de la virtud y de la gloria. Los genios son hermosas estrellas, eternamente fijas en el cielo del ideal, con la pere-

grina excelencia de parecer más luminosas cuando la humanidad tropieza ó se envuelve en las sombras de la ignorancia, ó avanza, precedida del progreso que vence y construye, de la civilización, que embellece, eleva y engrandece. Los genios como sublimes reveladores de verdades eternas, aparecen para el pensamiento en el desfile de los siglos, detrás de cada horizonte intelectual, como sobre espléndidos arcos de luz, muy altos en la región cerúlea: ellos son los prototipos invariables, los divinos inmortales, los escogidos por Dios para efectuar las indecibles maravillas que nos llevan de lo pequeño y contingente á lo sublime é infinito: ellos son para el espíritu la movable columna bíblica, porque lo guían y redimen moralmente; ellos son, por último, la expresión más elocuente y perdurable, de que hemos existido y existimos.

Volver el espíritu á Grecia con el propósito de inquirir su hegemonía intelectual en el mundo moderno, es pasar revista al desenvolvimiento progresivo de los pueblos, al perfeccionamiento social de la cultura humana, al pensamiento con sus galas, á la civilización con sus triunfos, á la libertad con sus encantos y sus glorias. Y no puede ser de otro modo, porque en la historia de las Naciones la fuerza bruta ha dejado evidenciado su poder, con cadenas opresoras, lágrimas, crueldades, sangre, campos sembrados de cadá-

veres, miseria moral, y la espantosa angustia de las almas, llenas de terror. ¡Qué tristes son las obras de la soberbia humana, vistas de cerca ó de lejos, á la luz de la filosofía, y cuán admirables los triunfos del derecho en beneficio del hombre!

Natural era que el pueblo venezolano que produjo héroes, sabios, legisladores, poetas, oradores y libertadores de estirpe excelsa, al recuento en días triunfales de los dones peregrinos de que todos aquéllos estuvieron adornados, sintiera vibrar con ecos armoniosos las fibras más delicadas del patriotismo. Grandes y bellos fueron los días del Centenario, y grandes y bellas las virtudes del patriotismo exaltado. Se pensó con decisión en la libertad, en la obra de la independencia, en la República, en la democracia, y en las condiciones que reclaman los servidores públicos; y en los corazones latió el entusiasmo, y en los rostros se vió la alegría, y en la tribuna se habló con alteza, y en la prensa hubo como lluvia de ideas independientes, y tuvimos combates de pensamientos en los cuales el error no tuvo fueros, y los principios defendidos y esclarecidos en aquellos torneos luminosos, fueron la mejor ofrenda á los manes augustos de los Libertadores perínclitos.

Entre la juventud pensadora de aquella época adquirió gran prestigio un publicista y literato de quien alguien dijo con autoridad suficiente, que era la cumbre intelectual más

alta después de Bello. Nos referimos á Cecilio Acosta, que tenía en la palabra dulzuras, en la pluma claridades, y môlde de belleza especialmente suyos, para sus pensamientos siempre nuevos, delicados, expresivos y profundos. Se le puede decir lo que él dijo de otro: *que debía léersele en un jardín de tomillos, que tuviera por cerca nardos.* Este honorable ciudadano, de espíritu clarividente, enérgico en su amor por la libertad, admirable en sus vastas concepciones, era decidido por la juventud, la quería con entusiasmo, hacía suyos sus ideales, combatía por sus triunfos, y comunicaba á todos, con sus escritos, aquel fuego sagrado que inspira á los apóstoles verdaderamente convencidos, cuando defienden una causa y exponen doctrinas. El vivía en Caracas como en apartado retiro, teniendo en su mente una biblioteca inmensa, esparciendo luz, rindiendo culto á los afectos nobilísimos, y probando con sus hechos que para ciertas almas la austeridad y el sufrimiento son crisol que las purifica, combate que las engrandece. Acercársele y oírle, era sentir la luz del genio, la paz de su alma generosa, el amor á la libertad, la grandeza del sufrimiento enaltecido por sublime virtud. Nuestro insigne compatriota apartó su mirada de los desvaríos y desmanes humanos, para vivir enamorado del bien, del arte, de la ciencia, de la familia, de las bellas letras, de las cuales dijo y dejó escritas cosas tan hermosas y delicadas que

no hay entre nosotros, amigo del estudio que no las conozca y repita á menudo, porque son siempre como nuevas y gratas al oído, provechosas al espíritu y consoladoras de cualquier infortunio. ¿Qué poeta de la palabra, qué artista de la idea, qué cincelador del pensamiento puede superarle, cuando rinde culto á las letras, y viajando en espíritu en el hipógrifo de la fama, enalteciéndolas enumera sus conquistas? ¿Quién ha dado al estilo más gracias, delicadeza, elegancia y primores, hablando de la mujer, de la poesía, del hombre y de la naturaleza?

Con razón la influencia intelectual de tan preclaro pensador, fué ariete que movió é impulsó la juventud por aquellos caminos gloriosos, en días inolvidables que algunos creímos de perdurable regeneración para el País, de sanción para los hombres públicos, de respeto para los principios y de salvaguardia para el cuerpo social. Aquel movimiento cívico fué una alborada hermosa, un sueño dichoso de esperanzas apetecidas: ojalá hubiera sido toda la mañana de un día, la pasajera práctica de un ensayo serio. Así habríamos ganado más y tendríamos á nuestro favor el poder del ejemplo moralizador con sus resultados fecundos. Era necesario para mí, y para la justicia que lo vale todo, rendir homenaje de admiración á Cecilio Acosta, en este pobre trabajo, porque su nombre sonaba en la Universidad en nuestras polémicas in-

telectuales, y sus escritos devorados con avidez fueron y han seguido siendo en el cerebro de la juventud, obra de maravillosa redención. En el próximo artículo recordaremos al egregio mártir cubano, José Martí, grande admirador de Acosta, y como éste, amigo del bien, de la libertad y del progreso. El trabajo patriótico de Martí en Caracas, por la gloria de Venezuela y la ilustración de su juventud, es digno de ser conocido. Loor eterno para los que viven para la libertad, y se alzan, cuando mueren, al cielo de los inmortales, á brillar como soles esplendentes, sin una sola mancha: tales fueron aquellos dos genios, aquellas almas gemelas en el culto de la gloria.

RECUERDOS UNIVERSITARIOS

—
JOSÉ MARTÍ
—

IV

HAY EN los hombres dotados de fuerza superior para llevar á cabo cosas extraordinarias en el lenguaje de sus obras, una elocuencia que se impone, atrae y cautiva. Esta excepcional grandeza, esta fuerza superior, les son ingénitas, y por ello, ora recorran los caminos de la vida, aplaudidos de la fama y favorecidos de la fortuna, ora, anden peregrinos de la desgracia, acosados de crueles infortunios, se imponen á la espectación pública y merecen la admiración de la posteridad. Una mirada orgullosa de Mario, escondido en

un pantano, bastó para infundir miedo al militar enviado á quitarle la vida. El fuego del alma, el valor del corazón, el genio, el hombre mismo, se revelan en la mirada: con razón dijo Montalvo refiriéndose á Bolívar, que mirarle de frente era considerarse perdido.

Si á los grandes hombres, además de sus hechos singulares, les concede el cielo de modo especial las más espléndidas galas del genio y de la elocuencia, adquieren aureola de gloria con luz inmortal como bajada de las miríficas regiones. Napoleón es grande, acaso la figura más doscollante del mundo, porque su obra no tiene paralelo en los tiempos antiguos ni modernos; pero no sabemos por qué al estudiar su historia, más grande que el mismo Napoleón nos parece su genio fulgurante, que se revela casi en su niñez, y á los 26 años le hace admirar en Europa, y á los 30 señor del mundo, ya vencedor en las Pirámides. En horas de reflexión, para la inteligencia no hay hombres grandes, revoluciones fecundas, hechos trascendentales, redenciones posibles, donde no fulguran las idéas, donde la civilización no ha hecho sólidas sus conquistas, por el imperio de los principios y el respeto del derecho. En aquella conflagración de Francia, en aquella lucha de cíclopes, en aquel centellear de esclarecidos ingenios, en aquel vasto escenario, lleno de luz y de glorias militares, se encarnó el genio en Napoleón, y se

alzó el casi adolescente tan alto, como las empinadas cumbres, donde la naturaleza con fuerzas desconocidas estremece la tierra coronándola con ríos de fuego. Tal pareció aquel capitán famoso, adueñándose por su genio de la humanidad y sus destinos. Si brilla la corona del genio en la frente de los guerreros insignes, alumbrando sus obras inmortales, por sí mismas, ¿quién podrá dejar de admirarlos, si personifican la gloria más aquilatada, y sus ideas, eternamente fijas y luminosas en las aspiraciones más excelsas, revelan el porvenir anhelado?

En días de entusiasmo dedicados á honrar héroes y enarrar virtudes, llegó á las playas de Venezuela un republicano insigne, un apóstol de la libertad, un egregio pensador, un hombre joven, de continente gallardo y respetable, de mirada penetrante y luminosa, de frente ancha y despejada, como para contener muchos y altos pensamientos; de modales cultísimos, de actividad constante y sobresaliente, y de tal modo comunicativo, franco y atractivo, que recién llegado, fue dueño de voluntades, tuvo amigos y admiradores. ¿Quién no recuerda á José Martí, y no sabe que sólo dejó simpatías entre nosotros, inspiró entusiasmos, y vivió en propaganda de libertad y de ciencia? Aquel hombre tenía del fuego que animaba los antiguos profetas, y creía en el triunfo de su causa con una esperanza cierta, que daba á su rostro el encanto del pla-

cer y á su palabra vencedora la elocuencia de un salvador de la Patria, discurriendo ante sus conciudadanos á presencia de los trofeos de su gloria.

La juventud venezolana, de suyo amiga de los pensadores y héroes, pues tales fueron sus ascendientes, no podía recibir sino con entusiasmo al egregio hijo de la Perla Antillana, á la cual quiso el Libertador ir con sus legiones triunfadoras, y en la cual combatieron después, ofrendándole intereses y vida, varios patriotas venezolanos. Martí respiró en Caracas brisas regeneradoras, encontró corazones entusiastas, voluntades firmes, almas inspiradas, y culto ferviente por aquellos hermosísimos ideales que dieron á su constante combatir, á su generosa, gallarda vida, á su verbo fulgurante, la trascendencia de elevar y revolucionar el espíritu de sus compatriotas, de preparar y sostener aquella gigantesca lucha, de la cual surgió independiente y gloriosa la República de Cuba.

Martí durante su estada en Caracas agrupó en torno suyo numerosos admiradores, y su palabra sonora, con cadencias, tenía miel, y brotando de sus labios parecía cascada de luz, de perlas, de flores, cuando hablaba de su bella patria, de su independencia, de su libertad; y parecía también, torbellino atronador, tempestad de relámpagos y rayos, si maldecía las tiranías, sus oprobios, y la repugnante miseria de la corrupción humana, cuando se ven

hombres de rodillas ante los malvados victimarios de la República, conculcadores del derecho. Su pluma era estilete agudo de dos filos que hería y rasgaba, dirigido contra los réprobos de la especie humana, contra los que pudiendo embellecer la existencia de sus semejantes, la deshonoran, la humillan, para destruir la libertad y entronizar el despotismo, con su cortejo de ignominias y bajezas cubiertas con mantos purpurinos, como si bajo ellos no pudieran andar despreciados de la gente honrada, los figurones del orgullo y los indiciados de deshonor.

Deseosos algunos jóvenes de recibir clase de oratoria del insigne Martí, obtuvimos su beneplácito entusiasta. Sabedor de lo que ocurría el ilustrado y benemérito doctor Guillermo Tell Villegas, nos ofreció el principal salón de su Colegio, regentado entonces en el edificio que hoy ocupa la Academia Nacional de Bellas Artes. En él, varias veces á la semana y por algún tiempo, de las ocho á las diez de la noche vibró poderosa la voz elocuentísima de aquel peregrino de la libertad, de aquel atleta incansable que anhelaba dejar en el ánimo de la juventud venezolana, vinculados todos los tesoros de su alma, todos los ensueños de su inagotable fantasía, todos las grandezas de un porvenir apenas concebible. Aquellas dos horas sensiblemente no transcurrían para los que le oíamos: estábamos encantados, habíamos encontrado el

verbo de nuestros ideales, habíamos como ascendido en alas de gratas ideas, alentados por la dicha, con los corazones rebosantes de júbilo, con las almas llenas de esperanzas y de paz, á un Tabor de inmortales transfiguraciones. Cuando aquella palabra, amor de la libertad y de la ciencia, dejaba de cantarlas armoniosamente, despertábamos como de un sueño, volvíamos sobre nosotros mismos y todavía encontrábamos en el plácido rostro del apóstol, la maravilla de una inspiración superior, la claridad de un espíritu iluminado. ¡Qué noches aquéllas! ¡Cuán imperecederos sus recuerdos! El maestro nos decía preciosidades del hogar, de la familia, de la poesía, de la ciencia, de los héroes, de los libertadores, de sus impresiones, de sus tristezas, de los caprichos de la imaginación, pero siempre fijándose en cada ocasión propicia sobre los más excelentes dones de la libertad. ¿Cómo pretender que el condor se detenga en la colina y no vaya al peñascal de altísima cumbre, donde se siente libre en el espacio y ve de cerca el sol? La palabra de Martí era inagotable y fluía límpida, sonora, elocuente, bella y pintoresca de sus labios: era él, artista de obras delicadísimas: era cíclope de trabajos rudos y formidables: tenía á veces aquel encanto inefable que inspira Fenelón, ó la energía incontrastable de un escritor gigante como Bossuet, armado de dialéctica inflexible y centelleante.

Ha trascurrido largo tiempo, hemos cruzado los mares de la vida y, sin embargo, como flores frescas recién cogidas, nos han acompañado dulcificando nuestras penas en nuestras vicisitudes, los recuerdos de aquellos paseos triunfales del pensamiento, de aquella elocuencia que todavía tiene vibraciones deleitables. Los recuerdos señalan en el alma de modo perdurable los hechos de la existencia, y son la vida con sus encantos y dolores.

En una de aquellas sesiones oratorias sirvió de tema el pueblo de Israel, y con lenguaje expresivo y sublime enarró el orador las maravillas de aquel pueblo excepcional. Creíamos que no era posible decir cosas más hermosas y poéticas, pero cuando el orador se considera en la cumbre del monte Nebo y presenta al pueblo israelita y á Moisés contemplando la tierra prometida, su elocuencia fue nueva, sorprendente, y lo sublime parecía poco ante aquel espíritu transfigurado por el poder cuasi divino de las ideas. Con cuánto dolor nos dijo que Moisés á los noventa años, joven, sano, sin haber perdido uno solo de sus dientes, á presencia de la tierra de promisión iba á morir, teniendo á la vista, casi al alcance de la mano, la felicidad acariciada en prolongados años de inconcebible peregrinación por arenales y desiertos llenos de peligros. Aquellas patéticas figuras conmovían el corazón, aparecían con vida y movimiento y llevaban al alma, generosos y sublimes ideales.

Recibieron de Martí saludables enseñanzas, Luis López Méndez, David Lobo, Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, César Zumeta, Pablo Acosta Ortiz, Víctor Manuel Mago, Andrés Alfonso, Ramón Sifuentes, Gonzalo Picón Febres, José Mercedes López, José Elías Landines y muchos otros, como los nombrados, conocidos ventajosamente por su ilustración y altas ejecutorias.

El noble apóstol murió en día inesperado, por manos alevosas: debió al sentir herido su noble pecho, al ver la tierra de su adorable patria regada con su sangre vertida en defensa de sus ideales, parecerle menos doloroso su infortunio. Dicen que los grandes patriotas que mueren por la libertad, conservan en el rostro sonrisas inefables.

CARACAS

EL valle de Caracas es admirable, su clima delicioso, la naturaleza alegre y sus verdes y redondeadas colinas aparecen bañadas en suave luz, revistiendo formas de singular poesía cuando el sol dora las enhiestas cumbres de las cercanas montañas. En Caracas la vida tiene dulzuras que deleitan y hacen amar su valle privilegiado de perspectivas sonrientes, llenas de variable y constante verdor: existen corrientes de pródiga vida y brillan á la par de la naturaleza, llena de juventud y de hermosura, el progreso con sus conquistas y la civilización con sus encantos. Desde la mañana hasta el ocaso la naturaleza revela magnificencias y amores: en la mañana las blancas, flotantes neblinas del Avila se deshacen en perlas sobre el delicado musgo y el cáliz de las flores,

cuando el sol esparce sus luminosos rayos : en la tarde, cuando los últimos reflejos del padre del día embellecen las alturas el panorama reviste hermosura y majestad singulares : las neblinas, ora como agitadas alas de inmensos cisnes, ya como hermosísimos y blancos mantos reaparecen flotando en el espacio, donde luego principia á descorrerse el velo de la noche tachonado de innumerables titilantes estrellas. Caracas es una ciudad favorecida por la naturaleza : la comarca es pródiga en abundantes dones y el hombre disfruta en ella de días agradables, de primavera constante y alegre : el obrero obtiene las conquistas del trabajo con facilidad : las industrias florecen, el progreso triunfa, el movimiento revela adelanto, y la actividad humana desarrollada al amparo de la civilización es agente poderoso que regenera y engrandece.

Numerosos son los edificios notables que posee la capital que tratamos de describir : merecen mención especial, el Panteón, soberbio templo que custodia la gloria porque en él duermen los inmortales de la Patria ; la Universidad Central, reformada lujosamente, nos recuerda el desenvolvimiento del país y nos comprueba gloriosamente la influencia poderosa que ejerce en el destino de los pueblos el cultivo de las ciencias ; el Teatro Municipal, edificio verdaderamente grandioso, llama la atención de nacionales y extranjeros ; Santa Teresa, magnífico santuario, recuerda las Ca-

tedrales de piedra, con sus bóvedas, largas como sus naves, unas, y empinadas las otras, como la aspiración á lo infinito que nos devora ; el Palacio Federal, colosal cuadrado de elevadas mamposterías y columnas, admirable por sus variados cortes y pinturas : se compone de dos partes que unen dos grandes arcos. En el centro del cuadrado luce la más hermosa pila de la República en medio de un jardín notable por las formas caprichosas de las flores y los trabajos reveladores de arte paciente, ejecutados en el verde musgo. En la parte Sur del edificio están los salones de las Cámaras Legislativas, el Ministerio de Instrucción Pública y la Procuraduría General de la Nación, y en la otra la Corte Federal y de Casación, el Ministerio de Guerra y Marina, el Ministerio de Relaciones Interiores y el Salón Elíptico, obra grandemente artística y hermosa. En este augusto recinto que sostienen cuatro grandes columnas, se contempla en magníficos marcos una galería de los hombres más ilustres por sus servicios á la Patria, durante la Independencia y la Federación. En la parte más prominente del interior de la cúpula del mismo salón se destaca el grandioso cuadro de la batalla de Carabobo, admirado y aplaudido de todos los que le han visto. Es una creación gallardamente monumental del genio, que por sí sola basta para alcanzar á su autor los honores de inmortal renombre. En el mismo local existen cuatro cuadros más, de grandes dimensiones y

de notable valor artístico, que respectivamente representan las batallas de Boyacá, Junín, Ayacucho, y el Congreso reunido en Caracas en 1811. Preside en este santuario de nuestras glorias el areópago de inmortales, el Semi-Dios Americano. El Palacio del Centenario en el que se exhibieron nuestras riquezas y se ofrendaron las producciones del ingenio, las obras de los artistas y todo lo que de grande y noble teníamos, nos recuerda la apoteosis de Bolívar y el entusiasmo con que ancianos venerables, próceres de la gran República de Colombia, acudían á la cuna de su fundador, enternecidos por el afecto, á bendecir y venerar los restos del gran héroe, en el Panteón que la gratitud pública tiene dedicado á su excelsa gloria. Se turba el alma ante la grandeza de aquella glorificación. La imaginación se detiene y admira sin poder medir, la inspiración, el genio, el heroísmo y el poder sobrehumano con que realizó Bolívar luchando con innúmeras, renovadas y formidables dificultades, la libertad de medio Continente. Recordemos la Catedral que infunde respeto con su majestad imponente, Altagracia, con su famosa ornamentación, Las Mercedes, célebre por sus imágenes y recientes reformas; La Pastora, monumento de la constancia humana, revestida por el arte de singular hermosura, encantos y colores; Santa Rosalía, La Candelaria, San Francisco, San Juan y algunas capillas que por su artística construcción y bellos adornos,

pueden compararse á las de Europa ; las plazas, con sus jardines y estatuas, los paseos públicos, amenísimos lugares que exhiben los refinamientos del arte, y tantos otros edificios monumentales y variadas bellezas, que no caben en esta sucinta descripción.

Merece cita aparte el Salón del Concejo Municipal porque en él se firmó el Acta de nuestra Independencia, porque en él se exhiben retratos al óleo en espléndidos cuadros, de varios varones ilustres que por su talento y profundo saber y elevados rasgos de sublime patriotismo, deben exponerse á la contemplación de las generaciones ; porque en él se admira el aplaudido lienzo, obra del afamado artista Martín Tovar y Tovar, que representa á los héroes y sabios que firmaron el acta de nuestra Emancipación. Dicen que los artistas sufren ante sus propias creaciones por magníficas que sean, porque jamás encarnan en ellas todos los primores de la fantasía y todas las fuerzas divinas del genio que los enardecen y elevan en arranques de potente inspiración ; pero á la vista del cuadro á que aludimos, casi creemos lo contrario, porque así lo requieren los pensamientos que se apoderan del espíritu ante aquella animada monumental creación, en que el colorido más tenue y la más mínima sombra tienen en sí y en conjunto la armonía de la belleza y la majestad de una obra realizada con mágico poder.

Casi en los puntos cardinales de la ciudad

están las cuatro líneas de ferrocarriles que de ella parten. Nos ocuparemos de la que conduce á La Guaira: la Estación de este Ferrocarril está al Noroeste de Caracas á orillas del Paseo Calvario en una hermosa planicie, obra maravillosa, del trabajo embellecida: qué pintoresco y ameno es aquel lugar! Allí se contemplan funcionando el vapor y la electricidad, agentes milagrosos de la inteligencia humana: allí está la enorme y árida montaña que forma el Paseo Calvario, á esfuerzos del trabajo, brotando flores, ostentando corpulentos árboles, arroyos cristalinos, cascadas de perlas. Desde la cumbre de este verjel se contempla el Paraíso en el valle de Caracas, y al pie de esta pirámide de flores se ven las locomotoras con sus silbidos penetrantes y sus penachos de humo, hablándonos el lenguaje del progreso y mostrándonos en sus pulmones de hierro las palpitaciones de la vida infundidas por la luz de la razón á las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Los seres desgraciados, los pobres infelices víctimas de la miseria y el dolor, los que sin amparo caen rendidos por las enfermedades en el camino de la vida tienen en Caracas un suntuoso palacio en el Hospital Vargas, en donde de consuno la ciencia y la caridad trabajan por el bienestar humano. Timbre de honor, corona de gloria inmortal es para un pueblo alzarse hasta Dios, haciendo el bien en aras del amor al prójimo. La obra colo-

sal del Hospital Vargas, digna de encomio en todas partes, ha contribuido eficazmente á efectuar una revolución en el progreso de las ciencias médicas, tan radical y profunda, que podemos decir que se está al tanto de lo que ocurre en París, entre los más aventajados galenos, á los cuales se sigue con éxito, teórica y prácticamente.

Hoy tenemos la Academia Nacional de Bellas Artes recientemente construida con lujo exterior é interior bajo un plan técnico en que se armonizan la elegancia, la belleza, la comodidad y la luz: el Teatro Nacional, obra de gran valor material, de exquisito gusto artístico, de decoraciones magníficas, pinturas espléndidas, mobiliario suntuoso: es una hermosa preciosidad: la Academia Militar, digna de visitarse, pues es en Sur-América obra de especial renombre: la Plaza Amacuro donde surge en pulido granito en proporciones colosales el monumento erigido al marino intrépido que completó el Planeta: la Comandancia Militar, edificio adecuado á los guardianes de la paz y de la gloria nacional; la Oficina Central de Telégrafos, instalada con lujo y al propio tiempo con el más exquisito gusto y calculado método en un pequeño palacio hermozeado por la pintura y la luz; la Biblioteca Pública, reformada é instalada en edificio propio; la Oficina de Correos suntuosamente modificada al estilo europeo; la Casa Amarilla, hasta hace poco morada de los Presidentes, notablemente mejorada; el Pa-

lacio de Justicia frente á la Plaza Bolívar es un suntuoso adorno para la ciudad, digno de la magistratura judicial que lo reclamaba, porque la justicia es en los pueblos cultos la vida del derecho, la garantía de la propiedad, la libertad misma en el progreso y en el orden. Juzgamos la importancia de la magistratura judicial tan decisiva para la seguridad de los derechos de los ciudadanos, que no creemos en el progreso ni en el mejoramiento social donde no se rinda fervoroso culto á la deidad tutelar de la justicia. En las agrupaciones humanas donde se violan los principios fundamentales de la equidad reina discrecionalmente la fuerza, y el derecho y la libertad fugitivos se llevan consigo los más preciosos encantos de la vida, y nada queda intangible ni sagrado. Los cuadros que entonces se ofrecen á la vista son miserables porque para el hombre empequeñecido no existen los altares del heroísmo ni los cielos de la gloria. Perdónesenos la digresión en gracia de la justicia y de la libertad, dones hermosísimos que constituyen por sí solos la mas sólida felicidad que los cielos dieron á los hombres.

Aunque de propiedad particular debemos mencionar por honor á lo grandioso y el arte, el Palacio de Miraflores que costó millones de bolívares y es una maravilla nacional; fuera de que la obra material es soberbiamente elegante, sólida, como para resistir el paso de los siglos, vive en ella, sonriente, admirable,

indecible, en múltiples pinturas y cuadros el genio divino de nuestro inmortal Michelena. Podemos decir que en cualquier parte del mundo el Palacio de Miraflores es una obra magna, bella y digna de visitarse. Y no hay exageración en lo dicho, porque lo grandioso nunca deja de serlo cuando reviste ciertas proporciones, y los encantos que los verdaderos genios comunican á sus creaciones llevan el sello de la eternidad, conquistan á todas las generaciones y parecen flores que tuviesen la virtud de renacer de sí mismas, cada vez más fragantes, más delicadas y más bellas. Los genios son Dioses.

Acaba de terminarse un nuevo paseo á las márgenes del Guaire, sobre sus vegas florecidas. En él todo es poético y artístico: habla á los ojos con el lenguaje de la belleza, escrita en líneas, flores y colores: habla al corazón con superior elocuencia, con la hermosura y gentileza de las vestales que conservan y avivan entre los mantos de flores que las circundan, el fuego sagrado de la felicidad, el anhelo divino de las grandes esperanzas: habla á la inteligencia el idioma excelso del patriotismo, porque, ¿quién rodeado de flores, de encantos, de armonías, mirando por sobre tantas bellezas al arquetipo del arte y del amor, la revelación más grande de lo que más puede conmover al hombre, no siente las aspiraciones sublimes de las grandes redenciones del espíritu? La estatua humana, la Venus vir-

ginal con el fuego de la vida, con sus tibias sonrisas, con sus gracias, se destaca siempre sobre el azul de los cielos como la misma vida cristalizada para fulgurar desde las supremas alturas con resplandores divinos. En nuestro Paraíso hay muchas Evas; quién me diera la pluma de Milton para regalar á los humanos, en cláusulas sonoras, abundancia de hermosuras y bellezas indecibles!

En el Paraíso existe el grandioso y elegante edificio donde con admirables resultados funciona el Colegio dirigido por las Hermanas de San José de Tarbes; la Plaza de la República bellamente exornada; las múltiples flores que lucen en sus diversos cuadros han sido generalmente ofrendadas por manos angelicales, por el cariño generoso de nobles damas que han demostrado que para ellas viven los gloriosos recuerdos de la Patria, que los grandes hechos hablan á sus almas puras el *quid divinum* de lo sublime. En el centro de la plaza sobre pedestal de granito, en brioso corcel, surge armado de su mitológica lanza el invencible Páez. Este héroe llena con su vida la historia de la República y vive en el amor popular, y no hay rasgo de valor ni pensamiento atrevido que venga á la mente sin que haga resaltar más los prodigios con que el bravo llanero asombró á propios y extraños. El héroe civil, el Magistrado tiene también glorias singulares: larga fué la vida del inclito varón: siempre luchó, y sus últimos días

tuvieron la majestad de esas tardes apacibles, silenciosamente elocuentes, después de un día reverberante, cargado de huracanados vientos. Sobre su tumba no cesaron los agravios; pero ya la justicia habló y la posteridad al pie de su estatua, ha ratificado los múltiples títulos de su gloria inmortal.

Caracas tiene hoy sus principales calles macadamizadas; su alumbrado de gas y eléctrico generalizado hasta en los barrios lejanos; sus numerosos tranvías de tracción animal en constante actividad; se están construyendo líneas eléctricas y pronto funcionarán con notable rapidez y regularidad las de Caracas á El Valle y de Caracas á Petare; sus numerosos y lujosos coches tienen vida productiva; se acaba de inaugurar un servicio de carreteras de automóviles-ómnibus y existen varios automóviles de propiedad particular. El carácter de los habitantes es expansivo, alegre, culto y generoso. Se vive á la vanguardia de la civilización, en inmediato contacto con el mundo; las ideas nuevas fulguran aquí apenas germinan en el patrimonio de la inteligencia humana. Estamos en admirable situación planetaria, y por otra parte, para las cumbres del pensamiento no hay distancias ni oscuridades. Somos por la comunión de las ideas, ciudadanos del mundo y beneméritos de la civilización.

En medio de nuestros tesoros hay uno que vale más que todos juntos: está la mujer que los compendia dando inusitados esplendo-

res á los encantos de la belleza y los atractivos del espíritu. La noble dama caraqueña reúne con exuberancia aquellas inefables cualidades con que el prodigioso Alarcón nos habló de la mujer música, de la mujer pintura, de la mujer encanto: ella tiene en sus delicadas formas y expresivos movimientos elocuencia especial, que crece y cautiva con eficacia cuando de sus labios brota la palabra reveladora de alma sonriente, tierna y hermosa, como delicia soñada en hora de venturosa ilusión.

ASOCIACION

UNIÉNDONOS al amparo de la paz para propender al engrandecimiento de la República, nos honramos pagando tributo de gloria y de veneración á nuestros antepasados, quienes inspirados por nobilísima virtud, crearon grande y hermosa la Patria, meciendo su cuna entre clarines de victoria, en campos inmortales donde fue sublime el entusiasmo por la libertad y el heroísmo no puso límites á sus generosos arranques.

Hablar de la asociación es referir la historia de los progresos humanos, es ver ascender la humanidad por el camino de los siglos á las bellas alturas de la civilización, donde hay tronos de luz para la inteligencia y horizontes tan grandes, que la imaginación se pierde en ellos en alas del pensamiento.

La asociación es necesaria para enriquecer el pensamiento con el canje de las ideas, para vencer las dificultades que opone la naturaleza á las gloriosas conquistas del trabajo: es necesaria para realizar toda obra que supere las fuerzas naturales del hombre y revista alguna grandeza. Las Pirámides, los Obeliscos, el Coloso de Rodas, la Vía Apia y todas las construcciones que forman los célebres monumentos de la antigüedad, recuerdan los esfuerzos de los esclavos reunidos, trabajando bajo la opresión de los tiranos.

Varían los tiempos y los déspotas sucumben y los esclavos se hacen hombres. A la sombra bienhechora de la paz, al amparo de la libertad, inspirados por la fraternidad se congregan ya los hombres, soberanos de sí mismos para continuar la obra redentora de los mártires que les antecedieron.

Jesús, como todos los grandes pensadores antiguos, fué apóstol de la asociación, y la inspiración de su verbo cautivador, transformó las sociedades, llegó á los corazones, conmovió los espíritus é hizo comprender al César y al esclavo, al paria y al filósofo, que los hombres asociados por nobles y generosos ideales debían marchar protegiéndose á cambiar los destinos del mundo.

Los discípulos de Jesús se lanzaron á los cuatro vientos y predicaron para aquel entonces la desconocida doctrina que aconseja y preceptúa la fraternidad universal. Asociacio-

nes cristianas surgieron en gran número y sus trabajos abarcaron las artes, las industrias y las ciencias. En la Edad Media no se conocieron otras. Es después del Renacimiento que decae el Feudalismo y las Naciones con vida propia adquieren nuevos gérmenes de progreso. El cambio y el movimiento se desarrollan entre los pueblos y el sistema de asociación les asegura la independencia, haciendo fácil la defensa de sus derechos.

Los océanos se convierten en vías fáciles de comunicación, merced á los adelantos de la marina ocasionados por la brújula y el vapor. Las distancias son como si no existieran, por la velocidad, baratura y seguridad de los trasportes. Famoso lauro y espléndida morada conquista la humanidad con el dominio de los mares. Poblaciones enteras viven tranquilas viajando en esos monstruos que corren veloces respirando humo sobre las embravecidas olas. Los puertos forman los mercados de la civilización y el mundo la patria del hombre.

A la asociación se deben innumerables sorprendentes triunfos, porque ella es causa del derecho de gentes: proclama de la ciencia que pide en nombre de la justicia la igualdad entre las naciones: á ella también se debe el derecho internacional privado, que abre las puertas de cada nación al extranjero concediéndole los derechos de que goza entre los suyos.

Hé aquí consumada una maravillosa revo-

lución política, social y comercial que sintetiza grandes glorias. La revolución continúa y continuará mientras haya obstáculos para el progreso, porque la vida es combate y la historia de la humanidad, cadena de triunfos.

Ideas generosas, aspiraciones nobilísimas enardecen las almas; y todo revela que el pensamiento del hombre se agiganta y que en sus trabajos portentosos busca la dicha de la gran familia humana, como la mejor recompensa á sus afanes.

Que el trabajo sea la más vehemente aspiración de los hombres y que la asociación les sirva de palanca para llevar á todas partes con el vapor y la electricidad, el progreso y la civilización.

Asociémonos para trabajar por la felicidad de la patria. Necesitamos á diario reunirnos para deliberar acerca del porvenir. Nuestra responsabilidad es grande y no debemos omitir sacrificios para honrar la memoria de nuestros nombres.

Asociémonos para proteger la agricultura, las artes, el comercio, las letras, la ciencia. Trabajemos y vivamos protegiéndonos. Amemos desinteresadamente la patria, y llevemos á toda empresa útil siempre que podamos, el óbolo del esfuerzo, del centavo y de la idea.

LA MAYOR GLORIA

LA República era castigada por el azote de la guerra civil. Negros nubarrones en el horizonte, tempestades desencadenadas de rugientes pasiones, alaridos de odios rastreros, cuadros aflictivos de miseria moral, confusión arriba, desorden abajo, anarquía en todas partes, tal era la triste situación de la patria en no lejanos días.

Razón tenían los ánimos enérgicos, los propulsores del trabajo para sentirse agobiados por intensa pesadumbre. La muerte pedía nuevas víctimas y el dolor tocaba los corazones. El cuadro que se presenciaba tenía fulguraciones siniestras, era verdaderamente apocalíptico; el furor reinaba, y nada escapaba á los estragos de la destrucción. El adolescente, la virgen candorosa y adorable, el anciano

meritorio y la matrona augusta, todos veían el rayo sobre sus cabezas y sentían llenos de pavor los terribles sacudimientos de la tempestad. Las muchedumbres enardecidas en los combates, empujadas por el odio, ciegas por la ira, no son conscientes ni sensibles, y como ráfagas de huracán ú olas terribles arrancan de raíz y barren todo cuanto se les opone. Reinaba la guerra y el furor presidía los consejos de los hombres. El humo no se levantaba de la cabaña del pobre: los campos se vieron abandonados y los pueblos llenos de almas tristes, y todo era sobresaltos y temores; no se vivía sino para alimentar calamidades, oír llantos, perder ilusiones y considerar irremediables los infortunios é interminables las desgracias. La negra noche del dolor se prolongaba demasiado.

La luz mortífera del incendio de los odios se fué extinguiendo y el pueblo generoso volvió á sus campos tristes y desolados, á regenerarlos, á darles nueva vida, á crear la felicidad por las recompensas del trabajo á los rayos miríficos del amor. Así como la Naturaleza espontáneamente se adorna con mantos de flores en la risueña estación primaveral, los corazones rejuvenecidos por la esperanza latieron unísonos y brotó un himno de alegría de las almas entusiasmadas por el dón bendecido de la paz. El sol de la dicha brilló en todo su esplendor y la esquiva felicidad se mostró cariñosa. ¿Puede haber algo más interesante que

el renacimiento de la vida en alas de la esperanza? ¡Qué bellas son las inspiraciones del cariño cuando ideas generosas mueven los sentimientos y llegan al fondo de los espíritus para ser amor en los desposorios de las almas, alegría en las fiestas del entusiasmo, encanto en los corazones y convicción en las inteligencias! Si la guerra aniquila y devora, la paz crea y engrandece: el odio revuelve el fango de la naturaleza humana, y el hombre degradado es peor que las fieras feroces de los bosques: la paz es crisol que purifica, luz que atrae con apacibles claridades, lazo invisible que como cadena de fragantes rosas une suavemente de modo inquebrantable las voluntades, y crea juntas todas las maravillas del progreso y de la civilización.

Las naciones en que los ciudadanos con frecuencia llevan al hombro las armas fratricidas desconocen los principios elementales del civismo y buscan en vano en las soluciones estériles de la fuerza, el bienestar que anhelan. A la sombra de la paz caen las cabezas de la hidra de la anarquía y al fin surge el orden modelado en las aspiraciones populares, con los encantos de la libertad y los bienes inestimables del derecho.

Ya se vive en la cabaña y en el palacio: ya el himno grandioso del trabajo resuena en los feraces campos: ya el ángel del amor puede abrir sus perfumadas alas y batirlas sobre el cielo de la patria. La paz es adorable, su

imperio es todo dulzura, sus caminos están sembrados de bienes y sus triunfos son placeres inefables, regeneración de la vida: la guerra es degradación ascendente: ataca todo progreso: engendra la anarquía y levanta la fuerza armada de la lanza, que es la barbarie erguida, la negación del derecho, el silencio de la justicia.

Es necesario que cada ciudadano haga suya la obra bendita de la paz, porque ella es la dicha del presente y la mejor garantía de múltiples glorias para el porvenir: es necesario que resplandezca con vivos colores en la conciencia nacional, el patriotismo consciente, que es el que lleva á lo sublime, el que crea los caudillos, los sabios, los hacendistas, en síntesis, los hombres superiores y los genios que destacándose como soles, quedan á perpetuidad en el cenit de un eterno día iluminando á la humanidad en la serie de los tiempos.

Necesitamos avivar y engrandecer el alma de la patria, que reside en la conciencia pública: hacer de las virtudes republicanas un credo digno del alto patriotismo de nuestros Libertadores: sobresalir á diario en los constantes esfuerzos por el perfeccionamiento social: crear en el amor de lo grande y lo sagrado, la tolerancia con advertencias y la sanción con equidad: así destruiremos la razón de la guerra, porque se hará inconcebible é impracticable: el árbol de la Paz, como aquel soñado por el rey babilóni-

co, crecerá y extenderá por sobre todo el país su sombra de bendición y sus frutos de múltiples maravillas: la felicidad será nuestra conquista y entonces podremos decir: hemos alcanzado la mayor gloria.

EL PRIMER MOMENTO

Y ODAVÍA los astros bogaban en el espacio y se observaba majestuosa quietud en la naturaleza no obstante ser la hora en que espontáneamente surgen las alegrías de la vida, de todos los seres, como himno rumoroso precursor de la luz. Caracas dormía sobre su blando lecho y soñolienta esperaba la hora de los bellos crepúsculos, de los aromas fragantes, de las caricias de los céfiros. La bella Odalisca no había abierto sus hermosos ojos, ni hablado con sus elocuentes sonrisas: no había cautivado su palabra de encantos: sus mejillas no habían eclipsado la suave luz matinal con indecible rosicler: sobre el verde musgo de las colinas extendido aparecía su manto de blancura, de matices y de flores. Frente al nuevo sol no se erguirá radiante la imagen de la belleza.....

Estaba escrita una catástrofe por el destino y se debía amanecer bajo el imperio del terror. Los edificios tiemblan desde sus cimientos; bambolean, la tierra se niega á sí misma, cruje, se agrieta, y trepidando constantemente, anuncia con elocuencia apocalíptica la desolación y la muerte: era el terrible amanecer del día veintinueve de octubre de 1900. Los habitantes todos de la ciudad en desesperado y revuelto tropel se lanzan á las calles, á las plazas públicas, y en los ánimos más varoniles reina indescriptible y profundo pavor: se vive el momento de un naufragio en alta mar: la tierra gime y huye, y la naturaleza encolerizada anonada y aterra: todo representa trágicamente las fauces de la muerte.

REVELACION

DONDE sonríe la inocencia titila apacible luz del cielo.

Con trajes blancos, adornadas con bellos lazos de celestes cintas, varias niñas, en espacioso local artísticamente decorado ofrecían un cuadro encantador. Había seres angelicales de seis años que unían   las gracias de tan temprana edad señalados triunfos en el aprendizaje, alcanzados con facilidad y claro despejo de ingenio; otras ocupaban más alta jerarquía en la escala de la vida y brillaban más en la senda luminosa del saber. Aquellos delicados ramilletes de flores humanas, sonrisas de la inocencia, primicias admirables del porvenir, futuras sacerdotisas del hogar, revelaban encanto indecible por la modestia y la tranquila hermosura del alma en el mirar de bellos ojos,

la frescura de la edad y la encantadora poesía que con peculiares atractivos, exhibiendo divina alegría se manifiesta en el semblante cuando el alma principia á sentir el fuego de la vida, en los anhelos tentadores de felicidad desconocida, formada de mil modos en los sueños de la fantasía.

El cuadro era admirable: poético en sus detalles, encantador en el conjunto. La inocencia subía las escalas de la vida; la belleza brillaba en múltiples y delicadas formas; la mujer prometía el progreso de la Patria; la civilización anunciaba días de ventura para el hombre y de triunfos para las letras: aquella representación hermosísima de la mujer, era una glorificación del porvenir.

Llevar al corazón de la mujer el amor al estudio, al trabajo, á lo bueno y lo bello, es asegurar la felicidad del hogar, la honra y la prosperidad de la Patria. Dichoso el que ve florecer en almas candorosas, en corazones inocentes, como en campos del cielo, las preciosas semillas del bien!

Llenar de luz la inteligencia abandonándola á la fiebre de las pasiones insanas, es preparar horriblas tormentas; es huir de la felicidad; es desconocer la dulce paz de la conciencia.

Qué bellos son los triunfos de la niñez cuando la futura sacerdotisa del hogar brilla en ellos por su inteligencia y sus virtudes! Qué grandes las esperanzas del porvenir cuando en el hogar se siente la felicidad y el hombre satis-

fecho y alegre combate los azares de la existencia !

Abrir despejados horizontes á los generosos anhelos de la mujer iluminando su inteligencia y formando su corazón, es querer contemplarla virtuosa, admirada, feliz, grande en el pensamiento del hombre, fuerte en las batallas de la vida, divina en las cumbres de los afectos humanos.

En aquel día de hermosas esperanzas realizadas, dije á aquellas inocentes niñas : saldréis de aquí y también de vuestros hogares para ir á luchar la vida del mundo donde debéis conservar á todo trance para continuar siendo felices, los delicados y preciosos sentimientos que adornan vuestros corazones. Seguid trillando el noble sendero de la virtud y dedicad las horas de descanso á la lectura de obras que, recreando, moralicen é instruyan. Así fortaleceréis vuestros espíritus cada día más, y os haréis perseverantes y eternamente dichosas por vuestro inmenso amor al bien. Guardad cuidadosamente como prendas de gran valor los premios que habéis recibido por la consagración al estudio : ellos os recordarán el indecible placer de vuestros padres : ellos os recordarán deliciosamente esta edad feliz cuando los años blanqueen vuestras cabelleras y tengáis como madres que asistir á presenciar el triunfo y la alegría de vuestros hijos : guardadlos con religioso amor, porque ellos serán testimonio del abnegado cariño y del interés de vuestros padres por haceros eternamente dichosas, desde los días primaverales de la infancia.

VILLA DE CURA

ESTÁ notablemente embellecida : posee plazas públicas, estatuas, jardines y pilas, templo hermoso, construido á lo moderno, suntuosamente decorado ; biblioteca pública, casa de Gobierno, espaciosa cárcel, puentes, mercado, y otros edificios más, que recomiendan su cultura y civilización. Villa de Cura está llamada á ser por su posición topográfica, por la virtud y constancia de sus heroicos hijos, un centro de movimiento intelectual y material.

Dista cuatro leguas de la Estación de Cagua del Ferrocarril Alemán, y está situada en un hermoso valle, en su parte más alta, en una meseta inclinada en sus extremos, respectivamente al Oriente y al Occidente, de modo que las aguas que recibe durante el invierno, unas

van al río Guárico y las otras al lago de Valencia. La ciudad se destaca en la altura coronada por dos torres, ofreciendo una perspectiva bastante pintoresca: cuatro valles feraces se abren á sus plantas, casi en los puntos cardinales. La naturaleza la ha favorecido con singulares dones, y por eso progresa rejuveneciéndose con alientos de vida nueva. Numerosas haciendas de caña y de café se encuentran á sus alrededores, aumentándose las últimas sobre todo en las elevadas y feraces cordilleras situadas al Sur, donde el trabajo ha proporcionado capitales á varios de sus apóstoles. Es Villa de Cura un pueblo notable por sus riquezas naturales, por su agricultura, su comercio, y más que por todo lo enunciado, por su moralidad, civilizadas costumbres, belleza de sus hijas y el espíritu progresista y hospitalario de sus moradores, siempre animados de sentimientos generosos y grandes.

UN PASEO A HATO

JUNTO con mi familia, á las cinco de la mañana, salí en coche en dirección al pintoresco y alegre *Hato*.

Pocos momentos después pasábamos junto al magnífico Hospital Militar, donde el arte, la ciencia, la solidez y la elegancia hermanados, dan á tan importante y útil establecimiento las abundantes y excelentes condiciones que lo hacen por todos respectos recomendable.

Este edificio está construido sobre una colina cerca de la cual está Habaai, en un precioso sitio, á orillas del Schottegat. Habaai es ya un santuario del saber verdaderamente admirable, pues en él, ángeles de la tierra, inocentes niñas, ilustran sus inteligencias con variados y útiles conocimientos, y llevan á

sus corazones tesoros de sabias advertencias y excelsas virtudes. Colombia, Venezuela, Santo Domingo y otros países tienen en honorables sacerdotisas del hogar, demostrada la excelencia de tan célebre Colegio.

Pasado el agradable y risueño sitio de Ha-baai se admira el Schottaget, prolongación del principal canal que toma la forma de un verdadero lago. Sus apacibles ondas rizadas por el viento, sus pequeñas y alegres islas, sus promontorios de dura roca, y los vapores de guerra que majestuosos se presentan inmóviles, dan al panorama singular importancia y encantador atractivo. Luego principia á verse la ciudad, la cual ofrece á la suave y clara luz matinal con sus resplandecientes y punteagudos techos, apiñados mástiles de variadas embarcaciones, un espectáculo por singular modo hermoso y simpático. A medida que el astro del día eleva su disco y aviva el fuego de sus fulgentes rayos, los edificios todos van apareciendo en un mar de blanca luz, y brillan y titilan como si estuviesen rodeados de fajas de cambiante plata.

Admirando con la vista y con el pensamiento á la gentil Curazao, seguíamos rápidamente nuestro viaje por un camino carretero tan sólido y plano que los caballos fácilmente marchaban corriendo. Todo era entusiasmo y alegría, pues todo convidaba á la satisfacción y al placer. La amistad nos había congregado y labios risueños y alegres daban al aire fra-

ses llenas de contento, que volando en alas de la brisa herían dulcemente los oídos. A derecha é izquierda del camino contemplábamnos humildes chozas, de donde salían corriendo á vernos pasar, chiquillos inocentes, frutos del amor de aquellos campesinos que aman y gozan en sus humildes chozas como los potentados en sus dorados palacios. Los ví contentos, satisfechos de sí mismos, bendiciendo la vida con sencillas alegrías.

Era domingo el día de nuestra excursión. El camino que recorriamos aparecía á menudo cruzado por transeúntes que iban y venían. Era la hora en que el genio de la noche se eleva en brazos de la aurora; era el hermoso despertar de la naturaleza, todo revelaba la suave alegría matinal, los árboles despedían grato olor, el aire bullía fresco y los rayos del sol producían grata sensación. Los transeúntes aumentaban, crecía el bullicio humano, motivo por el cual me figuré que nos acercábamos á algún pueblecito; pero á poco andar salí de mi suposición al contemplar en la cumbre de elevada colina, la iglesia de Santa María, de donde salía y venía en dirección al camino que seguíamos, grueso cordón de hombres, mujeres y niños que, vestidos sencillamente de gala, venían entregados á sabrosas pláticas, con sus semblantes sonreídos, contentos, después de haber cumplido los deberes religiosos del domingo.

Nos sorprendía este espectáculo digno de

atención. La hora, la colina, la libertad del campo, la hermosa iglesia, el bullicio y el hormigueo humano, el entusiasmo de aquellos sencillos corazones, la ardiente fe de aquellas amorosas almas, todo lo que se nos ofrecía á la vista decía elocuentemente á nuestras inteligencias, cosas grandes y bellas. En aquella muchedumbre estaba de presente el espíritu humano, resplandeciente, feliz, lleno de entusiasmo y de candor.

Nuestra rápida marcha no se interrumpe. Ya el sol se ha elevado algunos metros sobre el horizonte, y el ambiente fresco principia á desaparecer. Subimos á una pequeña colina desde la cual contemplamos de nuevo el mar, teniendo cerca y á nuestra izquierda el bello campo á donde nos encaminábamos. Divisamos su elegante y hermosa casa, sus verdes y corpulentos árboles; y luego el ganado, las ovejas, las aves, y todo ese conjunto de seres vivientes que alegran el campo, complementan las dichas de la naturaleza y los encantos de la vida. El arrogante cantar del valeroso gallo, el fuerte bramido de la vaca clamando por la cría, el balar de las ovejas, y todo lo que de algún modo nos es grato y nos recuerda que estamos lejos del bullicio de las ciudades, en medio de la naturaleza, solos, con nosotros mismos, llevando una existencia inofensiva, activa y alegre, proporciona al espíritu una gran dosis de felicidad y despierta en el corazón exquisitos sentimientos.

Llegamos al patio de la casa: se detienen los

coches, abandonamos nuestros asientos y penetramos en ella. ¡Qué delicioso es el descanso cuando el cuerpo fatigado lo pide! Allí reposamos un poco y luego emprendimos un agradable paseo por entre variada arboleda, gozando de protectora y agradable sombra. Visitamos en el bosque un corpulento ceibo que con su extendido y poblado ramaje convidaba á gozar de la frescura que reina en su dilatado dominio. Sentados, unos, en las raíces, otros, en la diminuta y delicada yerba; y ellas, flores en aquel delicado ambiente, adornos de aquel cuadro vivo de la naturaleza, aumentaban su encanto y poesía. Un apreciable caballero amante del arte fotográfico, y en esta ocasión admirador de lo poético y lo bello, propuso sacar un grupo, para lo cual estaba él de antemano preparado. Su feliz pensamiento fué al instante una realidad, y sucedió entonces lo que era de esperarse, las flores diseminadas, reunidas y convertidas en hermoso ramillete, colocado artísticamente al pie del majestuoso árbol, produjeron un efecto admirable. Se habían unido la belleza, la juventud y la poesía.

Delicioso rato pasamos en esta recorrida en la cual todo fué entusiasmo y complacencia. Inteligentes y educadas damas, galantes y cumplidos caballeros, honorables padres de familia, todos tenían igual empeño en hacer simpática y memorable con sus oportunas atenciones y finos obsequios, aquella fiesta de la amistad.

Muy cerca de la casa de *Hato* brota al pie

de una montaña de roca y arcilla, un abundante y límpido manantial que convertido á cortos pasos de su nacimiento en hermosa cascada, va llenando grandes estanques comunicados entre sí. El agua es dulce, agradable é inofensiva á la salud.

Al pie de corpulentos árboles, en la fresca sombra hay un excelente baño que incita á gozar de él. El estanque límpido y trasparente, el agua descendiendo como hermosa franja de plata, el aire frío y casi húmedo, el follaje, la sombra, los árboles, todo me parecía doblemente hermoso y agradable, porque me recordaba las montañas y las cristalinas y murmurantes fuentes de mi patria.

Las horas de tan bello día se deslizaban inadvertidas para el pensamiento que, entregado á los goces del espíritu nos abstraía de la prosa de la vida á las regiones del sentimiento, á las fruiciones de la felicidad. La conversación animada, los ingeniosos pasatiempos, la música y todo lo que improvisaba el entusiasmo y disponía el deseo de amenizar aquel día, llevaba el sello del sentimiento y de la más viva satisfacción. No había en los labios sino palabras de verdad. El lenguaje del corazón cuando rinde culto á la amistad no puede ser otro.

En *Hato* existe una gruta digna de especial mención. Está casi en la cumbre de la montaña de roca de la cual brota el manantial. La entrada tiene tres metros de alto, dos de ancho, y de altura sobre el nivel del mar como 200 pies.

Acompañados de tres hombres del lugar que llevaban hachones encendidos, casi todos los que andábamos de paseo penetramos en aquel oscuro laberinto, lleno de protuberancias, de concavidades, de caminos en forma de cuevas, de columnas é innumerables caprichosas figuras, que cada cual se antojaba, representaban esto ó aquello. Caminamos y caminamos hasta que al fin atraídos por lejana claridad que progresivamente nos iba anunciando la luz del día, llegamos debajo de una grande y elevada bóveda que tiene abierto en su centro un círculo de dos varas de diámetro. En este lugar viendo el cielo, gozando de su luz y hermosura me hallé tan bien, que cuando los demás excursionistas abandonaron aquel sitio para seguir sumergiéndose en aquella oscuridad, en unión de dos ó tres más, permanecí en él. El círculo, la luz y el cielo fueron para mí en aquella sofocante oscuridad, como la tierra vista de repente para el que perdido en la tormenta busca puerto dónde ampararse. Vuelven mis compañeros y nos incorporamos á ellos, regresando por el mismo camino. Cuando me ví fuera de aquella profunda y extensa caverna, admirable trabajo de la naturaleza, me sentí como libre de un gran peso, respirando con libertad.

Regresamos al pintoresco *Hato* y entregados á otras diversiones pasamos el tiempo sin notar transcurrir las horas. El sol descendía á su ocaso, su luz se hacía cada vez más débil, y las tibias brisas de la tarde, mensajeras de la noche,

anunciaban esa hermosa placidez, ese dulce reposo y elocuente silencio que se nota en la naturaleza cuando el sol, fecundador de su vida y alegría, esconde su brillante disco en arreboles y horizontes de nacarada luz, postrimerías esplendentes de su admirable carrera.

Había llegado la hora de regresar. Enganchados los coches, alistados los aurigas, fué preciso decir adiós á aquel placentero Campo; alejarse de su casa, de sus árboles, de su murmurante fuente, de sus rebaños y de todo aquello que en breves y fugaces horas habíamos visto con el encanto de singular cariño. Emprendimos la marcha, y en menos de una hora volvimos á la ciudad..... Las sombras de la noche principiaban á extender su pabellón.

MESENIANA

ME parece que llego tarde con las flores de mi cariño á su tumba triste y olvidada. Hay seres desgraciados que recorren siempre vías dolorosas, que no encuentran en el camino de la existencia sino sufrimientos: la fatalidad con certeza implacable los persigue. Tales peregrinos del dolor conmueven y llaman poderosamente la atención, sobre todo cuando son espíritus primaverales, generosas manifestaciones del sentimiento, flores en los eriales de la vida, luz entre sombras, energías, ternuras, actividad. ¿Por qué un alma más blanca que la nieve, trasparente, divina por sus ideales, más alta y más hermosa que radiante estrella, ha de vivir luchando con miserables asperezas, sumergida en el oleaje revuelto de las pasiones humanas? ¿Por qué una inteligencia poderosa, reguero de luz, astro en el cenit, descende y se apaga en el silencio

y en el olvido? ¿Cómo explicarse estos fenómenos que tan hondamente lastiman el corazón y tan amarga tristeza llevan al espíritu? La inteligente y buena amiga estuvo en mi casa cinco días antes de su fallecimiento, y aunque llevaba en el rostro profunda señal de múltiples dolores, su espíritu era siempre el mismo y se transformaba cuando la palabra brotaba de sus labios y daba á los asuntos más triviales, gracia, novedad y trascendencia. Al lado de élla tenía que pensarse con valor, con rectitud, con patriotismo: tenía el dón de transmitir sus ideas, de rodearlas de encantos y de filosofía consoladora. La última vez que la ví caminaba á la tumba, podríamos decir, ya abierta para élla, y sin embargo nos dijo: “No sé cómo vivo con el alma partida, anhele la dulce paz, pero mientras el corazón aliente es menester resignarse, apartar las espinas y coger las rosas.” Cortísimo tiempo trascurió, y llegó á mi hogar la triste nueva de que en la parroquia de San José había fallecido la ilustre pensadora, y de que su cadáver casi solo había sido conducido á la ciudad niveladora de los grandes y de los pequeños, pues las mas costosas tumbas no significan sino silencio y vanidad, y en el trascurso del tiempo día vendrá en que no se sepa quiénes las levantaron ni por qué subsisten.

Oh! noble amiga, tú espíritu inmortal ha dejado estelas perdurables de luz y tu recuerdo vivirá no efímeramente como las cenizas cubiertas de mármoles, con inscripciones doradas,

sino con el valor luminoso y creciente del pensamiento, en el templo eterno de las ideas. Es bella y grata la obra del afecto, indecible el ingenio del corazón, pero son cosas humanas, pasajeras, cadera de cortos eslabones. Mejor es situarse en las estrellas donde todo es cielo y encantos, arreboles y luz.

Corría el año de 1865 y los hermanos Bolet principiaron á editar el "Museo Venezolano," periódico notable donde colaboraron distinguidos ingenios á quienes la fama ha hecho conocer por sus insignes ejecutorias. Entre estos escritores inició con éxito ruidoso su carrera literaria Adila Fourastié, y numerosas y selectas páginas de aquella publicación están llenas con sus brillantes producciones, en las cuales es de admirar además de la frescura del estilo siempre vigoroso y matizado de bellezas, un fondo de filosofía trascendental, de delicadeza y de audacia al propio tiempo para pintar la sociedad y describir sus tendencias.

No exageramos. Entre nuestras escritoras Adila Fourastié ocupa lugar muy culminante: sus escritos reunidos formarían precioso volumen, serían reflejo de una inteligencia luminosa, de un alma soñadora, de un corazón bueno. Veríamos en él cosas difíciles de retratar, llevadas palpitantes al papel: estudios psicológicos, transparentes como escritos con lágrimas en horas de suprema melancolía: la naturaleza con sus sonrisas, matices y encantos: la vida humana con sus tejidos inexplicables, cum-

bres y valles, tempestades y calmas, días oscuros y claros, alegrías y penas. Hay escritores que no pueden estudiarse sin sentir el poder de lo extraordinario, el encanto de lo desconocido.

En la soledad moral á que por temporadas ciertos espíritus nos retiramos á vivir, se hace indispensable recordar á los hermanos del pensamiento, á los que siguen haciéndonos compañía á pesar de habernos abandonado. Las horas de reflexión son las horas de clarividencia, las horas en que verdaderamente el alma está despierta y mira. Creo rendir tributo á la justicia, hacer obra de virtud alzando á la contemplación pública memoria tan insigne y venerable.

Sea este escrito corona de perdurables flores sobre la humilde tumba que con elocuencia grande comunica preciosas enseñanzas.

LAZARETO DE CABO BLANCO

Es indudable que cuando el progreso avanza y la civilización triunfa en obras de redención inspiradas por sentimientos altruistas para llegar al fondo de la más espantosa miseria social, á la lobretez del dolor sin esperanzas y proteger en cuanto más es posible á los desvalidos condenados á eterna soledad, el espíritu se expande y la alegría del bien como brisa del cielo, dulcemente agita los corazones. Estas obras generosas tienen belleza moral incomparable y elocuencia irresistible en favor de la fraternidad humana.

Entre Maiquetía y Cabo Blanco existe extensa llanura con pequeño declive de Sur á Norte: allí compró el Gobierno Nacional á Florentino González treinta y seis hectáreas de terreno, limitado al Norte por el mar, al Sur por el pie de la montaña donde pasa el Ferrocarril de La

Guaira; al Este, el nuevo Cementerio de Maiquetía, y por el Oeste la Quebrada del Algibe. En el centro de este terreno, distante 3.100 metros de Maiquetía y 3.100 de Cabo Blanco se levanta como ciudadela de singular blancura, el amplio edificio, el Palacio que la municipalidad del Gobierno Nacional ha erigido en obsequio de aquellos desgraciados que el cuerpo social, con horror, aleja de su propio seno. El Lazareto tiene forma de Cruz y 140 metros de Norte á Sur y 100 de Este á Oeste: la construcción es de concreto y de mampostería y los techos de obra limpia, pintados al óleo: es una obra que se puede calificar de monolítica, en la cual se manifiesta elegantemente en formas sencillas, modeladas en lo bello, el arte dórico.

La fachada principal situada al Este produce impresión que va siendo más y más agradable á medida que nos acercamos, porque va creciendo su imponente altura y se revelan sus múltiples luces. Estas gratas impresiones no son comparables con las que se experimentan en la portada del Palacio, al volver la vista al camino recorrido, pues surge poéticamente Maiquetía, con sus verdes vegas y cicales esbeltos, luego La Guaira con su puerto lleno de embarcaciones, y más allá la risueña cordillera de la costa con varias ensenadas, verdes colinas, altas montañas, y Macuto, que podríamos llamar mansión de hadas entre selva de singular frescura, con fuentes rumorosas. Los grandes parajes de la naturaleza donde la poesía brilla en detalles

bellos y lo sublime en formas hermosas y descollantes, tienen para el alma como una suplantación del cielo: verlos es admirarlos: es sentir la felicidad bajo forma nueva, delicada, sutil, y al propio tiempo fuerte y material: es que tales sitios contienen en síntesis los múltiples tesoros que anhela el espíritu en sus vuelos más altos, en sus sueños más ardientes de ventura.

En todo el edificio hay abundante luz, y en el resistero, cuando el sol flagela, su influencia no es poderosa porque casi siempre reina fresca brisa, y las paredes miden del piso á la cornisa 8 metros, siendo ésta la menor altura. El patio de la entrada es espacioso, ostenta ya alegres árboles que cobijan con su protectora sombra mesa de verde césped: los corredores de este patio descansan sobre 26 columnas de mampostería, tienen 18 luces y se comunican con el resto del edificio por dos arcos de seis metros de abertura y dos grandes pasajes. En este departamento, al entrar á la derecha, está el local de recibo de los médicos, luego sus habitaciones, después la botica y por último el salón de los practicantes: á la izquierda al entrar, está el recibo de las Hermanas y luego sus habitaciones. Los cuatro grandes salones para enfermos, situados de Norte á Sur, tienen cada uno casi una cuadra de largo, con 23 luces, lavabos, baños y otras comodidades. Los patios correspondientes á estos salones por sus amplias dimensiones permiten ponerles dos líneas de grandes árboles, de los cuales hay

varios. Los ángulos del suelo de cada salón están cortados en arcos de círculo, de modo que al poder de la escoba no se escapa ningún objeto por insignificante que sea, y los pisos tienen inclinación imperceptible hacia una puerta del centro, frente al respectivo patio donde existe un desinfectador de modo que con una manguera se lavan fácilmente, sin que perdure la acción de la humedad. El panorama que se contempla desde los grandes patios es especialmente pintoresco, atrayente: al Norte, la verde, dilatada llanura del Océano: al Sur, las montañas con el camino de hierro, sus caseríos, haciendas y campiñas. Los dos grandes arcos del centro colocados en línea recta á tres arcos montados sobre dos columnas y dos pilastras apoyadas á sus muros, situadas á los extremos Sur y Norte, hacen que el edificio en su parte más extensa ofrezca á los enfermos todos, un campo ilimitado sin cortapisas á la vista, con variados y bellos horizontes.

La cocina del Hospital es suntuosa, tiene cuatro fregadores, 17 hornillas, las cuales pueden funcionar como batería. En síntesis, el edificio tiene 22 salones, 127 luces, está perfectamente unido y al propio tiempo separado en dos departamentos, uno para hombres y el otro para mujeres, con capacidad holgada para cuatrocientos enfermos; con buenos oratorios, comedores, lavaderos, baños y departamentos especiales para despensas y depósitos; dista del mar 500 metros y está á 50 de altu-

ra: conviene advertir que los desagües secundarios son profundos y contruidos con todas las reglas de la ciencia y de la higiene y que el principal es más profundo y á los 300 metros de extensión desemboca en un consumidero, cuya profundidad es de ocho metros por cuatro de ancho, construido sobre el álveo arenoso de la Quebrada del Algibe. El consumidero tiene sus paredes de piedra seca y está herméticamente tapado, de modo que las aguas se filtran por capas de arena, pereciendo los microbios; pero en el caso de que aquéllas alguna vez pudieran salir á la quebrada, tendrían que recorrer más de 300 metros de capas arenosas para llegar al mar donde serían incesantemente batidas. Todo está previsto y bien calculado.

Creo que obra de tal magnitud y trascendencia debe ser conocida de propios y extraños, porque honra al País, recomienda al Gobierno, habla misericordias á la conciencia humana y ofrece á numerosas inconsolables víctimas, verdadero oasis para aminorar el sufrimiento de interminables y acerbos dolores.

En la ejecución de la obra trabajaron por más de un año hasta doscientos hombres; la dirigió el renombrado ingeniero doctor Roberto García, quien no ha logrado á pesar de su modestia, evitar que su nombre vuele en alas de la fama, pues lo tiene inscrito por la labor de su propia inteligencia, en el Palacio

CIUDADES Y PAISAJES

Federal, en el Panteón Nacional, en Pasajes Públicos, Iglesias, Puentes, Arcos y Carreteras.

Esta obra resistirá el paso de los siglos y hablará á la posteridad con magnífica elocuencia, el lenguaje del progreso y del amor.

MARAVILLAS DE LA PAZ

ESTÁN cerradas las puertas de Jano y un himno inmenso, triunfal, entonado con mirada radiosa é indescriptible del uno al otro extremo de la República, demuestra la grandeza admirable de nuestro pueblo, sus bellos sentimientos, su origen hidalgo y caballeroso, sus patrióticos ideales, pues al abandonar el arma de los combates, con alteza nobilísima olvida los odios producidos por pasiones exacerbadas, y corre al hogar, centro de sus afectos, santuario purísimo de sus amores, á gozar la dicha anhelada de la vida, en el adorable y blando regazo de la paz más íntima. En el cielo de nuestro espíritu nacional no perduran las tempestades del odio, detrás del último disparo de fusil, retumbando todavía el fragor de la tormenta, flotando en los aires nubes ennegrecidas por

el humo de la pólvora, ha surgido siempre el sol invisible de los afectos, del horizonte de nuestras fraternales aspiraciones, á generar y dar vida exuberante con los rayos miríficos del amor, en los pueblos y campos sembrados de ruinas, tristes y desolados por el odio implacable y maldito de nuestras contiendas fratricidas.

Estaba sombrío y terrífico el cielo de la Patria. El ángel de la muerte tenía levantada su flamígera espada contra nuestro pueblo, y por todas partes había tristezas, lágrimas, desolaciones y tumbas nuevas, cuando al aire libre no celebraban los cuervos sus asquerosos festines sobre los cadáveres de nuestros hermanos, inmolados por nuestras propias manos. Oh! guerra maldita! qué dolor! qué vergüenza! qué tristeza! Donde debiéramos haber erigido altares á la gloria de nuestros Redentores nos parece que cruza lívida, pavorosa, la sombra de Caín.

Se ha despejado el cielo ennegrecido sobre nuestras cabezas: no retumba el trueno ni fulgura el relámpago. Pasó la tempestad, las fatídicas sombras huyeron, el cielo enamora, las brisas cargadas de aromas como que cantan, la naturaleza brilla y se hermosea, y el fecundante sol nos parece más radiante porque en su trono de fuego hace su esplendente carrera llenando de luz nuestras alegrías, pues de la ciudad al cacerío y de la cabaña al palacio respiran contento los corazones, y la vida no

es zozobras, amarguras ni temores. La civilización habla, el progreso camina, las industrias crean, las artes pulen, las letras florecen, la poesía canta, el amor redime las almas, y todo es maravilla y crecimiento en el seno de la paz.

El bien inapreciable que hemos adquirido debemos conservarlo á todo trance, y para ello es necesario que gobernantes y gobernados recordemos siempre, que por el ejercicio de las virtudes debemos consolidar fuertemente nuestras instituciones, y que la República no la originan ni la forman las leyes sino las costumbres.

Eduquemos al pueblo y hagamos propaganda en honra del trabajo. «En la escuela se aprende á Dios para ponerlo en la conciencia ; el número que contiene las condiciones eternas del tiempo y el espacio, la geografía que nos hace ver todo el mundo de cerca ; la estadística industrial para conocer el progreso de la mecánica y las artes, y lo más necesario para desbastar el entendimiento, inclinar bien la voluntad y hacer del hombre un sér útil para la patria». La actividad humana en ejercicio del bien redime y engrandece, y no hay virtud privada ni pública que no alcance. «Un pueblo que trabaja, que produce, transporta, fabrica, vende y compra todos los días ; que al cerrar la noche, al bajar el toldo, recoger los aperos de labor y abrigar la nave al puerto, puede hacer cuentas de ganancias para el día siguiente, y cuentas de ahorro para el otro día, es un pueblo

que vive para la naturaleza, que lo quiere industrial, para Dios, que lo quiere virtuoso, y para la sociedad que lo quiere libre. Sólo un pueblo industrial tiene libertad: el que siente en su casa el sonido del yunque ó el crujir de las ruedas de la máquina, el que ve su vega cruzada de entresurcos que llevan la simiente de la próxima cosecha, el que viaja en el tren ó en el barco para una expedición, ó para enriquecer los mercados ó traer de ellos artículos de retorno, no piensa en revoluciones, ni en empleos, ni en intrigas políticas, y dos cosas hace importantísimas: ser el mejor ciudadano para la sociedad y ser el mejor apoyo del Gobierno, que nunca ve en él, ni un rebelde, ni un esclavo» [7].

Tengamos fe en la redención por el trabajo y será fecunda la paz y estable la indecible felicidad que ella proporciona. Nuestras feraces montañas pobladas de vegetación exuberante, risueña y subidamente verde; nuestras llanuras cubiertas de inmensas selvas, con maderas perfumadas y valiosas, con dilatados pastos, multiplicados, elegantes palmares y caudalosos ríos, llenos de abundante pesca; nuestras costas donde hay puertos tan magníficos y tan extensos que en uno cabrían con holgura las escuadras del mundo; nuestros campos eternamente florecidos, edenes en miniatura, llenos de alegre luz, de brisas rumorosas, de

[*] Los párrafos entre comillas son de Cecilio Acosta.

insectos raros, de aves canoras, de variadas flores, de minerales preciosos, de fuentes abundantes y cristalinas, convidan al trabajo y demuestran que la agricultura da independencia porque fácilmente convierte nuestros prados en mesas verdes y olorosas, llenas de sabrosos frutos.

Si hubiéramos vivido en paz, amando el trabajo, esa escala de glorias que se dilata de las poéticas faldas del Avila al diamantino Chimborazo : La Victoria, San Mateo, Carabobo, Las Queseras, Bomboná, Junín, Pichincha, Ayacucho y mil campos más, luminares radiantes de la gloria americana, aparecerían hoy más bellos á nuestros corazones, más admirables á nuestro pensamiento.

El ángel de la paz tiene extendidas sus blancas y perfumadas alas sobre el cielo adorable de la patria. El hogar no está lleno de zozobras, la esperanza conforta, la felicidad sonríe, parece haber encantos nuevos, los afectos unen como lazos de perfumadas rosas y las almas inspiradas por el amor pueden tranquilas remontarse al cielo de las inefables satisfacciones. Cubramos con el manto del olvido nuestros extravíos, odiemos la guerra y marchemos unidos al porvenir, como heraldos del derecho y cruzados de la gloria.

EXPOSICION

EN mi tierra nativa, el Estado Lara, el pueblo se agita con movimiento que habla á la inteligencia en armonioso lenguaje, las más bellas esperanzas. Resuena en ciudades y campos el himno del trabajo, que es la virtud en acción, á la mirada de Dios, y todo es regocijo para embellecer los altares de la paz con variadas ofrendas, y celebrar en suntuosa fiesta de familia con torneos cívicos y moralizadores, el bienestar privado y público, el dulce imperio de la felicidad.

Deseo que en la fiesta de mis hermanos corran por entre los héroes de la feria, por las aldeas y los campos, las ideas, como mensajeras de luz: que la Asociación, el Progreso, las Artes, las Ciencias, las Industrias la Inmigración, el Trabajo, las Aspiraciones, las

Costumbres, las Leyes, el Hogar, la Familia y todo lo que constituye la fuerza y el alma del desarrollo y elevamiento humano, tenga una palabra de explicación, para que en la conciencia popular como se ve, ya predispuesta á la virtud y al esfuerzo noble, se abran nuevos y más amplios horizontes, y mejor esclarecido el presente, se vislumbre entre radiantes auras con el telescopio del pensamiento, el porvenir, tranquilo y magnífico. Esparcir ideas entre la muchedumbre es como sembrar estrellas en su camino, darle fuerzas y anhelos para llegar al amparo de la libertad, á las cumbres de la prosperidad y del perfeccionamiento social: pueblo que marcha así, lleva el camino de la gloria.

Una exposición es una obra compleja, de múltiples aspectos, y será tanto más interesante y maravillosa mientras más conocimientos posea el pueblo que la realiza; mientras más comprenda los altos fines de la asociación y se dé cuenta mejor, de que en el seno del progreso como factores del perfeccionamiento, todos los elementos son igualmente indispensables, desde el agricultor que embellece y cuaja de tesoros la tierra, hasta el astrónomo que revela los fenómenos del cielo; desde el periodista que nos pone en contacto con el mundo, hasta la infeliz mujer que en humilde choza elabora sus tejidos: cada cual contribuye á que el conjunto de la labor colectiva resulte con aquella grandiosidad sublime con que nos sonrío y

habla la naturaleza al mostrarnos sus múltiples y bellos dones. Pueblo consciente, que sabe lo que valen los nobles esfuerzos y sin vacilaciones ni prejuicios conoce la verdad, cifra su orgullo en el trabajo que siempre regenera, honra y abarca en sus múltiples faces lo que constituye el glorioso patrimonio de la humanidad, es pueblo dueño de su destino, digno de la admiración de la Historia y de la bendición de Dios: es pueblo libre y feliz, que fabrica sólidamente en el campo del progreso y lleva entre himnos triunfales al cielo del espíritu fulguraciones perdurables de múltiples luces. Llénense de preciadas flores y de fragantes aromas los talleres del trabajo: saludo á los obreros del porvenir, porque él es la obra de todos y cada gota de sudor derramada en los huertos de la virtud, como cada idea sembrada en la conciencia tienen un día en que misteriosamente se confunden y florecen transformadas en el pensamiento para realizar los más nobles esfuerzos y representar los más delicados y fecundos ideales.

Los hombres se transforman y sus esfuerzos adquieren proporciones colosales cuando inspirados en el progreso se unen para multiplicarse, para convertir la gota de agua en caudaloso río, las vagas claridades de inciertas esperanzas en auroras radiantes de dichosos días, el amor en abierto cielo, visible á todos el sol de la felicidad, los hogares en estrellas titilantes de santuarios indecibles, la civiliza-

ción en concierto desconocido de increíbles maravillas, y la triste y pobre debilidad en fuerza milagrosa, en trama refulgente é indestructible donde la llama viva y poderosa de los hechos revela las creaciones de la inteligencia y suministra con desbordamiento de verdades preciosas la prueba más alentadora y elocuente de que la unión regenera y salva, y enciende en las agrupaciones humanas anhelos inextinguibles de empresas generosas y sublimes.

Que mi palabra de aplauso sea de alguna utilidad : que la oblación de mi cariño encienda más en el corazón de mis hermanos el amor á los Patrios Lares. Ojalá mi ofrenda no fuera rayo de pálida luz : si en mis manos estuviera llevar sol esplendoroso, llena el alma de alegría lo colocara en el magnífico altar que la virtud y la laboriosidad de los barquisimetanos han levantado al Progreso y á la Gloria. Bella es la faena y el ruido que se siente himno triunfal. Una exposición es un Tabor del cual parten á elevarse los hombres por los diversos caminos de la vida á las más altas cumbres del perfeccionamiento social, á la conquista del verdadero Vellocino de Oro, á la posesión tranquila, por propios esfuerzos, del magnífico Imperio de la felicidad.

ENGRANDECIMIENTO DE CIUDADES

YAS ciudades que poseen variados elementos de riqueza necesitan aumentar sus industrias y hacer de ellas causa de su prosperidad y objeto de su dicha, para que sus progresos sean sólidos y perdurables.

El bienestar no se alcanza poseyendo una sola cosa por más interesante y preciosa que sea. Y si tal verdad se impone al reflexionar sobre nosotros mismos, con más fuerza domina las inteligencias al considerar las necesidades de pueblo á pueblo y de Nación á Nación, en sus respectivas relaciones entre sí.

La riqueza no la representa el oro ni el diamante, ni objeto alguno determinado. El hombre con su inteligencia aplicando sus fuerzas á la materia bruta la transforma y es el artífice de la riqueza. Sus obras la representan,

sus necesidades la consumen y sus cambios la distribuyen para adquirir con ella otras riquezas indispensables á la vida material ó intelectual.

La importancia de las industrias es un hecho tangible, puesto que ellas nos suministran lo necesario para la vida civilizada. Los pueblos que más se distinguieron en la antigüedad deben la admiración con que hoy se les recuerda á los progresos que hicieron en las industrias, las cuales les proporcionaron medios suficientes para vivir dichosos, embellecer ciudades y construir obras que revelan todavía notable ingenio, haciendo resaltar la virtud fecunda del trabajo.

En comprobación de nuestro aserto mencionaremos algunos pueblos cuyos nombres y hechos se encuentran inscritos en las mejores páginas de la historia. Babilonia, cabaña construida en la llanura de Senaar, progresa al calor de dos genios que hacen nacer algunas rudimentarias industrias, y por ellas llegó á ser aquella humilde cabaña, la ciudad más soberbia del Asia, el centro de su comercio y el santuario de sus ciencias. Y el Egipto debe su engrandecimiento á la industria agrícola que le hizo repletar sus graneros y luego aspirar satisfecho á la nobilísima labor del ingenio para cosechar en los campos de la fama abundante gloria. Y Tiro, la ciudad famosa de los fenicios que ejecutaron con heroísmo lo que más tarde inmortalizó á Vasco de Gama, debe su celebridad al espíritu emprendedor de sus

hijos, á su comercio y á su marina. Y Corinto, emporio de riquezas, fábrica inmensa de objetos preciosos, centro de luz á las risueñas márgenes del célebre golfo de Lepanto, debe su grandeza y esplendor al incremento de sus industrias. Y Atenas y Esparta, y Tebas, como Roma y los demás pueblos antiguos que se inmortalizaron, deben su renombre, póstumas, eternas alabanzas, no á la cuchilla que destruye ni á la conquista que degrada, sino á los triunfos en las industrias y á los progresos en las ciencias. En los pueblos modernos esta verdad ha adquirido predominio universal, pues el movimiento que se nota hoy en el mundo es el afán del trabajo por mejorar las industrias, que en sus múltiples formas pregonan con elocuencia siempre nueva y cada vez más admirable, el desenvolvimiento de la vida impulsada por la inteligencia.

Toda grandeza es pasajera cuando no es la obra del trabajo, la glorificación de la virtud y la apoteosis del genio. Buscad en otra parte el poderío de los que fueron y sólo encontraréis vanidad y fugitivas sombras.

Podría decirse que después de la caída del imperio romano el polvo de sus ruinas eclipsó el sol, y sucedió aquella noche de siglos que se llamó Edad Media. En esta época las pequeñas repúblicas de Italia surtieron á Europa con sus manufacturas y llegaron á ser poderosas á pesar de su debilidad, por el incremento de sus industrias. Y los elementos que tuvieron

las grandes naciones de la antigüedad y los que dan poderío á las naciones modernas, ¿ no los posee en abundancia nuestra patria? Entonces, ¿ qué nos falta para ser poderosos, ricos y felices? Severa regularidad en las costumbres y mayor desarrollo en las industrias, que ya son motivo de regocijo dado el atraso de años anteriores.

Dichoso el país que como el nuestro posee tesoros en todas partes y ofrece á los que vengan á explotarlos, clima delicioso y una naturaleza virgen, llena de encantos y atractivos. Nuestra patria hará uso de todo lo que tiene, porque el delito de la guerra no puede ser perdurable y á la sombra de la paz todo florece, y bajo tan favorables auspicios la civilización extiende sus dominios, el hombre se ilustra, marca entre claridades el derrotero de su existencia y llega por caminos expeditos con débil esfuerzo y provecho al logro de sus deseos.

Observamos el rumbo del Estado y creemos en una era magnífica para el porvenir. Aun en medio de nuestra vida turbulenta el pueblo se ha educado, las ciencias se han generalizado, las letras profanas y sagradas se han cultivado, el comercio dejó de ser antillano para ser universal, la agricultura algo ha progresado, la cría se aumenta, las artes mejoran, y con todo esto y unos pocos años de paz, la República bien puede colocar en alto su bandera, ufanarse á la sombra de sus antiguos laureles y proseguir tranquila á la consecución de sus futuros y trascendentales destinos.

Anhelamos que se establezcan nuevas industrias en el país, que vengan á él, pero bajo buenas condiciones compañías del extranjero, para que se exploten nuestras riquezas y á las industrias nacionales se agreguen otras indispensables para nuestro engrandecimiento.

El trabajo material y el intelectual se distinguen en sus efectos, pero no en su causa. Son obra de una misma mano guiada por la misma inteligencia, y tan glorioso es el uno como el otro. Industria es el cultivo del pensamiento y riqueza la obra del genio que da tema á la fama y luz á la gloria.

Con pueblo laborioso é ilustrado hay paz, moral y patria. El conocimiento del deber inspira el amor á la justicia y hace el orden necesario y corrige los malos instintos. La ciencia redime y los que la poseen han sido en todas las épocas dignos apóstoles de la verdad, porque han sostenido sus fueros y perseguido el error, en el templo del hogar, en el campo de batalla, al pie del cadalso, y más allá de la tumba con el amor sublime que inspira el recuerdo de la virtud heroica.

LAGUNA DE LOS COLORADOS

POR QUÉ me han parecido tan bellas las bellas tardes de estos últimos días? ¿Será que las alegrías de la naturaleza con el singular encanto que comunican á lo que las rodea, animan el alma y presentan á su contemplación imágenes y fenómenos de singular hermosura?

La vida tiene inocentes faces, singulares encantos, manifestaciones de tal poesía que, considerada bajo aspectos tan magníficos presenta á la imaginación la risueña imagen de la felicidad. Hay horas de expansión, de inefables satisfacciones y esperanzas, en que el espíritu como sacudiendo su vestidura humana se eleva hasta la más intensa dicha, hasta ese estado indefinible en que olvidadas las amarguras de la vida no se siente ni se piensa sino al calor del placer que se disfruta. Bendigamos estos instantes felices de la existencia porque

ellos desaparecen como se pierden las frescas brisas de la mañana á los primeros rayos del sol.

Estas ideas vinieron á nuestra mente una bella tarde en que admirando el movimiento que había en la ciudad, el entusiasmo de los que se cruzaban en las calles, los coches que iban y regresaban, comprendimos que algo bello y placentero había identificado las voluntades en un mismo propósito.

Al Este de la ciudad, como á trescientos metros más allá del término de la Calle Real, presenta sus rizadas aguas movidas por la brisa, hermosa laguna. El pintoresco sitio que ocupa rodeado de suaves colinas llenas de verdor; el valle que se prolonga haciendo horizontes entre admirables panoramas y florecidos paisajes; las casas de distintas formas y condiciones, á unas y otras distancias, le dan especial importancia y poesía. La presencia del hombre en ciertos parajes de la naturaleza sirve de complemento á sus gracias y encantos. La voz humana á veces tiene para el corazón toda la belleza de una sonrisa largo tiempo anhelada.

¿Quién, en la tarde de un día de fiesta, al llegar á la Alameda entre la multitud que se precipita en la misma dirección, no se embelesa contemplando un espectáculo verdaderamente admirable? Las verdes montañas recibiendo sobre sus altas cumbres las claridades del moribundo día; las suaves y ondulantes colinas,

adornos de la naturaleza en el seno del valle, pobladas de gentes en constante hormigueo; los ganados buscando sus respectivas majadas, los crepúsculos de la tarde bañando el horizonte en nacarados y espléndidos arreboles, lágrimas y encajes de luz; los rumores, las brisas, esa dulce quietud, ese imponente silencio, todo lo que se ve y se presiente en esa conjunción sublime del día y de la noche, rodeada de mil bellezas, de irresistibles encantos, se presenta á la mirada y al pensamiento en aquel hermoso sitio.

Las alegrías humanas mezcladas á los encantos de la naturaleza producen á los ojos del atento observador una emoción dulcísima, un dejo de infinita ternura. Hay en ellas magia de virtud inmaculada; placeres y esperanzas, claridades y glorias, porque la humanidad elevada por el entusiasmo en horas de íntimo regocijo, vista á través del prisma del sentimiento, aparece magnífica y sublime.

Llena el alma de satisfacción seguimos por entre niños, mujeres y hombres, hasta detenernos á orillas de la laguna circundada de variada muchedumbre, que ondulando en distintas direcciones, como nosotros, anhelaba presenciar los poéticos paseos en bote, de gallardas damas, por aquellas límpidas aguas que, alegres, parecían recibir con sonrisas en su superficie los blandos besos de la brisa. ¡Cuánto dirían al corazón si pudieran traducirse las tristes ó amorosas miradas dirigidas al azul del cielo

retratado en aquellas transparentes aguas surcadas en esas melancólicas horas en que el alma, abierta y como bañada en los tintes del sentimiento, tiene también sus lágrimas de luz, alboradas y crepúsculos! ¿Quién podría medir el sentimiento de aquellas frases, flores del alma, brotadas del corazón, en momentos de profunda contemplación, de intenso placer y de felicidad sin sombras? ¡Qué bella aparece la mujer realzando con sus virtudes y gracias las excelencias y dones de la naturaleza!

Lentamente aparté la mirada, pero no el pensamiento de aquel poético cuadro, y ví otros, no menos alegres y hermosos. Ví cerca de un botiquín elegantemente improvisado en una colina al sur de la laguna, hombres á caballo, á pie, mujeres y bastantes niños que, al són de la música como mariposas en florecido huerto, danzaban al aire libre sobre la verde yerba. Aquel gozar de la niñez, aquella fiesta de la inocencia cautivaba el corazón y pasaron por mi mente embargada por gratas esperanzas y ensueños, pensamientos que me parecieron cada vez más hermosos. Fuí feliz en la contemplación de aquella fiesta angélica, de aquella sublime manifestación del espíritu humano representado en un sitio pintoresco, en una hora solemne, por una legión de tiernos niños: allí sólo había sonrisas de cielo, encanto de virtudes, placer y entusiasmo, esperanzas y felicidad. Al lado de este cuadro había otro también de niños, que, jugando á los papagayos,

gritaban y corrían, animado el semblante y los ojitos alegres, queriendo cada cual sobrepasar en habilidad y ligereza las maniobras de sus respectivos compañeros. Allá, acullá, por todas partes el mismo hormigueo humano, la misma animación, la misma alegría.

Era de observarse la alegría en los semblantes, la gallardía del apuesto joven, la hermosura de pudorosas y elegantes damas, el sonreír de los tiernos niños, las amorosas miradas de sus amantes padres, el bullicio, el entusiasmo, el amor, el sentimiento y la vida que palpitaba en aquel torbellino humano.

El sol acaba de hundir su brillante disco. El genio de la noche parece haber sacudido su manto de tinieblas, pues van desapareciendo las últimas agonizantes luces de la tarde, y entre las sombras que van surgiendo se anuncia vaga claridad, como resplandor de estrellas.

Los ramilletes humanos se van desgajando, y ancianos, hombres, mujeres y niños como en imponente y majestuosa procesión regresan á la ciudad. El valle, la laguna, las colinas, lentamente van quedando abandonadas. Unos minutos más, y el silencio y la soledad reinarán donde poco antes el ruido de inmensa muchedumbre llenaba el espacio.... La noche impera, reina el silencio, aterra la soledad. Las aves están en sus nidos, las fieras en sus cavernas, los ganados en sus majadas, el hombre en su hogar.

HORIZONTES DEL PORVENIR

EN las repúblicas la vida del ciudadano debe ser la del obrero de la libertad que ama y sostiene con tesón las garantías individuales, necesarias á la dignidad y á la felicidad del hombre.

Fijarse en la marcha del Estado é inmiscuirse en la política para llevar con generosidad á los altares de la patria la idea que redime, la fuerza que salva y la alabanza que estimula, es propio del hombre honrado que quiere el bien por el bien. Este es el proceder que debemos adoptar para no aparecer los unos ante los otros como hijos desnaturalizados que no amamos la tierra en que nacimos, de la que nos hemos alimentado, la que guarda los secretos de nuestros amores, los encantos de nuestra felicidad, y en la cual, cuando el espíritu ba-

tiendo sus alas deje inerte nuestro cuerpo, dormiremos en unión de nuestros mayores tranquilo y eterno sueño.

No puede haber sociedad sin gobierno y gobierno sin leyes. La ley es tan necesaria al gobierno como es el gobierno á la sociedad. Para que una nación prospere y viva feliz necesita buen gobierno y constitución sabia, en la cual los derechos del ciudadano estén garantizados y las atribuciones del gobierno determinadas.

Interesarse por la patria es estudiar su legislación, respetar su gobierno, aplaudir lo bueno, reprobar lo malo. El que olvida la patria y sólo piensa en sí mismo no comprende su propia felicidad y termina siendo víctima del egoísmo. Y si todos procedieran así, ¿á dónde iríamos á parar y cuál sería nuestro destino? Es grave error ver con indiferencia la suerte de la patria y la felicidad de nuestros hermanos. Es necesario elevar más y más el espíritu público hasta que resplandezca en él, encendido perennemente el amor á los principios, el apego á las ideas. Así irán desapareciendo en el seno del progreso y de una paz fecunda las funestas influencias que pudieran apartar las voluntades de los rectos caminos, y los ciudadanos todos, llegarán á ser verdaderos obreros del pensamiento, zapadores del adelantamiento social. En las sociedades el progreso y la felicidad dependen del imperio de las ideas. Ellas son las que informan la vida de las inteligencias y dan

á los espíritus al calor del fuego del pensamiento esperanzas y anhelos, fuerzas y perseverancia. Suprimamos á esas propulsoras impalpables de la humanidad y habremos detenido la marcha del hombre, dejándole sin conciencia de sí mismo en el estéril vacío, porque no puede fulgurar con gloria la llama de la vida donde no surge el verbo de la idea.

No hay sino tristes augurios para el porvenir donde el Gobierno olvida el poder de las ideas, la virtud de los principios y deja de ser brazo fuerte de los débiles, escudo del derecho, padre amoroso y solícito del bienestar de sus gobernados. Cuando tal desgracia acontece es porque falta el amor á la patria, porque no reinan las buenas ideas en las inteligencias, porque gobernantes y gobernados con calma reflexiva no hacen á la razón señora del pensamiento.

Los pueblos que decaen porque no piensan se hacen desgraciados, sin tener siquiera la conciencia de su propia infelicidad. Algunos publicistas han llegado á decir que los pueblos tienen los gobiernos que merecen, y tal afirmación parece verdadera, porque el gobierno es emanación del pueblo y el pueblo es el poder, la acción, la vida en el mecanismo gubernamental. Si hubiera un pueblo verdaderamente ilustrado, en el cual cada ciudadano tuviera completo conocimiento de sus deberes y derechos, y amor por la justicia y respeto por la verdad, veríamos en su marcha admirable, más claro, cuán importantes y sagrados

son los mandatos del patriotismo. El mal ejemplo cunde bastante, y á veces acobarda á los buenos y da bríos y exalta á los malos. No imitemos á los que no aman la patria, á los que no tienen virtudes en el corazón, á los que no llevan grandezas en el alma: hagamos lo contrario de lo que ellos hacen y consideremos cuestión de honor y de vida defender los intereses de la patria. Eternicemos en bronce las figuras de sus bienhechores, de sus hijos inmortales, y maldigamos los nombres de los exterminadores de la ventura pública.

Hagamos efectivas las prácticas republicanas que son fáciles y por extremo provechosas para los que aman el orden y son decididos partidarios de la libertad. Así es como los pueblos pueden engrandecerse material y moralmente, porque se acostumbran á hacer lo bueno y pueden acoger con amor y dignidad las preciosas enseñanzas de la democracia. En un pueblo ilustrado, acostumbrado á la rectitud de la ley, un mal magistrado es un débil tropiezo que no resiste á la acción omnipotente de la constante aspiración á la felicidad pública, y desaparece del solio del poder sin alterar la marcha triunfal de sus gobernados, y entra, quiéralo ó no, á trillar el mismo camino de aquéllos.

Sin buen gobierno, especialmente en nuestras nacientes Repúblicas donde todavía en las masas populares no alumbra en todo su esplendor la regeneradora luz del saber, las esperanzas desaparecen y la felicidad huye del dorado

palacio y de la choza, se agotan las fuentes de la riqueza pública, y las industrias, las artes, las ciencias y el comercio decaen, y á veces perecen. Y la juventud ¿qué misión viene á desempeñar en este campo desolado, y qué esperanzas le quedan? Viene á llorar sobre tumbas, y todas sus esperanzas se reducen á reunir piedras diseminadas para construir albergues con restos de escombros.

Amemos la patria y en sus altares depongamos todos nuestros odios, para que seamos tan republicanos como magnánimos. Hagamos de la democracia el reinado del amor en la libertad: esta es la fórmula que más satisface las aspiraciones humanas, la que resuelve los problemas políticos y sociales, la que practicada, indefectiblemente llenará de poderosa y fecunda luz los horizontes del porvenir.

AVE MULIER

MABÍA terminado la misa dominical. Se repicaban las campanas y múltiples cohetes estallaban en el aire: globos de ligero papel ya inflados principiaban su ascensión: niños iban, venían y corrían en apañados grupos, y numerosa concurrencia llenaba el atrio del templo y parte de la plaza. Era un bello día de brisas aromatizadas alumbrado por un sol esplendoroso.

Junto á las multitudes que gozan se siente la grandeza de la vida porque se palpa el poder de la felicidad. Cuando las almas se unen porque las guía una misma aspiración, una misma idea ó los mismos placeres, se nos ofrece en su mayor esplendor la felicidad porque sentimos vigoroso y confortado el espíritu, y grande la

dicha del vivir, en el entusiasmo y satisfacción del corazón.

La multitud que salía de la Iglesia dejaba traslucir el contento de las almas cuando ofrendan á Dios homenajes de amor.

La juventud es esperanza que surge donde fulgura la vida, ola risueña que avanza: heraldos del porvenir, alegres platicaban impresionados agradablemente.

Es la mujer en el escabroso camino que batallando recorreremos, esperanza de la vida, encanto del corazón, estrella y cielo del amor. El mundo sin la mujer sería como la noche sin el retorno del sol que derrama á diario su fecundidad y alegría entre claridades y maravillas de colores. La belleza se realza á sí misma cuando adorna á la mujer. La virgen que crece como flor lozana y vigorosa, que lleva en sus ojos como lumbre de los cielos y en sus rojos labios sonrisas y encantos de ángeles, tiene que impresionar el corazón y elevar el alma á la región del sentimiento excelso, de los afectos sublimes, de la virtud y lo bello.

De repente se impone la quietud y el silencio en aquella muchedumbre que agitada y alegre, movida por placenteras ideas, revela cuán bella es la vida. ¿Qué ocurre? ¿por qué la calma donde el movimiento impera? ¿por qué el silencio donde se palpan las sonrisas del placer, las expansiones del entusiasmo? Es que un sér de peregrina hermosura, que parece inspiración de Dios, modelado por manos angélicas, de formas

donde la belleza se admiró á sí misma, va por el atrio del templo en dirección á la plaza: lleva consigo aureola de luz que alumbra las rosas de sus mejillas, los suaves contornos de su talle, la esbeltez de su alabastrina garganta, las gracias de sus rasgados ojos, su perfil divino, lleno de arrebatadora expresión.

CIUDADES Y PUEBLOS

EL progreso y la civilización magnifican el espíritu. ¿Quién no canta himnos á las revoluciones verificadas por el pensamiento al contemplar los nuevos inventos y los progresos de las artes y las ciencias? Los esfuerzos de la humanidad son admirables y los triunfos que ha alcanzado tantos y tan gloriosos que forman sucesión de prodigios y milagros. El espíritu no se cansa, las ideas vuelan y el pensamiento en ascensión sublime deja regueros de luz y tiene ya por pedestal la gloria. El hombre es el señor del universo: poderoso, admirable y casi invencible le hacen sus inmortales conquistas. Inmensamente dilatado es hoy, por no decir infinito, el dominio del pensamiento.

En los grandes centros donde la humanidad reúne poderosas fuerzas y se encumbra, los

individuos pueden girar tranquilamente en sus respectivas órbitas y efectuar cuantos cambios y evoluciones quieran sin llamar la atención pública. A medida que la idea individual va desapareciendo para dar paso á la idea generosa de la humanidad, la vida tiene que ser mejor porque esta idea amparando la fraternidad favorece el progreso universal que encierra la felicidad de todos. Y esto precisamente es lo que sucede al que vive en compañía de los que sólo se ocupan de sus trabajos y empresas. El hombre que ama el progreso y lo desea en todas partes es el hombre verdaderamente progresista. Limitar las aspiraciones á un punto y amar á unos para odiar á otros, no es progresar. El hombre es cosmopolita y su espíritu lo es más todavía: ama lo desconocido y con afán incesante quiere penetrar en lo insondable; y hoy todos los progresos y todos los inventos acercan los pueblos y estrechan sus relaciones. El vapor que nos hace volar por las ondas de los mares y el telégrafo que hace volar el pensamiento y el teléfono la palabra, prueban evidentemente que la humanidad aunque dividida en grandes agrupaciones, debe formar una sola familia identificada en ideales, tranquila y feliz en el regazo de la civilización.

Por lo general el espíritu de empresa y asociación que une á los hombres y les hace ver que en la unión están los prodigios de la fuerza, los adelantos de las industrias, los

progresos de las ciencias, sólo existe en las grandes ciudades. Esta es una de las principales causas porque es tan lento el progreso de los pueblos. Si en la vida patriarcal se señalan algunos grandes hechos se deben á la unión que existía entre las distintas familias que obedecían al Patriarca; y si en la vida de las tribus se demuestra lo mismo es por la misma causa; pero aquí lo que nos interesa probar es que las aspiraciones deben ser nobles para que cumplamos la ley moral que impulsa á laborar con desinterés y á ser patriotas con abnegación.

En las poblaciones populosas son muchos los objetos que llaman la atención. El movimiento industrial, literario, político, religioso y científico absorbe la atención, y como siempre presenta facetas nuevas, no la cansa. Además, el comercio de aquellas poblaciones con los otros pueblos, grandes y pequeños, es activo y constante, útil y fecundo para los mismos pueblos entre sí y para los que lo observan. Dar á otros de lo que tienen para alcanzar lo que necesitan es lo que hacen para vivir los individuos, los pueblos y las naciones; y como el que más tiene más recibe y da porque más son sus necesidades, resulta que las grandes ciudades y las grandes naciones viven más cerca de la humanidad que los individuos y los pueblos. La época del retraimiento va pasando y los hombres se quieren y las naciones también. El

espíritu de progreso y de fraternidad va conquistando dominio, y cuando él reine en los corazones y las inteligencias, diremos adiós á los odios del pasado para perpetuar el reinado de la concordia.

Con el nobilísimo ejemplo del esfuerzo y la virtud puede el pobre elevar el espíritu público y laborar eficazmente en su cabaña en favor de la libertad y el progreso, como el soberbio monarca en su dorado palacio.

El día en que la idea del bien merezca entre nosotros general aprecio y llegue á ser considerada necesaria para la patria, no habrá entorpecimientos para la civilización y el progreso, ni sombras para la gloria, ni temores para los que son felices.

Estas ideas son las que deseamos imperen en los pueblos para que ellos entren de lleno á otra vida donde la atmósfera sea más pura y saludable.

En las poblaciones pequeñas todos nos conocemos y vivimos como tocándonos, y por esto en ellas dañan más las divisiones que fomentan los odios y traen por consecuencia la anarquía social que produce el reinado de las bastardas pasiones y el desquiciamiento de la sociedad. Los pueblos se asemejan al hogar : en ellos fácilmente la discordia altera los ánimos, relaja las amistades é inspira desaliento cuando no malos deseos, y como el hombre habla de lo que siente el corazón y obra tanto impulsado por él como por la inteligencia,

bueno es predicar la moral y la justicia para que sea más fecundo el progreso y más esplendente la civilización. Debemos esforzarnos todos por el bien de todos. Debemos practicar lo que predicamos para no empequeñecer el civismo y ofender la verdad con la triste comedia de la mentira al descubierto.

Y no es difícil por más que algunos lo crean, asegurar á los pueblos vida tranquila y dichosa. ¿Qué hay más grato que la vida apacible y feliz, corrida en amistad con nuestros semejantes? Y ¿quiénes como nosotros agregan al genio espiritual y alegre de la raza latina, una naturaleza tan pródiga y encantadora? Aquí el cielo, la luz, los colores, las flores, las fuentes, los ríos y las montañas, todo es hermoso y artístico. Y en medio de esta naturaleza soberanamente bella y hermosa, cantada por inmortales poetas, debemos aparecer nosotros como incansables obreros del progreso enalteciendo la sangre de nuestra raza. Así haremos en días el trabajo de años y efectuaremos una revolución social disipando del horizonte de la patria esos nubarrones que hace surgir la discordia y son casi siempre preludios de terríficas tempestades.

Los venezolanos son nobles por instinto, y los anales de nuestra historia prueban sus heroísmos y magnanimidad. Son generosos, sienten amor por lo bueno y llevan á donde se necesite el valioso tesoro de sus ideas.

Produquemos el bien, que siempre merecen

alabanzas y son fecundas las obras generosas. Las buenas ideas se irán haciendo más ostensibles hasta que al fin los principios sirvan de norma á los hechos. El día en que esto suceda habremos alcanzado el mayor de los triunfos haciendo incommovible el reinado del orden, de la paz y de la verdadera felicidad.

FACES DEL VALOR

HASTA hoy, y no hay razón para creer que en el trascurso de los siglos no sea lo mismo, la naturaleza humana ha necesitado de los estragos de los combates, de las tempestades nacidas al choque de las ideas, de las fulguraciones de las espadas, del toque de los clarines y del retumbar estrepitoso de las armas. Pueblos que no han sabido marchar con el fusil al hombro cuando ha sido necesario, han caído rendidos en el campo de la vida y despreciados y pobres, y todavía más, sin ningún honorario, como sombras fugitivas apenas dejaron débil recuerdo, cada vez más indiferente.

No decimos que se preconice la guerra ni que deba escanciarse en ella para progresar, el néctar precioso de la vida: sabemos adonde conduce el huracán de las pasiones agitadas

en alas del odio enfurecido: sabemos que la paz encierra misteriosos y eficaces bálsamos y consuelos para las más profundas heridas y los más acerbos dolores: sabemos que por donde pasa la fraternidad queda el amor regenerando y esparciendo flores, el progreso con su lábaro redentor y la civilización llevando luz á la ignota región del porvenir. Pero, ¿qué es el hombre? ¿qué es la sociedad? ¿qué son los imperios cuando no sienten las energías de la vida, ni anhelan traspasar la responsabilidad moral de las nobilísimas acciones para hacer prisionera la gloria y sentir el placer y la grandeza de los triunfos insólitos? Suprimid del inmenso arco de triunfo levantado por la humanidad del uno al otro confín de la historia, los prodigios del valor y habréis suprimido radicalmente las noblezas del corazón, las glorias de la inteligencia, las sublimidades de la virtud, es decir, quedará la tiniebla, el vacío y el horror.

Así como el sol da luz y fecunda; así como la naturaleza se alegra y de los contornos de su seno acariciado por la primavera brota la hermosura en mil formas rejuvenecida; así como el verdadero atleta no pierde sus fuerzas y luchando cree vencer en los estertores de la agonía con cualesquiera de sus golpes, así es el espíritu fecundado por el valor: vive en una eterna juventud, nunca se extinguen las auroras de sus días, los encantos de sus ilusiones, los himnos de sus triunfos: es una es-

trella siempre alta y luminosa. Decid á un espíritu predestinado á brillar en las más elevadas regiones del heroísmo, que trille los caminos habituales de la vida y se oirá rugiente su protesta, porque el cielo se hizo para las estrellas y el épico coraje es la voz de Dios en el seno de las tempestades: así lo atestigua el asentimiento universal, los profetas bíblicos y el pueblo de Israel en el Sinaí, prosternado, temeroso, entre relámpagos y truenos.

Examinemos la dualidad simultánea del valor, que es el sello puesto por la Providencia para distinguir á los grandes caudillos, á los más famosos capitanes. ¿Se puede medir la intensidad del fuego de los volcanes, recorrer sus cavernas ardientes y respirar en ellas la atmósfera enrojecida? Igual cosa pasa cuando la naturaleza humana se purifica en los moldes del genio y se hace luminosa, indefinidamente resistente. Los hombres no se explican los actos de los vencedores de imperios y de razas que poseídos de vigor moral extraordinario realizan lo que se juzga inconcebible. En la dormida sombra de las pequeñeces habituales, en las corrientes ordinarias de la historia, á la mansedumbre del espíritu corresponde la blandura de la vida, ó mejor dicho, la tristeza, la penuria del esfuerzo, la desolación del vacío. La luz del sol quema porque fecunda y produce una revolución en el universo, himno variado y siem-

pre armonioso al mágico conjuro de matices y concentos en todas las escalas de los seres y regiones de la vida: la luz de las estrellas y la de la blanca luna revelan la existencia de manera nostálgica, grata á las almas enfermas, á los corazones románticos, porque á un concepto débil no puede corresponder la gallardía.

El peligro está de frente: la muerte asoma sus fauces: los momentos que transcurren asombran, tienen la trepidación de lo trágico y es necesario erguirse con proporciones colosales para dominar la tormenta. Pueden revelarse entonces dos clases de coraje: el de aquéllos que no tienen apego á la existencia, que su indiferencia les sostiene, que por especial condición del ánimo esperan sin agitarse, y el de los otros, el de los que sienten el anhelo de lo grande, las seducciones de la gloria, el alma encendida en nobilísimos ideales. Los primeros resisten y resignados con fiereza estoica luchan sin querer conquistar al adversario el terreno que ocupa: los segundos son el torrente desbordado, el huracán demoliendo con sus alas cargadas de rayos, la fuerza multiplicándose á sí misma, el valor creciendo mientras más grande es la amenaza. En el un caso, el valor es una condición del ánimo; en el otro, el ánimo en acción.

Cuando los individuos, los pueblos, las naciones, los ejércitos y los que ejercen el poder sólo tienen la virtud de la resistencia en

grado más ó menos fuerte, serán más ó menos desgraciados, contentándose con la felicidad de la inercia, con el estancamiento de la vida. Las medianías y hasta las figuras sobresalientes sólo poseen una de estas dos cualidades, ó ambas de modo secundario. Los hombres extraordinariamente grandes, los genios máximos son pocos y en ellos se magnifican las virtudes del heroísmo y los prodigios de la inteligencia. El valor supremo de los grandes caudillos no tiene punto de apoyo visible á las más escrutadoras miradas, porque en ellos por un fenómeno de compenetración, la resistencia y el esfuerzo son una misma cosa, y se suceden en la oportunidad debida multiplicándose mutuamente.

Es tal el poder sugestivo de los grandes caudillos, que cambian el alma de los ejércitos y de soldados inmóviles como piedras hacen atletas entusiastas, invasores incontenibles como aquellas legiones que los generales romanos formaban para pasear ufanos con ellas triunfadores, el mundo conocido. Aníbal impetuoso y luego resistente frente á Fabio; Scipión, dando á sus ejércitos epidermis de acero y espíritu de fuego para sellar la ruina de Cartago; Carlos Quinto, Federico el Grande, Napoleón, Bolívar, San Martín, son figuras egregias que comprueban que el brazo de los grandes guerreros remueve el planeta y que detrás del derrotero trazado por ellos sólo quedan fulguraciones perdurables, porque

cada genio agrega páginas al libro de los inmortales y crea maravillas en la vía triunfal de la humanidad. Los que no miran desde las altas cumbres del pensamiento, los que no sienten el fuego olímpico de las sublimes aspiraciones ni las energías imponderables del ánimo convertido en valor, no pueden explicarse racionalmente los triunfos como extraídos del fondo de las catástrofes, los rejuvenecimientos de la vida en el seno de las tempestades, los nuevos escenarios en el estrado de las Naciones al mágico hechizo de cambios inesperados. El pensamiento de los genios es el dedo de Dios.

EL TÁCHIRA FÍSICO, POLÍTICO É ILUSTRADO

EN las regiones andinas de Venezuela varios pueblos unidos por una sola idea se han congregado para levantar tabernáculo al progreso, artes, ciencias y civilización. Estas son las faenas que acrisolan las virtudes de los pueblos, elevan sus aspiraciones, ensanchan sus horizontes y encienden en cada hogar el fuego sagrado del patriotismo preparando al amparo de excelencias cívicas, la prosperidad privada y pública y el bello imperio de la felicidad. El Estado Táchira por medio de una Gran Exposición habla al País el más alto y elocuente lenguaje con que se pueden enarrar los opimos frutos del trabajo, ayudado de las redenciones maravillosas de la inteligencia, en los diversos campos de la actividad.

El doctor Emilio Constantino Guerrero como patriota y hombre de corazón ha visto con

entusiasmo é indecible placer la apoteosis de su tierra nativa en el más bello torneo que se puede imaginar, preparado y llevado á efecto por sus coterráneos, con lujo de espontaneidad y de inteligencia para estimularse mutuamente en las luchas incruentas que redimen moral y materialmente, y llevan á cada conciencia la grandeza inquebrantable de la propia soberanía entre himnos majestuosos del patriotismo excelso, por puro é inspirado. ¿Cuál deberá ser el contingente del doctor Guerrero en esta solemne fiesta del trabajo y la virtud? Para el que le conozca, para el que sepa que en los dominios de su saber y de su inteligencia existen cuantiosos y variados tesoros de ideas nuevas y luminosas: para el que haya podido apreciar las condiciones de su espíritu siempre alto y colocado al amparo de la verdad y la justicia: para el que le haya oído hablar de las bellezas de "Los Andes," de sus arroyos cristalinos, de sus ríos tormentosos, de su vegetación soberbia, de sus valles de esmeralda, de sus cumbres eternamente verdes y del encanto y poesía que á cada paso ofrecen miríficos paisajes, sabría que el contingente del doctor Guerrero tendría que ser como radiante sol surgido entre inmensos resplandores á brillar perdurablemente en el cenit, para dilatar el imperio de día siempre nuevo y siempre bello, que tal es la virtud de cada conquista del espíritu encarnada en la conciencia popular. El doctor Guerrero ha publicado un libro con el título que dejamos mencionado, el

cual podemos calificar de fotografía viviente del Táchira esparcida á todos los vientos en alas de la imprenta. El plan de la obra es completo, pues satisface las aspiraciones más exigentes en cuanto concierne al conocimiento del Táchira, su historia, progresos, riquezas de todo linaje, desenvolvimiento moral, material é intelectual. Los veinte capítulos que figuran en la primera parte de la obra, todos están trabajados con delicado gusto, con arte y cariño: son oblación de una inteligencia preclara, inspirada por los afectos de la tierra nativa que habla con la voz de todos los amores en todos los tiempos y en todas las situaciones de la vida, con elocuencia irresistible á los corazones generosos, á las almas firmes y nobles, que no rompen en las contiendas de la existencia la cadena de rosas que á la sombra bendita del hogar constituye los idilios encantadores de los primeros años. El doctor Guerrero después de ofrecer como en hermoso kaleidoscopio las múltiples bellezas que el Táchira atesora en su suelo privilegiado, sus selvas, sus ríos y sus industrias, de modo claro y preciso procede á un estudio analítico y nos revela detalles interesantes relacionados estrechamente, ora con las ciencias naturales, ora con la administración, ora con la moral, ya con las costumbres, ya con las aspiraciones populares; todo se vé, se palpa: surgen las cordilleras con sus mantos de verdor y bajan los torrentes como trayendo nieblas en ebullición: las campiñas con sus huertos amenos aparecen

llenas de alegría con sus virtuosos moradores: la cabaña del pobre y el palacio del rico merecen los mismos colores del exquisito pintor con palabras: se recuerdan las tradiciones nacidas al amor de tiempos felices por idílicos: se señalan los lugares consagrados por el heroísmo: se estimulan los sacrificios de la virtud: se aplauden los triunfos de los batalladores en todas las escalas sociales y brilla en cada una de las páginas del libro el verbo inspirado; y, resuena en todas ellas con armoniososacentos, himno que entusiasma, deleita, arrebatata el corazón, y mueve el espíritu á las altas regiones de la luz y de la poesía.

El capítulo noveno es por modo especial interesante: se refiere á las mejoras que deben introducirse en El Táchira para hacer más sólidos sus progresos, estables y continuados sus triunfos, viva y fulgurante su civilización. Apunta en primer término la buena inmigración de raza inteligente, honrada y laboriosa; y efectivamente en las sociedades de todas las épocas el factor principal ha sido el hombre: con buenas costumbres y virtudes cívicas ¿qué pueblo no prospera y se mejora elevándose ante sí mismo y los extraños? Luego señala la instrucción, pero no ésa de relumbrón que consiste en aparatosas é insustanciales frivolidades, desgraciadamente propias de nuestra raza soñadora y siempre demasiado asida á la esperanza para vivir alimentada con grandezas de porvenir quimérico é irrealizable. Necesitamos insuflar sobre los espíritus

la instrucción que regenera y forma el carácter y el verdadero valor: necesitamos que la instrucción haga á la juventud dueña de sus propios destinos, que la enseñe á combatir y á resolver prácticamente los problemas sociales: que le revele cuáles son los conocimientos útiles y cómo deben dirigirse los esfuerzos humanos con más ó menos probabilidades de éxito para el mejoramiento social y el crecimiento de la vida bajo sus múltiples fases y aspiraciones. Señala después las vías de comunicación, que es como decir, en el aislamiento no han prosperado ni podido prosperar las sociedades. La asociación es la debilidad irguiéndose en potencia; el progreso que demuele y mejora; la libertad que avanza é ilumina; la civilización que triunfa y enseña; los pueblos que se acercan se complementan engrandeciéndose mutuamente, y es tal la eficacia de este principio que Donoso Cortés llegó á decir, los pueblos en su infancia creen que combatiendo se destruyen y resulta que se abrazan. Las vías de comunicación son arterias que revelan la vida de las sociedades, el poder de las naciones, el prestigio de las ideas y de todo cuanto cae bajo el imperio de los sentidos para demostrar el alcance material y moral del movimiento de las agrupaciones humanas. Después examina las crías, la agricultura, las industrias, é indica mejoras, divulga métodos, comprueba resultados, y todo lo hace exponiendo la ciencia que generaliza y el ejemplo que convence, con deleite para el hombre pensador y

atractivo para los que necesitan que las cosas que se les señalan tengan claridad especial para imponerse por sí mismas. Bello libro, que proporciona horas de solaz á la ilustración y llega á la cabaña del pobre á regenerar el espíritu, á crear nuevas esperanzas, á difundir la vida, á estrechar los lazos de amores envidiables y bendecidos, enalteciendo la virtud, el trabajo y la ciencia!

Como engastados en marcos de oro, labrados por hábil cincel, aparece en la parte final del libro galería de personajes ilustres que por el prestigio de sus virtudes y las prendas preclaras de la inteligencia, trazando como arcos de inextinguible luz en el cielo tachirense, heraldos del bien, recorrieron los caminos de la vida siempre inspirados en generosos y sublimes ideales.

La ofrenda del doctor Guerrero al Táchira es valiosa y de trascendencia nacional: acéptela con orgullo el patriotismo venezolano.

EL NUEVO DÍA

CON paso tardo, las cadenas de la servidumbre á sus pies, ante sus ojos las tinieblas profundas de la larga noche de la ignorancia, vino dolorosamente la humanidad rindiendo la jornada de su peregrinaje al través de los tiempos. Aunque hubo triunfos, bellas esperanzas y fulguraron radiantes luces, el pasado fué como escena trágica en la cual para los seres reflexivos siempre aparece el ángel del dolor entre desgracias pavorosas, indecibles tristezas é incontables lágrimas. El hombre era miserable pequeño, remedo escuálido de Sísifo cuando no Prometeo atado á la roca de los propios infortunios, devorado por febriles anhelos.

La semilla de las ideas como polen impalpable esparcido á los cuatro vientos produjo el florecimiento intelectual del mundo, porque la humanidad convertida en verbo, engrandecida, se alzó hasta la gloria y con el lenguaje irresistible de la libertad habló á los siervos de todas

las Naciones, conmoviéndolos, hasta lanzarlos á la vida del derecho por derroteros luminosos é inmortales.

El escenario del planeta había cambiado maravillosamente, pero la tiniebla no desaparecía, las ideas se sepultaban en la esterilidad del vacío, el pequeñuelo permanecía aislado y la humanidad angustiada, ignorante de su destino, no se parecía al Gigante Inmortal de los tiempos modernos que según la feliz expresión de un escritor contemporáneo, tiene siempre levantado un pie hacia el porvenir, en marcha ascendente y eterna.

¿Cómo brilló la aurora del nuevo día? ¿cómo á la tiniebla sucedió luz esplendorosa? ¿cómo se acortaron las distancias y no existieron para la palabra humana, volando el pensamiento en dirección señalada con tanta rapidez como el rayo que desciende de la nube? El pequeñuelo que no se atrevía á la piedra de Sísifo, armado del vapor y de la electricidad desató las ligaduras que lo ataban á la roca de innúmeros y seculares infortunios, y brillando entonces como resplandor de luz divina en su frente, fué superior á Hércules y á Júpiter. Construye en los mares ciudades flotantes, arranca misterios á los cielos y á la tierra, y crea la radiante aurora de este hermoso día, en el cual vivimos llenos de maravillas, esperando á cada instante un nuevo prodigio. ¿Adonde llegaremos? Lo dirá la electricidad que es la piedra de toque del porvenir.

ÍNDICE



PAGINAS.

Prólogo.....	v
¿Quién éra?	
(Al doctor Emilio Constantino Guerrero).....	1
El Paraíso.....	8
Los Teques	
(A Carlos Zuloaga).....	15
Villa Zoila.....	21
De Caracas á Macuto.....	27
Curita	
(A Manuel Segundo Sánchez).....	39
En la Plaza Bolívar.....	44
Las Trincheras.....	48
Salida del Tren.....	51
El Hotel	
(Al doctor A. O. Jiménez).	54
Despedida	59
La Victoria	
(A Eduardo E. Blank).....	66

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS.</u>
Calabozo.....	68
Después del baile del Club Concordia.....	72
Recuerdos Universitarios	
(Al doctor Juan Pablo Tamayo).....	76
Recuerdos Universitarios	
(Al doctor David Lobo).....	82
Recuerdos Universitarios.—Cecilio Acosta	
(Al doctor Pablo Acosta Ortiz).....	88
Recuerdos Universitarios.—José Martí	
(Al doctor José Gil Fortoul).....	94
Caracas	
(A Angel Domingo Volcán).....	102
Asociación	
(Al doctor Francisco Arroyo Parejo).....	114
La Mayor Gloria	
(Al General Francisco Linares Alcántara).....	118
El Primer Momento.....	123
Revelación.....	125
Villa de Cura.....	128
Un Paseo á Hato	
(A H. T. Cohen Henríquez).....	130
Meseniana.....	138
Lazareto de Cabo Blanco.....	142
Maravillas de La Paz	
(Al General Pedro María Cárdenas).....	148
Exposición	
(Al doctor Leopoldo Torres).....	153
Engrandecimiento de Ciudades.....	157
Laguna de los Colorados.....	162

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS.</u>
Horizontes del Porvenir	
(Al doctor y General: Luis Mata.....)	167
Ave Mulier.....	172
Ciudades y Pueblos.....	175
Faces del Valor	
(Al General Mariano García).....	181
El Táchira físico, político é ilustrado.....	187
El Nuevo Día	
(Al bachiller Diego Carbonell).....	193
